

HERMANN HESSE



Hermann Lauscher

se

Es una de las obras de juventud del autor, en las que trae a colación y pone ante la vista del lector la angustia y la profunda labor creadora de un poeta joven. Lauscher queda vivamente impresionado por el suicidio de uno de sus amigos.

Algo terrible y misterioso influye en la existencia de Lauscher, el cual presiente que ese algo pesa casi físicamente en su vida.

Tan pronto se ve deprimido como alborozado ante el espectáculo de la Naturaleza. Es, en resumen, la historia de un joven, hecha angustia vital, que trata de descubrir el cómo y el porqué en si mismo y en su entorno, algo que no acierta a comprender.



Hermann Hesse

Hermann Lauscher

ePub r1.1

JeSsE 14.07.13

Título original: *Hermann Lauscher*

Hermann Hesse, 1900

Traducción: Victor Scholz

Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE

Corrección de erratas: Raksha

ePub base r1.0



PRÓLOGO^[1]

He de desenterrar al difunto Hermann Lauscher y hacer que de nuevo viva entre los hombres, para poder satisfacer el deseo de varios amigos, y complacer sobre todo a Wilhelm Schaefer. Me veo obligado, por tanto, a una aclaración y a una justificación, cuando menos desde el punto de vista bibliográfico.

Escritos póstumos y poesías de Hermann Lauscher fue el título de un pequeño libro que hice publicar a fines de 1900 en Basilea, en el cual, bajo seudónimo, saldaba cuentas con aquellos mis sueños de juventud que había llegado a provocar en mí una crisis. Creí poder meter en un ataúd y enterrar junto con aquel Lauscher, que yo había inventado y matado, mis propios sueños que a mí me parecían fuera de lugar. El librito apareció en una edición muy reducida, casi al margen de la opinión pública y no llegó a ser conocido más que por un reducido grupo de amigos. Otros amigos míos que leyeron más tarde mis demás obras, sacaron a relucir este librito y lo consideraron como una especie de curiosidad literaria.

Nunca más pensé en reeditarlos, pero últimamente algunos íntimos me lo rogaron encarecidamente; también hube de sopesar la proposición de Wilhelm Schaefer. Ya que no veo motivo para renegar de una época de juventud, y viéndome con ánimo de justificar el estilo empleado, cedí a tales ruegos y proposiciones.

Surgía, pues, la cuestión de saber en qué forma debían renacer los pecadillos de mi juventud. Pensé primero en la refundición del librito, pero reconocí bien pronto que los pensamientos y los sentimientos de un muchacho de veinte años, no pueden corregirse diez años después, pues su relativo valor estriba precisamente en la expresión, en el ritmo, en la actitud. Y suprimir algunas cosas o embellecer otras, no me pareció lo más oportuno.

El texto es el mismo, incluso en ciertos detalles que hoy me son no sólo extraños, sino incluso completamente opuestos. Pero, a pesar de todo, me parecía muy conveniente una ampliación de aquel librito fragmentario de tan reducido volumen. Pero en mi duda tampoco quería añadir nada nuevo que pudiera perjudicar su conjunto. Entonces recordé que poseía dos pequeños escritos de aquel tiempo: Lulú y Noches de insomnio. El primero había aparecido tan sólo en una revista suiza; el segundo no se había publicado aún. Los dos están en íntima relación con el Lauscher y fueron escritos en la misma época. Por tanto, he añadido ambos.

Ahora me aparece todo ante mi vista y me contempla de manera quizá poco halagüeña. Son documentos de una juventud bella y efusiva, aunque no fácil. Lo que quería entonces no lo he conseguido aún. Lo que he alcanzado ha llegado hasta mí, casi sin que yo pusiera demasiado de mi parte, y por ello no representa mucho. Por el contrario, veo aparecer en estos primeros ensayos poéticos voces conocidas que me señalan caminos que vuelven a estimularme con vigor y gravedad. No llego a comprender cómo fue posible que durante tantos años, no sólo los olvidara, sino que llegara a prescindir de ellos. Hay muchas cosas aquí que me hacen dudar del camino que

he seguido hasta ahora y que hacen que me juzgue duramente.

Pero vale más este juicio que ninguno, quien se ha adentrado por el peligroso camino del conocimiento de sí mismo y de sus confesiones, tiene también que cargar con las consecuencias, aunque algunas veces sean inesperadas y molestas.

Y no me importa demasiado que ahora aparezcan algunos y me reprochen mis pecados de antaño como si los hubiera cometido ahora; ni salgan otros opinando que hubiera sido mucho mejor hacer algo nuevo en lugar de desenterrar estos ensayos de juventud. No saben ellos, ni pueden sentirlo, cuán penoso ha sido para mí decidirme a esta nueva edición y no comprenderán nunca que lo hice precisamente por ese motivo y para aligerar mi conciencia. En resumidas cuentas, el Lauscher,^[2] tanto el actual como el antiguo, es sólo un libro de confesiones para mí y mis amigos.

HERMANN HESSE
Diciembre, 1907.

PRÓLOGO^[3]

El nombre de Hermann Lauscher aparece por primera vez a la luz pública. Los escritos de Lauscher, publicados bajo otro nombre, son ya bien conocidos de cierto círculo de lectores.

Desgraciadamente, me prohibió el difunto poeta descorrer el velo sobre su misterio y atribuirle los escritos aparecidos anteriormente. Fue una noche, en la taberna «La cigüeña»; Lauscher tenía aquella expresión tan característica en él; aparecía triste y amargado. Tal vez, la sombra de la muerte, que pocos días después había de alcanzarle, le llenaba de angustiosos presentimientos. Me rogó solemnemente que le jurara que salvaguardaría fielmente su anonimato. Precisamente mi persona parecía infundirle cierto miedo en ese sentido, ya que yo era el único literato en su círculo de amigos. Juré sonriente guardar silencio eterno. Entonces la conversación se encausó por derroteros literarios, a través de los cuales Lauscher hizo gala de una ironía casi hostil. Luego se hundió en un completo silencio, bebió precipitadamente varios vasos de vino y se alejó de repente con un rápido saludo. No le volví a ver más: diez días después falleció durante un viaje.

Los presentes escritos son casi lo único de su legado literario. Además del valor puramente personal que tienen todos ellos para sus amigos, deberían llamar la atención de atentos lectores por su interés como auténticos documentos del alma singular y original de un esteta moderno, sobre todo, por aquel amor a la verdad, tan atormentado y rudo de su Diario. Estos escritos no presentan aquel estilo pulcro y pulido, aquella forma precisa, tan propia de las demás obras de Lauscher. No pueden servir, y esta era la intención de su autor, de clave ni siquiera para los expertos investigadores literarios para poder atribuirle la paternidad de sus demás obras aparecidas bajo seudónimo.

No me considero autorizado para modificar aspecto alguno de su estilo de redacción, ni tampoco para añadir alguna nota personal sobre el difunto, aunque ello parezca conveniente. No quiero desvirtuar el sabor personal y vivo de las presentes cuartillas.

Perdóname, mi querido y difunto amigo, si la publicación de tus últimos pensamientos y sufrimientos no responden a tu último y expreso deseo.

MI INFANCIA

(Escrito en 1896)

En todas las épocas de mi vida se me ha representado mi infancia muy a menudo en variados cuadros; ora atractiva, extraña y sin redimir, ora como el niño pálido de los cuentos. La mayoría de las veces se me ha ofrecido este recuerdo durante las noches de insomnio, empezando con un perfume de flores o con la melodía de una canción, para terminar convirtiéndose en tristeza, en fatiga o en amargura de muerte. O bien en una dulce nostalgia de manos acariciadoras o de suaves deseos de rezar o de llorar.

Hoy se me aparece todavía mi infancia como si fuera un cuadro de profundos colores, enmarcados en un marco de oro lleno de castaños en flor y de abedules, bañados en un maravilloso e indescriptible sol de mediodía sobre un fondo de bellas montañas. Todas las horas de mi vida durante las cuales disfruté de un corto reposo, alejado del bullicio mundanal, todas aquellas excursiones solitarias a través de hermosos montes, todos aquellos momentos en que una inesperada y corta felicidad o un amor desapasionado me hacían olvidar el pasado y el futuro, no los podría recordar de manera más deliciosa que comparándolos con el cuadro de tonos verdes de mi primera infancia. Lo mismo me sucede con todo lo que durante mi vida he deseado o amado como punto de reposo o de máxima satisfacción: el paso a través de pueblos desconocidos, el contar las estrellas, el estar tendido a la sombra de un árbol sobre la tierra verde, el hablar con los árboles, las nubes y los niños.

El primer día de mi vida del cual puedo acordarme con cierta claridad se remonta a cuando tenía tres años. Mis padres me habían llevado consigo a una montaña. Una extensa ruina de considerable altura que se alzaba sobre la cumbre, atraía diariamente a muchos habitantes de la ciudad. Un joven pariente nuestro me subió al parapeto de la alta muralla y me dejó lanzar una mirada a la profundidad que desde allí se divisaba. Aquello despertó en mí el miedo al vacío; estuve excitado y temblando con todo mi cuerpo hasta que me encontré de nuevo en casa y en mi cama. Desde entonces, se me apareció frecuentemente aquella profundidad, oprimiéndome el corazón con unas angustiosas pesadillas que me asaltaban durante el sueño, y despertaba entonces gimiendo y sollozando. ¡Qué vida tan rica y llena de misterios debí de haber vivido antes de aquel día, vida de la cual no conozco ni una hora! A pesar de todos los esfuerzos de mi memoria, no llego más allá de ese día. Pero si trato de recordar mis sentimientos de aquellos tiempos, entonces tengo la impresión de que, junto al sentimiento de benevolencia que se alberga en mí, ningún otro se despertó tan temprano ni de modo tan intenso como el de la venganza. Hallé más tarde en niños de cinco o más años, vivas manifestaciones de falta de pudor, de las que estoy seguro hubiera sido yo incapaz de sentir cuando tenía tres o cuatro años.

No me es posible recordar hechos concretos ni la continuidad de los acontecimientos más allá de mis primeros cinco años. Aquí encuentro por primera vez un cuadro de lo que me rodeaba, de mis padres y de nuestra casa, así como de la ciudad y del paisaje donde crecí. La calle espaciosa y soleada de una sola hilera de casas, en las afueras de la ciudad donde vivíamos, se me quedó grabada profundamente desde aquellos tiempos; los edificios llamativos de la villa, el Ayuntamiento, la catedral y los puentes sobre el Rin, y, sobre todo, aquel inmenso prado que empezaba detrás de nuestra casa y que para mí no tenía límites. Ninguna de mis emociones, ni el recuerdo de las personas que me rodeaban, ni aun la misma imagen de mis padres se me aparecen con tanta claridad como

aquel prado. Estos recuerdos me parecen mucho más antiguos que el del primer rostro humano que viera o de mi propia vida. De aquel sentimiento de vergüenza, que iba acompañado de una sensación de repulsión contra todos los que tocasen con manos extrañas mi cuerpo, ya se tratase del médico, ya de los sirvientes, nació sin duda tan temprano en mí como el deseo de permanecer completamente solo al aire libre. Los paseos en aquellos tiempos, que duraban horas y horas, tenían por única finalidad recorrer los lugares vírgenes y verdes de aquel prado no hollados aún por nadie. Esos tiempos de mi vida solitaria por el prado, son aquellos cuyo recuerdo nos llena del doloroso sentimiento de felicidad que acompaña nuestros pasos por la infancia. Aún hoy percibo el olor a hierba de aquel prado, con el convencimiento de que ninguna otra época ni ningún otro prado podrá nunca producir tan maravillosas gramíneas, tan ricas mariposas, tan espléndidas plantas acuáticas, dientes de león tan dorados, claveles de colores tan deliciosos, ni primaveras, campanillas y escabiosas. Nunca he vuelto a hallar un llantén tan hermoso y esbelto, un pimiento silvestre de color amarillo tan encendido, unos lagartos y mariposas de brillo tan sugestivo. Mi entendimiento actual está cansado y no quiere razonar que no han sido los lagartos ni las flores quienes se han convertido de entonces acá en mal, sino que la transformación ha tenido lugar en mi corazón y mi mirada.

Cuando pienso en esto, me parece que todo lo que de valioso he visto más tarde con mis ojos o poseído en mis manos, así como mi propio arte, valen muy poco en comparación con el esplendor de aquel prado. Aquellas claras mañanas, durante las cuales, tendido sobre la hierba con las manos bajo la cabeza, miraba por encima de aquel mar encrespado de hierba refulgente de sol, en medio del cual surgían rojas islas de amapolas, islas azules de campanillas y de color lila de hierba. Me encantaba ver revolotear las amarillas cleopatras, las mariposas de un azul delicado, las de un color rojo oscuro que llamábamos «Admiral», y la otra, la más rara de todas, cuyo nombre pronunciábamos con tanto respeto, la mariposa *Apolo*. Esta mariposa, que yo conocía por las descripciones que de ella me habían hecho mis compañeros, voló un día muy cerca de mí, se posó en el suelo y aleteó sin cesar con sus maravillosas alas de alabastro, de modo que pude observar sus finos dibujos y sus contornos, así como las finas líneas diamantinas, y, sobre las alas, aquellos ojos de un color claro de sangre. Muy pocas sensaciones de aquellos días lejanos han quedado tan firmemente grabadas en mi memoria como la satisfacción que sentía al contemplar aquel raro ejemplar, satisfacción que me quitaba la respiración y me hacía latir violentamente el corazón. Pero despertóse en mí el instinto cruel e indomable de los niños. Aceché al noble animalito y le lancé mi gorro. El insecto miró a su alrededor, se elevó con un aletear elegante y desapareció rápidamente hacia la dorada luz del sol. Nunca hubo interés científico en mis cacerías o en mis colecciones. Las orugas y los nombres técnicos de las mariposas, que llamaban en aquella región pájaros de verano, no me importaban gran cosa, para la mayoría de ellas inventé yo mismo el nombre. Había una especie de moscas rojizas que denominé temblorosas; y las mariposas comunes del bosque y otras mariposas menos bellas y menos raras las reunía todas ellas bajo el desdeñoso nombre de rústico. No me preocupaba de aquel botín que cogía en mis cacerías porque no le prestaba una atención especial.

No logré hallar ninguna impresión musical en aquellos prados estivales, a no ser mi extraordinaria sensibilidad y miedo ante los silbidos de los trenes que pasaban lejos de allí.

A pesar de esto, debía de haber sentido ya entonces cierta atracción por la música, ya que el

recuerdo más antiguo y difuso que de la catedral se refleja en mi interior en pálidos contornos, va indivisiblemente ligado al sonido del órgano.

La catedral y la ciudad las aprendí a conocer mucho más tarde y mucho más lentamente que la verde naturaleza. Ya que, mientras me podía pasar toda una mañana o toda una tarde solo por donde me gustase del prado, no me permitían mis padres ir solo a la ciudad; además, a mí también me asustaba la extraordinaria confusión de personas y de carruajes.

A pesar de que los meses de mi vida pasados en medio de los verdes prados surgen en mi recuerdo como un sueño hermoso e ininterrumpido, de una claridad constante, aparecen algunos días con un brillo particular y con unos contornos más suaves. Daría cualquier cosa por poder recordar mejor aquellos días. Cuantas veces he intentado recordar aquellos bellos momentos, otras tantas me ha dominado la tristeza de aquellos miles de días olvidados. Ya no vive nadie que me pueda contar cosas de mi vida, y la mayor parte de mis años de infancia aparecen ante mi nostalgia como una maravilla, como una felicidad áurea e incomprensible. Pertenece a las imperfecciones y renunciaciones de la vida humana el hecho de que nuestra infancia se nos vuelva extraña y permanezca en el olvido como un tesoro que se ha escapado de unas manos juguetonas y ha caído en lo hondo de un profundo pozo. Hasta los días de mi infancia puedo seguir el hilo de mi vida; pero más allá sólo algunos días aislados surgen esbozados en la penumbra. Desde estos recuerdos quiero volver hacia atrás, hacia mi infancia, pero no vislumbro más que un agitado mar lleno de enigmas y de comienzos, sin formas, impregnados de un perfume de lejanías y cubiertos de un velo que oculta sus maravillas.

Entre aquellas visiones plateadas y aisladas recuerdo un paseo que me es especialmente valioso, porque contiene la imagen más antigua de mi padre. Estaba sentado conmigo sobre el pretil de la capilla de Santa Margarita caldeada por el sol y me enseñaba por vez primera desde aquella altura la llanura del Rin. La primera impresión de este delicado paisaje verde claro se confunde en mi recuerdo con aquellas otras visiones que en el transcurso del tiempo he captado al contemplarlo de nuevo. Pero esta primera imagen de mi padre se diferencia de todas las demás. Su barba negra rozaba mi frente rubia, y sus ojos grandes y claros descansaban en los míos. Cuando pienso en aquel momento de reposo junto a la muralla creo ver de nuevo el perfil de su cara, la barba y el cabello negro, la nariz fuerte y noble, los labios vigorosos y rojos, los negros bucles de la nuca, los grandes ojos vueltos hacia mí, su cabeza descansando sobre el azul de un cielo estival.

A aquel mismo verano debe de pertenecer otra visión, que, sin conexión con la anterior, ha quedado grabada de una manera asombrosamente clara y fiel en mi memoria. Veo la figura alta y delgada de mi padre que, de pie y con la cabeza echada para atrás, camina hacia una puesta de sol. En la mano izquierda lleva el sombrero de fieltro. Mi madre se apoya suavemente en él, mientras caminan lentamente. Ella es más baja y más robusta; sobre los hombros se anuda su pañuelo blanco. Por entre las dos cabezas casi juntas brilla el sol purpúreo. Los contornos dorados de estas figuras se recortan vigorosamente dibujados; a ambos lados aparece un campo de trigo abundante y maduro. No sé cuál fue el día en que caminaba así detrás de mis padres; pero esta visión me ha quedado grabada de un modo indeleble y fresco. No conozco ningún cuadro viviente o pintado que en sus líneas o en sus colores se me aparezca más hermoso y que me sea más querido que estas dos nobles figuras por el sendero entre espigas, caminando hacia el fuego rojo del sol, silenciosos y cubiertos por su brillo

dorado. En innumerables sueños y noches de insomnio buscaban mis ojos esta visión, ésta mi más querida joya, legado de una de mis horas más felices. Nunca he vuelto a ver ponerse el sol detrás de una mar de espigas, una puesta de sol tan roja, tan magnífica, tan llena de paz, tan llena de fulgor y de abundancia. Y si verdaderamente volviera a ver una puesta de sol como aquella, cualquiera que fuera el atardecer en que esto sucediera, y no viera a aquellos amados seres a cuya sombra caminaba, tendría forzosamente que cerrar los ojos dominado por la tristeza.

El recuerdo de mi padre y de mi madre empieza a ser más claro desde aquel día. Independientemente de mi vida solitaria por los prados, vivía una existencia alegre en nuestro hogar. Mis recuerdos no son tan uniformes y claros como los de mi deambular por los prados, debido a que en mi sentir intervenían otras personas y a que se multiplicaban mis emociones. No me es posible recordar cuándo empezó realmente la influencia de mi padre sobre mí en lo referente al arte en general y en particular al arte lírico, ni cuándo la influencia de mi madre en el terreno musical. Algunas impresiones de esta índole aparecen aisladas en los recuerdos de tiempos posteriores, pero tienen que haber existido con anterioridad.

No me atrevo a hablar mucho de mis juegos infantiles. No hay nada tan maravilloso e incomprensible, nada que nos parezca tan extraño y lejano y que olvidemos tan ineludiblemente como el alma del niño que juega. Debido a nuestra posición desahogada y a la esplendidez de mis padres no me faltaron nunca los juguetes. Poseía soldaditos, libros de láminas, juegos de construcción, caballos, columpios, coches, látigos...; y más tarde también tiendas, balanzas y dinero, sin contar con que, para jugar a teatros, podía disponer de las cosas de mi madre. A pesar de ello, mi fantasía se entretenía con objetos menos cómodos y creaba caballos de taburetes, construía casas de mesas, pájaros de trozos de paños, y de misteriosas cuevas con la pared, el biombo y las sábanas.

Junto a ello había en los cuentos que me contaba mi madre una superabundancia de mundos y ambientes bastante para llenar todos mis sueños. He escuchado y leído a escritores, narradores y comentaristas de fama mundial, y siempre los he encontrado torpes y aburridos cuando los he comparado con las narraciones de mi madre. ¡Oh, aquellas narraciones tan maravillosas, aquellas historias doradas del Niño Jesús en Belén, en el Templo, o en el camino de Emaús! En el retablo barroco de la vida del niño no hay cuadro más dulce y santificado que el de la madre que narra un cuento, en cuyas rodillas se reclina una rubia cabeza con ojos llenos de profundo asombro. ¿De dónde obtienen las madres este arte poderoso y alegre, esta alma tan creadora, sus portentosas mañas de narradora?

¡Todavía te veo, madre mía, con la hermosa cabeza inclinada hacia mí, esbelta, flexible y paciente, con aquellos incomparables ojos pardos!

Junto a las historias de la Biblia, de un tono y un sentido inigualables, me nutría del manantial de los cuentos. Caperucita Roja, el fiel Juan y Blancanieves y los siete enanitos tras las siete montañas me prendían en su círculo mágico. Mi codiciosa imaginación creó bien pronto, con fuerzas propias, prados a la luz de la luna donde bailaban las hadas, palacios con reinas arropadas de seda, cuevas profundas y misteriosas, habitadas indistintamente por espíritus, ermitaños, carboneros o bandidos. Una estrecha rendija que había entre dos camas en el dormitorio era el lugar preferido donde se escondían unos monstruos de ojos de gato, los mineros cubiertos de hollín, los malvados

decapitados, los asesinos sonámbulos, los fieros animales de ojos verdes. Durante algún tiempo sólo me atreví a entrar en la habitación en compañía de personas mayores, y sólo más tarde, reuniendo todo mi orgullo de muchacho, me atreví a entrar solo. Un día mi padre me pidió que le trajese las zapatillas. Fui al dormitorio, pero no me atreví a penetrar en aquel antro de horror, y regresé silencioso disculpándome diciendo que no había encontrado las zapatillas. Mi padre, que tenía gran enemistad a las mentiras, sospechó que mentía y me mandó de nuevo a la habitación. Penetré otra vez en ella; pero de tal modo había aumentado en el entretanto mi miedo, que regresé junto a mi padre con idéntica disculpa. Mi padre, que me había estado observando a través de una rendija de la puerta, me dijo severamente:

—¡Mientes! Tienen que estar allí.

Y se dirigió él en persona a buscarlas. Mi terror había llegado a tal extremo que no creí a mi padre seguro frente a aquellos monstruos que mi imaginación había creado; me colgué lloricoso de su chaqueta y le rogué con lágrimas en los ojos que no se acercase. Pero él se dirigió al dormitorio llevándome consigo, se agachó y volvió sano y salvo de aquella terrible cueva. Yo, durante aquel tiempo, elevaba mis plegarias al cielo, y al ver que salía bien lo atribuí al gran valor de mi padre y a la cooperación del buen Dios.

En otra ocasión, mi miedo llegó a tales extremos que se convirtió en enfermizo. Aquel acontecimiento se me ha quedado grabado fielmente con sus rasgos atormentadores, y pende, cual horrorosa y bella cabeza de Medusa, sobre aquella época de romanticismo infantil.

Oscurecía ya cuando regresábamos de la ciudad un poco angustiados, dos hijas de un vecino, de unos catorce años de edad, su hermanito y yo. Las altas casas y las torres proyectaban sus sombras sobre la calle, mientras se iban encendiendo los faroles. A aquel ambiente se añadía el que al pasar por delante de una fragua eché una mirada dentro. Allí vi a unos hombres, medio desnudos y tiznados de hollín cual esclavos, que cogían el hierro refulgente con unas grandes tenazas. Oí también las carcajadas de unos individuos borrachos, estado que yo desconocía y que se me figuraron cual fieras o criminales. Ya casi había oscurecido; una de las muchachas, bastante asustada, me contó la historia de la campana Bárbara. Esta pendía de la torre de la iglesia de Santa Bárbara y había sido forjada por arte de brujería. Siempre que tañía parecía nombrar con voz angustiada a una tal Bárbara que había sido vilmente asesinada. Y los mismos asesinos robaron la campana y la enterraron. Y, cuando doblan las campanas al oscurecer, se oye tañer a la campana en la profundidad de la tierra, gimiendo:

*Me llamaban Bárbara,
en la Bárbara estuve colgada;
Bárbara es mi patria.*

Esta historia, contada a media voz, me excitó terriblemente. Mi miedo aumentó, aunque intentaba dominarme. Quería contener mi miedo, pues observaba que el otro muchacho no había entendido nada y caminaba sin preocupación alguna. También quería ser valiente ante las dos niñas, a pesar de que ellas también tenían miedo y sólo hablaban entre sí en voz baja. De modo que mi sensación de

pavor fue en aumento con cada palabra de la narración, hasta el punto de que los dientes me empezaron a castañetear. Cuando la muchacha terminó la historia, empezó a sonar la campana vespertina de la iglesia de San Pedro. Entonces solté lleno de miedo la mano del otro niño y emprendí la huida, como si me persiguiera todo el infierno; me precipité en la oscuridad de la noche, tropecé, caí, y me condujeron gimiendo y temblando a casa. Durante toda la noche me estremecieron escalofríos de miedo, y por mucho tiempo sólo oír el nombre de Bárbara me producía un temblor frío en la espalda. Desde aquel día creía más aún en monstruos, vampiros y espíritus malignos, pues tenía la impresión de que aquella noche me habían perseguido todos juntos.

Por aquel mismo tiempo me empezó a apuntar el entendimiento y no hacía más que formularme preguntas, que, al quedar en mí sin respuesta, me producían un insufrible sentimiento de impotencia. En estas ansias de conocer, en este deseo de saber las causas de lo que me rodeaba, en esta nostalgia de alcanzar la armonía y el dominio espiritual, está concentrada una época de la infancia, la cual suele olvidar el común de la gente. Sufría ante esas innumerables preguntas que se quedaban sin respuesta, y me percaté bien pronto de que las personas mayores a quienes me dirigía no hacían caso de mis requerimientos y no comprendían en absoluto mis temores. Una contestación en que veía una excusa o una burla, me intimidaba de tal forma que me impulsaba a seguir con mi creación de un mundo de mitos.

¿Cuán distinta sería en gravedad, pureza y respetuosidad la vida de muchas personas si conservaran después de la época de su juventud, este buscar y este preguntar por la esencia de las cosas! ¿Qué es el arco iris? ¿Por qué susurra el viento? ¿Por qué se marchitan los prados; por qué florecen de nuevo? ¿Por qué existe la lluvia y la nieve? ¿Por qué somos nosotros ricos y nuestro vecino pobre? ¿Dónde se esconde el sol durante la noche?

Este preguntar me lo respondía mi padre con su cariño incomparable cuando la sabiduría o la paciencia de mi madre se habían agotado. Cuando aquello de «esto lo ha creado así el buen Dios» no sirvió ya para satisfacer mi curiosidad, me explicó mi padre a vuela pluma el mundo visible, la superficie de la tierra con sus plantas y animales y el girar de las estrellas. Al mismo tiempo hacía surgir, junto a mi bosque de leyendas, las nobles figuras del mundo antiguo, así como las ciudades griegas y la antigua Roma. Los niños tienen un corazón amplio, y, con la magia de la fantasía, son capaces de hacer compatibles en su alma cosas que en los mayores, por sus contradicciones, originan una violenta lucha interna con su disyuntiva de o eso o lo otro. A pesar de ello, ya que yo mismo jugaba con mi inventiva infantil, se originaron en mi interior numerosas dudas. La duda más sincera la tenía contra la realidad de un *orbis pictus*, mi libro de láminas preferido, que me acompañó desde que empecé a contemplar libros hasta que, ya un muchacho crecido, ejecutaba en mi vida el papel inverso que juegan Robinsón y Gulliver en la vida real. Dudé durante mucho tiempo de que todas aquellas imágenes tuviesen su origen en la Naturaleza, temeroso de que fueran meras fantasías pictóricas. Cuando contemplaba las reproducciones de caballeros o de edificios u otros objetos históricos, me acordaba con satisfacción de mi astucia: también yo había dibujado a Aquiles y también había perfilado grandes catedrales y cosas parecidas, y las había hecho pasar ante mis camaradas por cosas verdaderas o por fieles reproducciones. Cuando mi padre se enteró de ello, abrió el libro por una de sus últimas páginas y me enseñó la imagen de una de las iglesias de nuestra

ciudad, cuadro en que hasta entonces yo no me había fijado y que reconocí inmediatamente, con gran consternación por mi parte. Desde aquel momento y durante bastante tiempo me persuadieron las palabras de mi padre, haciendo que no abrigase dudas. Un día me contó el chico de nuestro vecino, con mucho misterio y dándose mucha importancia, que el «hombre salvaje», un personaje principal de nuestras historias y nuestros cuentos fantásticos que nos explicábamos mutuamente, no vivía muy lejos del portal del Petersgraben, en un almacén de trigo, según su padre le había contado. Pero yo hice caso omiso de esta historia, ya que mi padre me había dado una explicación mejor, aunque no tan clara. No sólo me mostré, por tanto, escéptico y sin conmoverme en absoluto, sino que le contesté despectivamente, a la vez que lleno de íntima satisfacción, que fuera de nuevo a ver a su padre y que le dijera de mi parte que era un asno. Esta contestación tuvo por consecuencia que, primero por parte del injuriado y después por parte de mi padre, recibiera una regular paliza.

Estos castigos de mano de mi querido padre los recibía casi siempre con despecho y en silencio; más, para mi pequeño corazón, eran increíblemente amargos, dolorosos y humillantes. Son los primeros dolores de que puedo hacer memoria y, en toda la visión que tengo de los días de mi infancia, los únicos momentos de aflicción antes de mi entrada en el colegio. Y no terminaban estos castigos con la paliza y el despecho, sino que la píldora más amarga era la de tener que humillarme y pedir perdón a mis padres antes de conseguir verles de nuevo amables conmigo y atentos de nuevo con mis ruegos. Naturalmente que, debido a ello y por aquella reconciliación amistosa y grave, rompíamos el aguijón del castigo; pero hasta estar lo suficientemente cansado y convencido para pedirles perdón, se requería a veces una lucha amarga y llena de lágrimas. Me acuerdo todavía muy bien de la primera noche en que me fui solo a la cama, silencioso y tímido, sin el beso acostumbrado de mi madre. Seguramente, aunque más tarde haya sentido atenazar mi alma la congoja, no he experimentado nunca un sentimiento de dolor y de tormento tan profundo en mi interior como en aquella triste noche. Fue también la primera vez en que me vi incapaz de rezar. Las palabras de mis plegarias murieron a flor de labios; me mostraron por primera vez su grave seriedad y me oprimieron como si me fueran a ahogar. Aquel día empecé a valorar el significado de mis rezos.

Mientras tanto, crecía mi entendimiento y con el apoyo del saber recibido, con mis primeras enseñanzas y con mis primeras experiencias personales, empecé a gozar lentamente de una silenciosa actividad propia. Mis juegos, sin tomar ejemplo de nadie, adquirían aquellas formas más inteligentes y tergiversadas de los verdaderos juegos de niños. El abecedario fue para mí una visión agradable y áspera de lo que sería la escuela. Ya poseía recuerdos y me acostumbré, tan pronto como señalaron la fecha de mi ingreso en la escuela, a pensar en el mañana y en el más allá de mañana.

Todo esto constituye el acervo de recuerdos de mis primeros años. Pero no lo es todo, pues no puedo relatar lo mejor: aquellas sensaciones de las primaveras llenas de ensueño y de juegos que me hacían feliz, el delicado recuerdo de alegrías y dolores infantiles, gozados más de corazón y sentidos más profundamente que muchas grandes alegrías y grandes dolores de tiempos posteriores. No me es posible describir aquel suave recuerdo que retengo como un hermoso manojo de flores, los paseos por el bosque, las amistades con los chicos de nuestros vecinos, los pequeños gatitos y los corderos que yo acariciaba.

Llenos de una cómica y extraña melancolía me conmueven aquellos últimos tiempos anteriores a mi ingreso en la escuela, así como el despertamiento de mi orgullo infantil, lo precario de pasar de la ensoñación al razonamiento, el lento palidecer de mi colorida fantasía y de todo aquel substrato dorado sobre el que se asientan las primeras visiones.

Los recuerdos terminarían en mi último año anterior al ingreso en la escuela. Fue para mí una tarde extraña. Faltaban pocos días para mi entrada en la escuela. Era el 27 de noviembre: día del cumpleaños de una hermanita mía. A esta hermanita le dedicaban por entonces todos los cuidados y todo el cariño de la casa, mientras yo permanecía solo y cohibido junto a una oscura ventana. Fuera se veía ya el final de la estación; era una noche tachonada de estrellas. Justo con el pensamiento de mi entrada en la verdadera vida, surgía en mí un sentimiento de despedida y una nostalgia semiinconsciente de la libertad y la vida de ensueños transcurrida hasta aquel momento. Fue entonces cuando creí percibir que las estrellas se movían. Contemplé fijamente el cielo y vi una estrella que empezó a refulgir de manera misteriosa, hasta que desapareció de repente en la oscuridad, sin dejar huella alguna tras sí. Y, de repente otra, y luego dos más al mismo tiempo, de modo que, al final, era un sinnúmero de estrellas las que se movían en el firmamento. Mi padre entró en la habitación, y también los criados, y así permanecemos durante largo rato en la oscuridad contemplando el raro espectáculo de la caída de infinitos meteoros. Estoy convencido de que cada uno de nosotros estaba conmovido por aquella hora misteriosa. Tengo la seguridad de que aquella fantástica visión de las estrellas que se deslizaban por el infinito, vista desde la oscura habitación, quedaría indeleblemente grabada en nuestra memoria.

Con mi ida a la escuela empezaron para mí mis relaciones sociales. Allí la existencia se convierte, por primera vez, en un cuadro reducido del mundo; allí comienzan a tener vigencia las normas de la verdadera vida; allí empiezan las ambiciones y las desesperaciones, los conflictos y a tenerse conciencia de uno mismo, las insatisfacciones y las dudas, las luchas y las consideraciones y el curso infinito del día. He aquí lo más importante: ¡la división en días de trabajo y días de fiesta! Hay que vivir y trabajar por horas; cada día adquiere su valor y su peso y se desprende del tiempo como una pieza por sí sola. La inconmensurabilidad de los meses y de las estaciones del año, aquel vivir despreocupado tiene un fin; las fiestas, los domingos y los cumpleaños ya no aparecen como sorpresas ante nosotros, sino que su tiempo y su retorno quedan determinados como las horas en el reloj, que sabemos cuándo las agujas volverán a coincidir en marcar la hora.

El deseo de mi padre de instruirme él mismo no resistió la costumbre general ni el consejo de los amigos y de los parientes. Me entregaron a una escuela oficial; tuve varios profesores que cambiaron cada año y hube de soportar todos los inconvenientes de esta clase de enseñanza. La casa y la escuela eran dos cosas severamente separadas; debía someterme a dos jefes: uno que contaba con mi amor y otro con mi miedo. El primer inconveniente fue que, habiéndome acostumbrado un severo profesor a recibir numerosas palizas, no me conmovían ya los castigos paternos, de modo que las reprimendas hogareñas perdieron bien pronto su eficacia y a mi padre se le fue haciendo imposible convencerme con sus procedimientos. De ello derivaron para él muchas preocupaciones y trabajos, y para mí muchas desdichas, ya que desde entonces todos los esfuerzos de mejoramiento y todos los

perdones exigían más tiempo. Esto me hizo estar alguna vez desesperado, lleno de preocupaciones y de coraje. Me atormentaba la desdicha, la vergüenza, el enfado y el orgullo. En la escuela me maltrataban, en casa parecía como si un delito silencioso me oprimiese; me echaba entonces sobre la hierba y luchaba sollozando contra un poder cruel y desconocido. Aquellas horas durante la comida cuando no había conversación posible, cuando pensaba con horror en las próximas horas de colegio, cuando adivinaba una reprimenda en el rostro de mi padre, y la veía también en el rostro de mi madre e incluso de los criados. Aquellos paseos silenciosos con mi padre, durante los cuales él esperaba que le pidiera perdón o le diera una explicación y yo me contenía, lleno de despecho y de vergüenza... Todas esas impresiones pesan aún, graves y repulsivas, sobre mi memoria.

Ya que mi intranquilidad, mis pasiones reprimidas y mis ansias de vida exigían más campo de acción, me lancé con toda la ferocidad de mis jóvenes sentidos a practicar los hasta entonces desconocidos juegos de muchachos. Bien pronto superé a mis camaradas como gimnasta, como caudillo, como jefe de bandidos y como cabecilla de indios, y todo con tanto mayor empuje, cuanto peores aires se respiraban por casa. Mis padres, y sobre todo mi preocupada madre, veían desconsolados que me convertía en un muchacho travieso y revoltoso y que sólo delante de ellos me sentía miedoso y deprimido.

Durante el tercer curso rompí con un tirador el cristal de una ventana del taller de un pobre menestral de nuestra calle. El hombre vino a ver a mi padre y le contó, tal como él lo creía, que yo había cometido el hecho adrede, añadiendo de paso que yo era un vagabundo y el tirano de la calle. Cuando mi padre me contó por la noche todo esto, me indigné tanto contra mi acusador que negué tercamente ser el autor del hecho innegable de la rotura de los cristales. Me castigaron de manera desacostumbradamente dura, y entonces creí todavía más firmemente que no debía ceder en mi terquedad. Durante algunos días me mantuve en una actitud hostil, mientras mi padre callaba y parecía que una sombra se proyectase por toda la casa. Durante estos días me sentí más infeliz que nunca. Por aquel entonces mi padre tuvo que emprender un viaje de una semana de duración. Cuando regresé aquel día de la escuela ya había partido, dejándome una cartita. Después de la comida me fui a la buhardilla y abrí el sobre. De su interior cayó un papelito escrito con la letra de mi padre:

Te he castigado por un hecho que niegas haber cometido. Pero si realmente lo hiciste, y por tanto me has engañado, ¿cómo será posible que pueda hablar nuevamente contigo? Si no es así, reconoceré que te he castigado injustamente. Cuando regrese dentro de una semana, uno de los dos deberá perdonar al otro. Tu padre.

Durante todo el día anduve por la casa y el jardín, deprimido y llevando entre mis manos el papel. El hecho de que mi padre me hablara de hombre a hombre me llenaba de orgullo y de arrepentimiento, y me conmovió profundamente. A la mañana siguiente me acerqué con el papelito en la mano a la cama de mi madre, empecé a llorar sin encontrar las palabras justas con qué expresarme. A continuación me puse a pasear por la casa como si acabara de llegar a ella después de una larga ausencia; todo era tan nuevo y tan viejo como si me lo acabaran de regalar o como si saliera de un hechizo. Por la noche, como hacía tiempo acostumbraba, me postreé a los pies de mi

madre para oírle contarme cuentos cual en mis años infantiles. ¡Era tan dulce y maternal lo que fluía de sus labios! Pero no me relataba cuentos. Me hablaba de un tiempo en que me había vuelto un extraño para ella y de que siempre me había acompañado con su amor y sus preocupaciones. Con cada una de sus palabras me avergonzaba y me hacía feliz. Luego hablamos los dos con cariño y respeto de mi padre y sentimos ambos una alegre nostalgia por su pronta vuelta.

El día del regreso de mi padre era el último de la escuela antes de empezar mis vacaciones de verano, y eso completaba mi felicidad. Tras una pequeña charla en la biblioteca con mi padre, salimos y me condujo a donde se encontraba mi madre y le dijo:

—Madre, aquí tienes de nuevo a nuestro hijo. Desde hoy me vuelve a pertenecer.

—Y a mí ya hace una semana que me pertenece —respondió ella, sonriendo.

Y los tres nos sentamos felices a la mesa.

Las vacaciones que empezaron con aquel día memorable aparecen entre mis años de escuela como un bello jardín de verdes setos. ¡Días llenos de sol! ¡Noches de juegos y de charlas, noches de profundo sueño con la conciencia tranquila! Cada tarde íbamos con mi padre a una cantera que se hallaba a media hora de la ciudad. Allí construíamos casas y cuevas, tirábamos piedras a un blanco y buscábamos fósiles. En el camino de vuelta bebíamos leche y comíamos pan en una casa de campo y renunciábamos orgullosos a la cena que nos había preparado mi madre en casa. Entonces nos vanagloriábamos de cada pedrada que había dado en la diana y de cada fósil que habíamos hallado. Mi padre demostró ser un excelente excursionista, cazador, tirador e inventor. A veces, por la mañana, o por la tarde, paseábamos y descansábamos por los prados y por las laderas cubiertas de árboles, solos, con un pedazo de pan en el bolsillo, descubriendo caminos y coleccionando plantas. Yo sentía cómo mi padre volvía a encontrar su propia juventud y se alegraba de sus pulmones frescos y de sus mejillas sonrosadas, ya que era de constitución débil y padecía mucho de dolores de cabeza y otros achaques. Caminábamos como dos muchachos, cortábamos cañas, construíamos cometas, cavábamos en el jardín y hacíamos en el patio toda clase de trabajos de carpintería.

En esta época empezó a despertarse mi oído y mi fantasía para la música. En mis horas libres me gustaba ir a la catedral para escuchar al organista, que durante horas y horas gozaba allí de su arte. Bien pronto aprendí algunas piezas corales y melodías de canciones que yo silbaba o cantaba por el camino yendo a la escuela, o en el jardín, e incluso en la cama.

Cuando cumplí los nueve años, mis padres me regalaron un violín. Desde entonces, y durante muchos años, me ha acompañado el violín a través de mis singladuras. Desde aquel día tuve una patria íntima, un refugio donde poder cobijar mis emociones, alegrías y preocupaciones.

El profesor estaba satisfecho conmigo. Mi oído y mi memoria eran buenos y fieles y poco a poco, a través de los años de estudio, demostré poseer las cualidades que hacen al violinista: brazo seguro, muñeca libre, dedos fuertes y tenaces.

En el primer momento pareció ser la música como un mal inesperado, ya que me tomé tan en serio su estudio, que postergué las demás asignaturas de la escuela. Pero, en compensación, alejé de mí la afición y el furor infantil por los juegos rudos y violentos, moderó mis impulsos y pasiones y me hizo más silencioso y más sociable. No es que fuera educado precisamente para llegar a ser violinista; mi propio profesor era tan sólo un aficionado; pero, por este mismo motivo, las lecciones

significaban para mí un placer, ya que no consistían en un ejercicio severo y lleno de precisión, sino en llegar a saber ejecutar con presteza alguna pieza. El primer coral que ejecuté en ocasión del cumpleaños de mi madre fue un gran acontecimiento. ¡Y bien pronto siguieron la primera gavota, la primera sonata de Haydn! Yo mismo me sentía lleno de alegría y de orgullo; pero no tardé en percatarme de que no podía seguir por aquel peligroso camino.

Mi vida escolar siguió su curso normal hasta mis catorce años, dominado siempre por un ambiente de opresión. No me atrevo a enumerar las desdichas que atribuyo a aquel ambiente escolar, aparte los sufrimientos y las amarguras acarreados por mi propia conducta. He de consignar que, durante los ocho años que cursé en la escuela de primera enseñanza, sólo hallé a un profesor a quien llegué a admirar y del que me siento agradecido. Quien conozca un poco el alma del niño y conserve en sí mismo un resto de su delicadeza, recordará los sufrimientos del escolar y aún hoy, temblará de vergüenza y de furor al recordar las brutalidades de ciertos profesores, de los tormentos, del resquemor, de las llagas abiertas, de los castigos crueles, de las innumerables vejaciones sufridas. No me refiero aquí al castigo estimulador que precisa cada escolar; me refiero al desafuero que se comete con las creencias y sentimientos del niño, a las contestaciones rudas y bruscas dadas a preguntas tímidas, a la indiferencia total contra este instinto de la infancia de unificar el conocimiento de las cosas, a la burla con que se responde a las preguntas ingenuas. Estoy seguro de no haber sido el único que ha sufrido de esta manera, y creo que mi indignación y mi tristeza sobre esta parte destrozada y atrofiada de mi joven alma no es la amargura de un ser nervioso. He oído muchas otras quejas por el estilo. Conozco muy bien esta peculiar manera de ser de la edad escolar, época difícil, problemática, de divergencias, de transformaciones, llena de emociones difícilmente comprensibles y de excesos; pero no puedo reprimir la tristeza y la queja. Durante toda mi vida posterior he sentido un especial afecto por esos pequeños escolares y he encontrado de nuevo mis propios sufrimientos reflejados en los rostros sonrojados de los muchacho.

Me repugna anotar estas amarguras; mis recuerdos divagan cohibidos y oprimidos en esta época en que se acaba mi infancia y empieza mi pubertad.

Claras y resplandecientes de respeto y de cariño se me aparecen las enseñanzas que recibí de mi padre, en el jardín, en el campo, en su biblioteca. Allí aprendí a conocer la historia y la poesía. Me explicaba la historia griega con sus diosas coronadas, sus héroes no siempre triunfantes, las campañas de sus ejércitos, las maravillas de sus ciudades; la historia de los romanos con sus caudillos vencedores, los inmensos territorios dominados, los fastuosos desfiles triunfantes. En comparación con ese fasto y grandeza no me producían la menor alegría las cacerías y las migraciones sangrientas de los primitivos pueblos germanos.

Estas enseñanzas de mi padre, tan amistoso siempre en las preguntas como en las respuestas, fueron una buena base para mí. Lo que en la escuela y en los labios de los profesores me parecía aburrido y tormentoso, adquiría junto a mi progenitor formas sugestivas y me representaba un camino a seguir.

En mi curso, a pesar de no haber sido nunca alumno favorito de los profesores, procuré siempre situarme entre los mejores y, sobre todo, obtener buenas calificaciones en las lecciones de latín. El latín lo aprendí fácilmente y con afán; durante toda mi vida escolar, y aun posteriormente, me ha

acompañado siempre como algo querido y habitual.

De esta forma me consideraron apto para el ingreso en una escuela superior de Suabia. El examen lo pasé bien. Mi época de primera enseñanza había terminado. Ante mí se me presentaba un mes de vacaciones estivales, antes del ingreso tan ambiciosamente deseado por la puerta de la ciencia superior.

Durante aquellas vacaciones me recitó mi padre por primera vez poesías de Goethe. *Sobre todas las cumbres se respira paz* era su poesía predilecta.

Un atardecer argentado en que apenas había aparecido la faz de la luna, nos hallábamos los dos en una colina llena de árboles. Respiramos cansados de la ascensión, y callamos luego de haber comentado la belleza de la campiña silenciosa a la luz de la luna.

Mi padre se sentó sobre una roca, miró a su alrededor, me indicó que me sentara a su lado, puso su brazo alrededor de mis hombros y me recitó, en voz baja y solemne, aquella poesía maravillosa e insondable:

*Sobre todas las cumbres
hay paz.
En todos los árboles
sientes apenas
un hálito pasar.
Los pajarillos callan en el bosque.
Espera, que pronto
reposarás tú también.*

Cientos de veces he oído estas palabras desde entonces; las he leído y yo mismo las he recitado, en cientos de ambientes diferentes, y cada vez me ha dominado aquella melancolía suave, disolvente. En estas ocasiones he inclinado de nuevo la cabeza y he tenido un sentimiento de felicidad especial, como si las palabras las pronunciase mi padre apoyado en mí, como si sintiera todavía su brazo en mi entorno, como si viera aún su frente amplia y clara y le oyera hablar en voz baja.

LA NOCHE DE NOVIEMBRE

UN RECUERDO DE TÚBINGA

(Escrito en 1899)

Una noche oscura y nublada de noviembre se cernía sobre la ciudad de Tübinga. Por los estrechos callejones silbaba el viento y caía la llovizna; el llamear rojo de la luz de los faroles se reflejaba sobre el adoquinado mojado. El viejo castillo aparecía como un monstruo medio dormido sobre su larga colina, pálido y negro, con dos o tres pequeñas ventanas iluminadas con una luz rojiza; jirones de nubes colgaban alrededor de sus tejados en punta. Los viejos y pelados castaños, los tilos y los plátanos semejabán a un ejército escuálido y triste de ancianos a ambos lados de las grandes alamedas. Torbellinos de follaje mojado revoloteaban por los húmedos caminos; los grandes prados otoñales yacían grises y podridos, iluminados aquí y allá en sus bordes por el fulgor inquieto y punzante de un farolillo que se balanceaba al viento. El cansado y prolongado silbido del último tren de Reutlingen cruzó el pesado aire desde la cercana estación, quedando maravillosamente enmarcado en la atmósfera moribunda de la noche.

Cuando amainaba la tormenta, percibíase el frío rumor de las aguas del Neckar. Las orillas aparecían profundamente envueltas en una tranquilidad gris y triste y ya no quedaba en ellas huella alguna de aquellas fiestas nocturnas de verano, alegres y llenas del eco de las canciones. Tampoco el seminario mostraba huella de aquellos brillantes e innumerables espíritus que antaño cursaran en él sus estudios de juventud. Tal vez vibrasen todavía algunos sonidos elegíacos del arpa del pobre Holderlin. Pero en su lugar se corporizaba el grave y aplicado presente en innumerables velones de estudio, distribuidos por todo el frontispicio del inmueble, que brillaban con un rojo mate a través de las anchas y bajas ventanas. Compendios, diccionarios e infinitos libros de texto yacían abiertos ahora ante unos ojos juveniles de mirada grave: ediciones de Platón, Aristóteles, Kant, Fichte, tal vez también de Schopenhauer. Biblias en lenguas hebraica, griega, latina o alemana. Quizás estuviese en aquel instante un joven genio filosófico aprendiendo sus primeras especulaciones, mientras un futuro apologetico ponía también sus primeras piedras en el edificio de su erudición.

Dos jóvenes que venían caminando desde el puente inferior del Neckar a través de la alameda de plátanos, miraron sonrientes hacia el otro lado del río, sin mostrar demasiado respeto ante aquel grave feudo del espíritu preñado de futuros destinos humanos. Paseaban lentamente a través de aquella noche tormentosa de otoño, envueltos en sus grises abrigos de paño burdo, sin preocuparse de la lluvia.

—¿Hay algo dentro todavía? —preguntó el estudiante Otto Aber a su acompañante.

Este, el poeta Hermann Lauscher, sacó como respuesta del bolsillo de su abrigo una abombada botella de benedictino y la alargó al estudiante.

—El último trago —exclamó éste alzando la botella contra el edificio del seminario que se erguía al otro lado del río—. ¡A tu salud, seminario!

Vació la botella de un trago rápido.

—¿Qué hacemos con la botella? —preguntó Lauscher—. Podríamos llegarnos a la ronda y regalársela a nuestra amada Policía de la ciudad de Tübinga.

—¿A la Policía de la ciudad? —rióse Aber—. ¡Ahí va! —y lanzó tan vigorosamente la botella por encima del río, que fue a estrellarse contra uno de los pilares del edificio—. Y ahora, ¿a dónde vamos?

—Eso es, ¿a dónde vamos? —dijo Lauscher meditabundo—. En el «Steinlach» moriremos

envenenados por el vino; en el «Silbergurg» ya no sirve la hermosa Schorchel; en el «Kaiser» se estará emborrachando Roigel; en la «Sonne» hay demasiada gente; en el «Loewen»...

—¡Eso es: al «Loewen»! —exclamó Aber—. Ahora recuerdo que Saebelwetzter y Elenderle se han citado allí esta noche para zanjar una apuesta que hicieron el jueves. ¡Vamos! Además, hoy hace un tiempo de mil demonios.

El estudiante se arropó en su abrigo y empezó a andar más vivamente.

—¿Por qué corres? —gritó Lauscher—. Para nosotros ya se compagina este tiempo. Me gusta más esto que ser un harapiento a la luz del sol. Si no hubiéramos terminado el benedictino, preferiría quedarme aquí al aire libre. Además, Saebelwetzter es un hombre eternamente aburrido y Elenderle debe de estar de nuevo a punto de llorar. ¿Estarán bebiendo *uhlbacher*? Si es así, no voy; el *uhlbacher* del «Loewen» y yo no somos amigos. Pero ¿qué entendéis vosotros de vinos?

—¡Fanfarrón! —rió Aber—. No; estarán bebiendo vino del Mosela, o un vino de Winkel o algo parecido. De todas formas, vino de marca. Y ahora se me ocurre: ¿por qué no fundamos algo? Nosotros cuatro o cinco siempre nos sentamos juntos; podríamos arrastrar a Appenzeller o a un par de esos habituales de taberna; seríamos algo así como una exposición de fracasados.

—¿Fundar algo? —rugió Lauscher, que por aquel entonces no podía presentir el futuro *cénacle*—. Antes preferiría convertirme en ermitaño.

—¿Por qué no? Formaríamos la tertulia de los expulsados de todas las corporaciones estudiantiles imaginables, o de todos aquellos sin posible entrada en ninguna Facultad. Elenderle transformaría toda la culpabilidad de la sociedad en lágrimas; yo formaría la comisión de la cerveza; tú serías el consejero de las letras y del vino...

—Etcétera, etcétera. ¡Déjate de cuentos!

—Appenzeller sería el más indicado para comunicar las noticias y los retos de nuestro club a los dirigentes de las diversas corporaciones. Nebukadeznan formaría un inigualable *ensor morum*. Dicen que Kaiser tiene un tío que posee viñedos; Schnauzer es rico y estúpido al mismo tiempo...

—Y luego alquilaríamos dos veces por semana una taberna para ir a cantar a coro *Altheidelberg* y *Es geht ein Lumpidus*. Y nos dedicaríamos a ganar nuevos simpatizantes y practicaríamos los necios ritos de los estudiantes... ¡No gracias!

—¿Por qué? Podríamos instalarnos en el Schwarzwaelder y dejar constancia en los estatutos de la rigurosa prohibición de frecuentar locales respetables. Por ejemplo: a quien se le halle en el Ochsen o en el interior de la Facultad, pagará un marco de castigo; quien hable de libros o estudios, pagará dos bocks de...

—¡No, por favor! Ya empiezas otra vez a desprender olor de estatutos y reconvenciones.

Los dos amigos habían llegado al puente viejo. Desde la taberna donde se reunían los estudiantes les llegaban sus voces cantando a coro. Las aguas del Neckar, se abalanzaban furiosas contra los amplios pilares del puente, sobre la rápida corriente brillaban inquietos los reflejos de los faroles. La alameda de plátanos se alzaba negra y majestuosa en medio de la noche. Desde la torre de la iglesia del seminario oyeron el cuerno señalando las horas. La línea de las casas, desde el seminario hasta la orilla del Neckar, aparecía iluminada irregularmente y de modo pintoresco. Los dos amigos callaron al pasar por el puente. Quizá la visión nocturna de la bella ciudad, el murmullo del Neckar y

el canto de los estudiantes, hiciera resurgir en ellos el recuerdo de días pasados. De los días que le habían hecho vibrar el corazón llenándolo de alegres presentimientos ante la belleza romántica y peculiar de este lugar; aquellas jornadas, cuando todavía paseaban por allí rodeados de la atmósfera dulce y acariciadora de los primeros semestres.

Dieron la vuelta a la Bruckenmuehle, subieron el empinado callejón hacia el mercado de madera, pasaron por delante de la iglesia del seminario; siguieron a través de la estrecha calle de la iglesia y la plaza solitaria, por delante de la «Sonne», y así llegaron, sin preocuparse de la lluvia ni del barro, a la puerta trasera del «Loewen», por donde se entraba directamente al reservado bajando tres empinados peldaños. Antes de entrar, miraron a través de una de las ventanas dentro de la pequeña estancia y vieron a Elenderle y a Saebelwetzter sentados en la última mesa bebiendo vino.

—¡Beben *winkler*! —exclamó Aber—. ¿No te lo había dicho? Te voy a hacer tragar un vaso entero de un sorbo por tu incredulidad...

—¡Bruto! Por lo que a mí se refiere... —murmuró Lauscher, resolviéndose a penetrar el primero a través de la estrecha puerta.

Aber le siguió, dio maliciosamente la vuelta a un letrero de latón que colgaba de la pared recomendando el agua mineral de Grolstein y se dejó quitar el abrigo por Matilde, la hija del posadero, que había corrido hacia él.

En este momento los que estaban bebiendo vino se dieron cuenta de la presencia de los recién llegados.

—¡Ya era hora! —gritó Saebelwetzter—. ¿Queréis beber vino? ¿Queréis tomar un baño?, ¿queréis ahogaros en él? Hay *winkler* de sobra para todos. En mi vida volveré a hacer una apuesta de esta índole. ¡Quince botellas! ¿No es para aburrirse soberanamente?

—¡No es para tanto! —exclamó Lauscher—. Matilde, dos vasos.

Examinó una de las botellas que estaba en el cubilete y escanció vino.

—¡Mi castigo, Aber!

—¡Trágalo!

—¿Qué tal? —preguntó Saebelwetzter.

—Excelente —respondió, lacónico, Lauscher; dejó caer el brazo izquierdo sobre el respaldo de la silla, llenó de nuevo su vaso y apuró el líquido de un sorbo largo y seguro.

—¿Qué pasa? —preguntó Saebelwetzter.

—Ya lo sabes —le interrumpió Aber—. El coñac no le sienta bien. El benedictino...

Lauscher emitió un largo silbido.

—¡Cierra el pico, Aberchen! Y tú, Saebelwetzter, no hagas preguntas estúpidas. —Bebió de nuevo—. En resumidas cuentas, sois un hatajo de cerdos, mis queridos amigos —dijo con lentitud y en tono de gravedad—, y yo me extraño de que pueda estar entre vosotros.

Elenderle rió y bebió a la salud del poeta.

Pero ¿qué hacer? Sólo sois aburridos y, en el fondo, unos buenos chicos...

—¡Hum, hum...!

—Sí, sí, ya podéis murmurar. O, ¿es que algunos de vosotros puede ofrecernos algo más de su espíritu que una vaga remembranza de sus años de bachillerato? ¿Tiene por ventura alguno de

vosotros una noción del humor, de la filosofía, del arte? O...

—Escúchame —rióse el estudiante Aber—: antes de empezar con tus estupideces, sé bueno con nosotros y ofrécenos algo de tu arte, de tu filosofía, de tu humor. Es posible que lo ocultes en algún sitio, pero de ningún modo en tus sentimentales poesías.

—Tienes razón. Deja las poesías. Al hecho de que yo esté aquí sentado con vosotros, bebiendo vuestro vino y contemplando vuestros abollados cráneos, mientras yo poseo oro y plata, cuentos de ensueño, joyas en mi interior, a esto se llama tener humor. ¿Qué es lo que dilapidáis aquí? ¿Qué es lo que tratáis de ahogar? Un examen, una pequeña fortuna, un empleo en el cual os hubierais aburrido y desperdiciado vuestro arte. ¿Por qué? Porque presentís que no vale la pena vivir para eso. ¿Y yo? Trago a trago ahogo un pedazo del cielo azul de los poetas, una provincia de mi fantasía, un color de mi planeta, una cuerda de mi arpa, un trozo de arte, un pedazo de fama, de eternidad. ¿Por qué? Porque tampoco vale la pena vivir para todo eso. Porque no vale la pena vivir para nada; porque una vida, con una finalidad determinada, es un azote; y, sin fines, algo insípido.

Elenderle reía continuamente a carcajadas. Aber apuró un largo trago y dijo bonachón:

—Bebe, Lauscher, y déjate de tonterías. Pero dime —continuó, dirigiéndose a Elenderle—: ¿qué es lo que haces ahora? ¿Ya lo sabe tu viejo?

—¿El qué? —murmuró Lauscher.

—¿No lo sabes? Por tercera vez no se ha atrevido a presentarse a los exámenes; además, le han expulsado. Y bien, Elenderle, ¿qué piensas hacer ahora?

—Me he alistado.

—¿Cómo? ¿Alistado?

—Sí, sí, sí, sí.

—¿Alistado? ¿Dónde? O ¿es que han creado un ejército de delirantes?

—Algo por el estilo. Creí haber derramado ya bastantes lágrimas durante mis largos estudios para poderme comprar un billete gratuito para el valle de los bienaventurados.

—Bien —rió Saebelwetter—, el viaje no es gratuito. Al infierno, desde luego, no te hubieran mandado; eso lo sé yo, ya que he estudiado tres semestres de teología en Wurttemberg.

—Pero ¿quién te ha alistado? —preguntó Lauscher.

—¿Quién? Sí, a ése te agradecería conocer. Es un caballero, te lo digo yo; un perfecto caballero...

—¡Imbécil! —gritó Lauscher—. ¿Qué crearás tú que es un perfecto caballero? ¿Es más perfecto que yo?

—Mucho, muchísimo más. *Ungentleman*, os lo digo yo. Pero ¿para qué esta conversación tan estúpida? Esta noche vendrá; me lo ha prometido.

—¿Qué? ¿No se trata de una broma? ¿Nos das tu palabra de honor?

—Naturalmente, todas mis palabras. ¡A tu salud, Lauscher!

—¡A tu salud, Elenderle!

Lauscher extrajo un paquete de sus llamadas serpientes venenosas, unos cigarros negros, largos y delgados, y los ofreció a sus compañeros. Encendió uno de los cigarros, lanzó nubes de humo hacia el techo. Quitaba la ceniza y tomaba de vez en cuando un sorbo; pronto se hundió en una pereza somnolienta. También los otros se dedicaban silenciosos a sus vasos de vino y a sus cigarros. Una

nube azulada se cernía sobre la mesa; se oía hablar y reír a los pocos comensales que quedaban en el local. Los amigos bebían vaso tras vaso; estaban sentados unos frente a otros, soñolientos y silenciosos, de idéntica manera a como habían pasado otras horas allí, otras tardes y otras noches, igualmente soñolientos y callados, alrededor de una mesa.

—Tengo curiosidad por conocer al que te ha alistado —dijo Aber tras de una larga pausa.

Nadie respondió. Matilde descorchó dos botellas más. Saebelwetzter escanció el vino.

—De todas formas —empezó Aber—, mis queridos amigos, ¿qué será de nosotros? ¿Quién nos alistará? Dos semestres más y se me habrá terminado...

—... la borrachera —le interrumpió Saebelwetzter—. Nunca podré ya cambiar de oficio.

—Ni yo tampoco —bostezó Aber—. Mi viejo empieza a recelar. ¿América?

Lauscher rió.

—¿África, Asia, América? —dijo burlón—. A eso le llamo yo tener preocupaciones. O, ¿es que sabes si todavía vivirás dentro de dos semestres? ¡Un año! Piensa en lo que puede acontecer en este tiempo.

—¿Por ejemplo?

—Puede ocurrir ahora mismo, por ejemplo, ya que estás encendiendo el cigarro de manera tan imprudente, puede ocurrir que acerques tanto la llama a tu boca que te inflames todo tú en una llama de alcohol. ¡Una bonita muerte! O puede suceder que fundes tu club; os construís un local y tú te conviertes en el mayordomo de la bodega...

—¡Tonterías! —gritó Aber, excitado—. Sólo dices tonterías. ¡Esa sí que sería una idea!

—O te vas —continuó Lauscher—, te vas...

Se interrumpió en medio de la frase y se quedó mirando pálido, la ventana abierta que tenía frente a sí.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —gritó Saebelwetzter.

Lauscher señaló con el dedo la ventana.

—Allí —tartamudeó—. Quizás estemos presenciando una escena del *Freischütz*.^[4]

Todos siguieron la dirección de su dedo. Allí, en la ventana, les contemplaba sin moverse un hombre de figura alta, de frente ancha, despejada y escuálida; un hombre pálido, delgado, que ostentaba una barbita de chivo. De pie, ante el marco de la ventana, contemplaba la estancia con sus ojos de color gris de acero, claros y penetrantes.

Saebelwetzter fue el único en no asustarse.

—Parece que dude entre mirar a Kaspar o a Samiel^[5] —dijo burlándose—. ¿Queréis que me meta con él?

El forastero desapareció del marco de la ventana. Un instante después se abrió la puerta y penetró en el local, cruzó la estancia y tomó una silla junto a la mesa de los amigos.

Saebelwetzter quiso alzarse y echar de forma violenta al individuo en cuestión. Elenderle alargó su mano por encima de la mesa, y rió.

—Perdóneme, señor; ahora le reconozco. ¿Me permite que le presente a mis amigos?

Hizo la presentación con gestos de beodo. Se olvidó, empero, de decir el nombre del recién venido.

Siguieron sentados largo tiempo a la mesa, bebiendo silenciosos e indolentes, hasta que Lauscher se levantó.

—Me voy. ¿Le parece a alguno jugar una partida de billar conmigo?

Los amigos no respondieron.

—Sí, si usted quiere —se ofreció el forastero, levantándose—. Podríamos ir todos al «Wahlfisch». Acabo de pasar por allí y he visto que la mesa de billar estaba libre.

Todos apuraron sus vasos y aceptaron la invitación.

Fuera caía la lluvia; hacía un frío húmedo, y la Kornhausgasse se había convertido en un mar de barro. Pronto llegaron al «Wahlfisch». Elenderle subió el primero por la escalera. Junto a la luz de gas del pasillo, Aber detuvo al forastero.

—Un momento, si usted me permite.

Miró hacia la escalera. Los demás ya habían subido.

—¿Qué hay? —preguntó aquel individuo alto.

—Elenderle me ha hablado de usted —dijo Aber, algo cohibido—. ¿Es verdad que alista gente para una compañía?

—En efecto.

—Yo podría... Sería posible que... En fin, quisiera conocerle a usted.

—Me alegra. Me quedo solamente esta noche aquí, pero su amigo le podrá informar mañana. Casi cada semestre vengo a Tübinga.

Siguieron a los otros a aquel café lleno de humo y de mala fama. Elenderle se echó perezosamente en un sofá, después de encargarse de champaña. Lauscher se puso a enyesar su taco. El forastero escogió el suyo. Jugaba al billar brillantemente.

Pronto terminaron la partida.

—Usted juega bien —dijo el hombre alto al poeta—. Si pierde usted el miedo al golpe de arco, seguramente llegará a jugar de una manera genial. Aquí es donde empieza el juego del billar. Mire usted...

Volvió a coger el taco e hizo una de sus maravillosas carambolas. La bola, después de haber tocado la bola blanca, hizo un giro increíble, yendo a dar a la bola roja.

Lauscher le miró asombrado. Luego se sentaron junto a los demás. Aber y Lauscher bebieron café; los otros champaña y jerez. La pequeña Molly se sentó en el sofá junto a Elenderle y bebió con ellos.

—¿Qué opina usted de éste? —preguntó el forastero a Lauscher, señalando, imperceptiblemente hacia Elenderle.

—Es un cerdo —susurró Lauscher—, un perfecto cerdo. Pero es buen chico.

—¿Y de ese otro? —insistió el hombre alto moviendo la barbilla en dirección a Saebelwetzter.

—Ese no es tan tonto —opinó Lauscher—, y tiene gustos más refinados. Pero es un héroe de cartón. Nunca se consolará de que los estudiantes le hayan puesto de patitas en la calle.

—¡Hum! ¿Y el tercero?

—¿Aber? El mejor de los tres; sólo que carece de energía. Tiene un miedo insuperable a su situación.

—Habla usted de sus amigos con mucha sinceridad.

—¿Por qué no? Constituyen diversos estados de putrefacción, cada uno con una fosforescencia peculiar.

—Usted me gusta.

—¿Ah, sí?

Lauscher se levantó.

—¡Vamos! —le chilló a Aber—. Nos vamos.

El forastero saludó con una sonrisa reluciente y maligna a los que se marchaban. Saebelwetz se había dormido. Elenderle y Molly parecían haberse olvidado de la presencia de los demás.

Aber y Lauscher vagaron durante algún rato en medio de la noche por las poco iluminadas y desiertas callejuelas. El «Loewen» estaba ya cerrado: al «Schwarzwaelder» no les gustaba ir. Erar ya las tres.

—Ven, yo me voy a casa —dijo finalmente, impaciente, Aber—. Todo parece muerto.

—Yo, no. —Lauscher se quedó perplejo contemplando lo que le rodeaba—. ¿Cómo es posible que duerma tanto esta gente?

—Vámonos. Nosotros vamos ahora a hacer lo mismo.

—No. ¡Dormir...! —el poeta se volvió de nuevo y quedóse mirando la cara de beodo de Aber—. Tú, Aber: ¿no te gustaría poderlo mandar todo al diablo?

—No serviría de nada. Será mejor que vayamos al «Schwarzwaelder».

—Lo que es lo mismo. Por mi parte...

Penetraron en el local y se hicieron servir *gilka*. Aber se dejaba influir lentamente por aquella expresión triste de su amigo. Con mirada apagada, contemplaron insatisfechos el local por encima de sus cigarrillos. Tres trasnochadores jugaban a los dados en una mesa del café; la camarera dormía detrás del mostrador; una mosca subía por el tubo de la lámpara de gas y parecía a cada momento que iba a caer dentro de la llama; en los cristales de las ventanas golpeaba la lluvia.

—No nos pongamos sentimentales —dijo Aber al cabo de una hora.

Apuro su vaso de *gilka* y ambos abandonaron el local y bajaron al empinado callejón de los judíos. Al pasar por delante del «Wahlfisch», oyeron cómo uno de los camareros cerraba las puertas. Al final de la Schmiedhorngasse, cerca del puente viejo, se detuvieron un momento.

—Vayamos por la izquierda —bostezó Aber.

—Cae más cerca si pasamos por el puente —opinó roncamente Lauscher.

Y siguieron por ese camino.

Al otro lado del puente, en los peldaños que bajaban del Ammer, yacía el cuerpo de un hombre.

—¡Hola! —gritó Aber riendo—. Ese sí que tiene un buen sueño.

—Debe de ser un borrachín —dijo Lauscher acercándose—. Mañana se extrañará de su borrachera.

—¡Válgame Dios! —le interrumpió Aber de repente—. ¡Si es Elenderle! No hay nadie en Europa que tenga un chaquetón como el suyo.

Bajaron unos peldaños. Elenderle estaba tendido con la cara sobre los escalones. Le levantaron: tenía la cara cubierta de sangre coagulada.

—Se ha caído en una mala postura —suspiró Aber.

Oyeron el ruido metálico de algo que caía al suelo. De la mano congestionada de Elenderle se había desprendido un revólver. En aquel momento los dos amigos se percataron de que tenía una pequeña herida negra junto a la sien. Lauscher encendió una cerilla.

—¡Quédate ahí! —dijo Aber con voz angustiada—. Voy a avisar a la Policía.

—Déjenme que yo me encargue de ello —clamó una voz profunda.

El forastero venía por el mismo camino y subía ahora los escalones. Llevaba el sombrero en la mano y contemplaba a los amigos con una sonrisa venenosa y con sus ojos desvergonzados y fríos como el hielo. Los dos se asustaron hasta la médula y echaron a correr a través de la oscuridad de la noche.

Cuando despertaron a la mañana siguiente creyeron que todo había sido un sueño.

La posadera llamó a la puerta de la habitación de Lauscher y entró con el café.

—¡Imagínese, señor Lauscher, qué desgracia! ¡Esta noche se ha suicidado un estudiante!

LULÚ

UNA AVENTURA DE JUVENTUD, DEDICADA A LA MEMORIA DE E.T.A. HOFFMANN

(Escrito en 1900)

Un corto chaparrón de verano acababa de caer sobre la bella y vieja ciudad de Kirchheim. Los tejados rojos, las veletas y las cercas de los jardines, los arbustos y los castaños de los vallados brillaban nuevamente alegres y airosos, y el pétreo Konrad Widerhold y su pétreo esposa se alegraban silenciosos de su todavía lozana edad. A través del aire limpio caía el sol de nuevo haciendo refulgir las últimas gotas que pendían de las ramas y la amplia y alegre Wallstrasse rebosaba de esplendor. Los niños estaban dedicados a alegres juegos; un perrito les seguía ladrando juguetón y una mariposa amarilla revoloteaba en inquietos arcos siguiendo las casas de la calle.

Sobre el tercer banco a la derecha de Correos, bajo los castaños del vallado, estaba sentado junto a su amigo Ludwig Ugel el esteta Hermann Lauscher. Este se explayaba en alegre y graciosa charla sobre la bienhechora lluvia que había caído y sobre el cielo que de nuevo era azul. Divagaba en el hilo de su discurso contando las cosas que le placían, dejándose llevar de su pulida retórica. Durante el bello y largo discurso del poeta, el silencioso y divertido Ludwig Ugel oteó varias veces hacia la carretera de Boihingen, en la esperanza de ver aparecer a un amigo suyo al que esperaba.

—¿No es tal como yo te digo? —Exclamó vivamente el poeta, irguiéndose un poco en el banco; el duro respaldo le resultaba incómodo, y, además, se había sentado sobre un trocito de rama seca—. ¿No es tal como yo te digo? —Repitió de nuevo y alejó con su mano izquierda el trocito de madera y la impresión que le había dejado en el pantalón—. La esencia de la belleza radica en la luz. ¿No crees tú también que radica en ella?

Ludwig Ugel se frotó los ojos; no había prestado atención al discurso de su amigo, de modo que sólo había comprendido la última pregunta de Lauscher.

—Desde luego, desde luego —respondió precipitadamente—. Sólo que no puede verse desde aquí. ¿No está allí, detrás de la granja Schlotterberk?

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamó Hermann violentamente—. ¿Qué es lo que está detrás de la granja?

—¡Pues Oetlingen! Carlos necesariamente ha de venir por allá.

Silencioso y malhumorado miraba ahora también el poeta fijamente hacia la amplia y clara carretera. Podemos dejar sentados en el banco a los dos jóvenes esperando, ya que la sombra les cobijará aún durante una hora. Nos dirigiremos mientras tanto más allá de la granja Schlotterberk. Pero no encontraremos ni el pueblo Oetlingen ni la esencia de la belleza, sino al amigo que los dos están aguardando: el estudiante de Derecho Carlos Hamelt, que venía de Wendlingen, donde pasaba sus vacaciones. Su figura bien proporcionada adquiría atisbos de ridiculez debido a su prematura gordura; en su rostro inteligente y voluntarioso, la poderosa nariz parecía estar en continua lucha con los labios extraordinariamente gruesos y las mejillas rellenas. La amplia barbilla se apretujaba en numerosos pliegues sobre el cuello duro y estrecho, y entre frente y sombrero surgía, insolente y despeinado, el corto cabello. Estaba echado de espaldas sobre la hierba recién cortada, parecía dormir tranquilamente.

Dormía realmente, cansado de caminar durante el caluroso mediodía; pero su sueño era intranquilo. Estaba viviendo un sueño fantástico. Soñaba que se encontraba en un desconocido país, lleno de jardines y de extraños árboles y plantas y leía en un viejo libro de pergamino. El libro

estaba escrito en un lenguaje completamente extraño que Hamelt no conocía ni comprendía, y las letras se ligaban confusamente entre sí de un modo maravilloso y osado. A pesar de ello, leía en el libro y comprendía el contenido de las páginas. Cada vez que se sentía fatigado, se despegaban, por efectos mágicos, unas imágenes de aquel encrespado enredo de signos y de arabescos, refulgían con mil colores, y luego desaparecían rápidamente. Estas imágenes, que se sucedían cual linterna mágica, contaron una historia vieja y veraz a un tiempo.

El mismo día en que fue arrebatado con artes mágicas el anillo de hierro del manantial Lask y el talismán llegó a manos del príncipe de los enanos, la estrella de la casa de Ask empezó a palidecer. El manantial Lask se secó, hasta quedar solamente un hilito de plata casi invisible; bajo el palacio de Opal se hundió la tierra y las bóvedas subterráneas se tambalearon y casi se derrumbaron; al jardín de los lirios lo azotó una espantosa mortandad, y sólo el lirio real de dos coronas se mantuvo algún tiempo en pie, pues se le había arrollado la serpiente Edelzunge. En la desierta ciudad de Osker enmudecieron la alegría y la música; en el palacio de Opal ya no se oyó ninguna melodía ni canción desde que se rompió la última cuerda al arpa Silberlied. El rey se paseaba solitario día y noche por el gran salón de fiestas y estaba perplejo ante el fin de su felicidad, pues no en vano había sido el más feliz de todos los reyes desde Frohmund *el Grande*. Era un espectáculo verdaderamente triste ver al rey Ohneleid sentado en la gran sala envuelto en su túnica roja, y contemplarle sumido en su indescriptible asombro, que siempre iba en aumento, pues, como tenía el don de no sentir dolor, no podía llorar. Se maravillaba cuando mañana y noche en lugar de su música cotidiana percibía un gran silencio, y oía a través de la puerta el quedo sollozar de la princesa Lila. Ya apenas estremecía su corta y seca carcajada su amplio pecho como acostumbraba hacer en otros días felices.

La Corte y la servidumbre se habían dispersado a los cuatro vientos. Con el rey y la afligida princesa sólo se había quedado el fiel espíritu Haderbart, que otrora ocupó el empleo de poeta, filósofo y bufón de la Corte.

El poder del férreo talismán lo compartía el cobarde príncipe de los enanos con la bruja Zichelgift, y ya se puede imaginar cómo iban las cosas bajo su dominio.

El esplendor de los Asken había tocado a su fin. Un día en el que el rey no rió ni una sola vez, llamó por la noche a la princesa Lilia y al espíritu Haderbart para que acudieran al vacío salón de fiestas. Una tempestad se cernía en el firmamento y brillaban los relámpagos a través de los grandes arcos negros de la ventana.

—No he reído hoy ni una sola vez —dijo el rey Ohneleid.

El bufón de la Corte se adelantó e inició una osada mueca; pero en su viejo y preocupado rostro aparecía tan clara la desesperación que la princesa desvió sus ojos de él y el rey sólo movió su pesada cabeza, pero sin reír.

—¡Qué toquen el arpa Silberlied! —gritó el rey Ohneleid—. ¡Qué toquen! —Insistió, y los dos le escucharon tristemente, ya que el rey no sabía que el arpista y los músicos le habían abandonado y que ellos eran los únicos que se habían quedado con él en el palacio.

—El arpa Silberlied ya no tiene cuerdas —dijo el espíritu Haderbart.

—¡Quiero que toquen de todas maneras! —replicó el rey.

Entonces el espíritu Haderbart tomó a la princesa Lilia por la mano y salieron de la sala. La condujo al marchito jardín de los lirios, hacia el seco manantial Lask; echó las últimas gotas de agua del recipiente de mármol en la mano de la princesa y volvieron donde estaba el rey. Con estas gotas tejió la princesa Lilia siete cuerdas relucientes para el arpa Silberlied, y, como no bastaran para la octava cuerda, hubo de recurrir a sus propias lágrimas. La princesa pasó su mano temblorosa por las cuerdas, de modo que el viejo y dulce sonido volvió a vibrar feliz; pero cada cuerda se rompía en cuanto ya había sido tañida. Cuando sonó y se rompió la última cuerda oyóse un terrible trueno y se derrumbó toda la bóveda del palacio de Opal produciendo un ruino infernal. La última canción del arpa había así sonado:

*Silberlied ha de callar;
pero algún día vibrará
del arpa Silberlied
la misma tonalidad.*

El estudiante Carlos Hamelt no despertó de su sueño hasta que los dos amigos, que se habían dirigido a su encuentro por la carretera, le encontraron durmiendo sobre la hierba. Estos le regañaron con frases violentas por su tardanza, a las cuales Hamelt contestó con una inclinación, y sólo se dignó decir un lacónico «Buenos días».

Especialmente Ugel estaba muy molesto.

—Sí, muy buenos días —regañóle—. Ya hace tiempo que ha pasado la mañana. Ya habrás bebido; de seguro has estado en la taberna de Oetlingen; todavía se te ve brillar el vino en los ojos.

Carlos Hamelt sonrió e inclinó su sombrero castaño sobre la frente.

—¡Ya es suficiente! —dijo Lauscher.

Los tres amigos se dirigieron hacia la ciudad, pasaron por delante de la estación y sobre el puente del riachuelo, y se encaminaron, siguiendo el vallado, hacia la posada. La corona del Rey. Dicha posada no sólo era un lugar predilecto de los bebedores de cerveza de Kirchheim, sino también donde se hospedaba el poeta Lauscher, que se hallaba de paso en aquella ciudad.

Cuando los amigos se acercaron a la empinada escalera de la posada, se abrió de repente la pesada puerta de la casa y se precipitó ante ellos, con la rapidez del rayo, un hombre de cabello blanco y barba parda, que tenía el rostro congestionado por el furor y parecía preso de la mayor excitación. Los dos amigos reconocieron, extrañados, al viejo filósofo Drehdichum y le interceptaron el paso al pie de la escalera.

—¡Alto ahí, estimado señor Drehdichum! —le dijo el poeta Lauscher—. ¿Cómo puede un filósofo ir dando trompicones? Regrese usted y cuéntenos aquí dentro de este fresco local sus cuitas.

El filósofo alzó la cabeza. Miró de reojo y acechante, lleno de desconfianza, reconociendo a los tres jóvenes.

—¡Ah, estáis ahí! —gritó—. He aquí el pequeño *cénacle*. Entrad, amigos, beberéis cerveza y veréis milagros; pero no pidáis que os acompañe este anciano, en cuyo corazón y cerebro se agitan

los demonios.

—Pero, muy estimado señor Drehdichum, ¿qué le ocurre hoy? —le preguntó interesado Ludwig Ugel, pero se tambaleó, asustado, contra la barandilla de la escalinata, pues el filósofo le propinó una puñada en las costillas al tiempo que se precipitaba blasfemando y echando espuma hacia la calle.

—¡Maldita Zichelgift! —Chilló en su huida—. Infeliz talismán, transformado en una flor rojiazul Maltrata a la única... Pisada por el barco... Víctima de una malignidad satánica... Recuerdo grávido de tormentos...

Los tres menearon asombrados la cabeza. Dejaron, empero, correr al enfurecido, y se disponían a subir la escalinata cuando se abrió de nuevo la puerta y salió el vicario Wilhelm Wingolff saludando amistosamente hacia la casa. Fue recibido con júbilo por los tres amigos e inmediatamente le asediaron a preguntas. Estaban deseosos de conocer el motivo de la alegría que iluminaba su amplio y digno rostro. Con gesto misterioso levantó su grueso índice y condujo confidencialmente al poeta a un lado y le dijo al oído sonriendo socarronamente:

—Figúrate: hoy he compuesto mi primera poesía. ¡En este mismo momento...!

El poeta abrió tan desmesuradamente los ojos que parecieron querer salir del marco de sus gafas de oro.

—¡Léemela! —gritó con voz fuerte.

El vicario se dirigió hacia los tres amigos, levantó de nuevo el índice y recitó con los ojos entornados sus versos:

*Se te ve muy rara vez perfección
pero hoy, ¡qué ilusión!*

Sin decir ni media palabra más, se alejó saludando con el sombrero.

—¡Caramba! —exclamó Ludwig Ugel.

El poeta quedó silencioso y meditabundo. Carlos Hamelt, que desde que le despertaron sobre la hierba no había pronunciado palabra, dijo enfáticamente:

—La poesía es buena.

Dispuestos a hallarse ante algo extraordinario, los sedientos amigos penetraron finalmente sin otro contratiempo en el fresco local de «La corona del Rey». Se dirigieron a la sala de honor, donde acostumbraba servirles personalmente la joven posadera. En esa sala solían ser los únicos clientes a aquellas horas, de modo que podrían dedicarse libremente a prodigar cumplidos a la hostelera.

Lo primero extraño que hallaron los tres después de entrar y aposentarse fue que, por primera vez, la pequeña y obesa posadera no les pareció bonita. Pero esto se debía, como cada uno de los tres amigos pudo observar pronto, a que en la penumbra de la blanca galería que se encontraba detrás del mostrador aparecía un desconocido y hermoso rostro de muchacha.

Lo segundo que les llamó la atención fue que, en la mesa más próxima a ellos, sin que se hubiera fijado en la entrada de los tres amigos y ni siquiera les hubiese saludado, se sentaba el elegante señor Erich Taenzer, miembro asiduo del *cénacle* e íntimo amigo de Carlos Hamelt. Tenía ante sí medio jarro de cerveza blanca y había colocado una rosa amarilla en él; movíanse lentamente sus grandes ojos saltones, y por vez primera mostraba una zafia expresión. A veces inclinaba su majestuosa nariz sobre la rosa y la olía, mientras miraba de reojo de modo inimaginable a la bella muchacha, sin que se mudara la expresión de su rostro.

Y aún había otra tercera cosa extraña. Junto a Erich estaba tranquilamente sentado el viejo Drehdichum; tenía un jarro de *kulmbach* ante sí y fumaba uno de los cigarros habanos del posadero.

—¡Al diablo, señor Drehdichum! —gritó Hermann Lauscher levantándose de un salto—. ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿No acaba de salir escapando de la posada?

—¿No me acaba de propinar una puñada entre las costillas? —gritó Ludwig Ugel.

—No se incomoden —exclamó el filósofo con la más amable de sus sonrisas—. No se moleste, mi querido señor Ugel. Señores, les recomiendo un jarro de *kulmbach*.

Y así diciendo vació tranquilamente su jarro de cerveza.

Mientras tanto, Carlos Hamelt se dirigía a su amigo Erich, que parecía aún hechizado a indolente frente a la rosa amarilla del jarro.

—Erich, ¿duermes?

El interpelado respondió, sin levantar la cabeza:

—No, yo no durmiendo.

—No se dice *yo no durmiendo*, se dice *yo no duermo*.

En aquel momento se movió la cabeza de la muchacha detrás del mostrador y se dirigió hacia la mesa de los amigos.

—¿Qué desean tomar los señores?

Quien no haya contemplado nunca lleno de admiración el cuadro de una hermosa mujer, y visto que de repente se sale del marco y se dirige airosa hacia él, no comprenderá la impresión que les produjo a los miembros del *cénacle* esta aparición. Los tres se levantaron de sus sillas e hicieron sendas inclinaciones.

—Bella, apreciada señora —dijo el poeta.

—Distinguida señorita —dijo Ludwig Ugel.

Carlos Hamelt no dijo nada.

—Bien, ¿beberán ustedes *kulmbach*? —les preguntó la bella.

—Sí, por favor —dijo Ludwig.

Carlos asintió y Lauscher pidió un vaso de vino tinto.

Cuando las bebidas fueron servidas elegantemente por la suave y esbelta mano de la muchacha, repitieron, cohibidos y sumisos, sus cumplidos. En aquel momento vino corriendo desde su rincón la menuda señora Mueller.

—No hagan ustedes tales cumplidos con la muchacha, señores —dijo. Es mi hermanastra y ha

venido a servir para ayudarnos. Regresa al mostrador, Lulú. No está bien que permanezcas aquí con los señores.

Lulú se alejó lentamente. El filósofo mordió rabiosamente su habano, Erich Taenzer lanzó una mirada penetrante en dirección a la muchacha. Los tres amigos callaron, enfurecidos y cohibidos. La posadera, para mostrarse amable y encauzar una conversación, trajo un tiesto de flores de la ventana y lo enseñó orgullosa a los clientes.

—Vean ustedes: ¡esto sí que es magnífico! Esta flor es tal vez la más rara que se conoce, y dicen que sólo florece cada cinco o diez años.

Todos contemplaron atentamente la flor, de un suave color azul-rojo, que se balanceaba delicadamente sobre un largo y pelado tallo exhalando un perfume extraño, cálido y turbio. El filósofo Drehdichum se excitó mucho a la vista de la flor y lanzó una mirada llena de odio a ésta y su portadora; pero nadie se fijaba en él.

De repente Erich saltó por encima de su silla, se abalanzó sobre la posadera y con rápido ademán arrancó la flor y en dos saltos desapareció detrás del mostrador. Drehdichum prorrumpió en una desdeñosa carcajada. La posadera se puso a chillar desaforadamente y se precipitó tras Taenzer, pero quedó prendida con sus faldas a una silla y dio en el suelo; Ugel, que la seguía, cayó sobre la posadera y sobre el poeta, que en su caída arrastró consigo la copa de vino y el tiesto de flores. El filósofo se abalanzó sobre la posadera, que yacía indefensa en el suelo, y le colocó sus puños ante la nariz. Chirriaba con los dientes y no parecía darse cuenta de que tanto Ugel como Lauscher le tiraban de los faldones de su chaquetón. En este momento hizo su aparición en la sala el posadero; el filósofo, como transformado, ayudó a la posadera a alzarse. Desde la puerta de la sala contigua, los campesinos y carreteros contemplaban curiosos el raro espectáculo. Detrás del mostrador se oían los sollozos de Lulú, mientras Erich reaparecía con la mancillada flor en la mano. Todos se abalanzaron sobre él regañándole, preguntándole, amenazándole; pero él arremetió contra ellos desesperadamente blandiendo la flor, y se dirigió hacia la salida, olvidándose su sombrero.

III

A la mañana siguiente se hallaban reunidos los amigos Carlos Hamelt, Erich Taenzer y Ludwig Ugel en la habitación de Hermann Lauscher para escuchar sus últimas poesías. Sobre la mesa había una gran botella de vino de la que se servía cada uno. El poeta, tras recitar algunas airoas poesías, sacó el último papelito de su bolsillo. Leyó: *A la princesa Lilia...*

—¿Cómo? —exclamó Carlos Hamelt levantándose precipitadamente de su sofá.

Lauscher repitió, algo indignado, el título. Carlos se hundió de nuevo en la poltrona, en profunda meditación. El poeta leyó:

*Conozco una antigua canción,
una canción clara y plateada,
que suena única y extraña,
como de violines muy quedos,
que trae la mágica nostalgia...*

Hamelt llamó la atención de los otros sobre su persona, ya que continuamente iba murmurando: Princesa Lilia... Canción de plata... La vieja canción... movía la cabeza, se frotaba la frente, miraba al vacío y posaba su violenta y ardiente mirada sobre el poeta. Lauscher, una vez acabada la lectura, cayó en la cuenta de esa rara mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido—. ¿Quieres sugestionarme con esa mirada de serpiente, como a un infeliz pajarito?

Hamelt despertó como de un profundo sueño.

—¿De dónde has sacado esta canción? —preguntó, casi sin mover los labios, al poeta.

Lauscher se encogió de hombros.

—De donde las he sacado todas —respondió.

—¿Y la princesa Lilia? —inquirió Hamelt de nuevo—. ¿Y lo de la vieja canción? ¿No comprendes que esta poesía es la mejor que has compuesto? Tus demás poesías...

—¡Vaya, hombre! Pero en realidad —continuó—, en realidad, mis queridos amigos, esta poesía es para mí mismo un misterio. Estaba sentado y no pensaba en nada y creía, según mi costumbre, que dibujaba figuras y letras adornadas sobre el papel, más, cuando acabé, encontré esa poesía ya escrita sobre la cuartilla. No está escrita de mano mía. Mirad.

Al decir esto alargó el papel a Erich, que era el que estaba sentado más cerca de él. Este contempló el papel, se asombró extraordinariamente, lo volvió a mirar y se hundió en su butaca exclamando fuerte: ¡Lulú! Ugel y Hamelt se precipitaron sobre él y contemplaron también el escrito.

—¡Por todos los santos! —exclamó Ugel.

Hamelt se sentó nuevamente en el sofá y contempló el curioso papelito con expresión de desmesurado asombro. Una gran alegría y perplejidad se reflejaba en su rostro.

—Pero dime, Lauscher —exclamó finalmente—. ¿Es ésta nuestra Lulú o la princesa Lilia?

—¡Tonterías! —respondió molesto el poeta—. ¡Dame el papel!

Mientras le arrebatava el papel y una vez más lo contemplaba, un escalofrío repentino y extraño interrumpió por unos momentos el latir de su corazón. Aquellos signos irregulares y fugaces fluían de manera misteriosa hasta formar los contornos de una cabeza, y cuanto más tiempo se contemplaban, tanto más se veían los finos rasgos de un rostro de muchacha, que no podía ser otra que la desconocida Lulú.

Erich aparecía como petrificado en su butacón; Carlos se había echado sobre el sofá murmurando algo y Ludwig Ugel no dejaba de menear la cabeza. El poeta estaba pálido y como perdido en medio de la habitación. En aquel momento le tocó una mano sobre el hombro, y cuando se volvió, asustado, vio al filósofo Drehdichum que le saludaba con su vieja chistera.

—¡Drehdichum! —exclamó asombrado el poeta—. ¡Cómo demonios...! ¿Ha caído usted del techo?

—¿Por qué? —le respondió sonriente el viejo—. ¿Por qué, estimado señor Lauscher? He golpeado por dos veces la puerta. Pero déjeme ver; tiene usted en la mano un magnífico manuscrito.

Cogió cuidadosamente la poesía, o mejor dicho el retrato, de las manos de Lauscher.

—Me permitirá que contemple esta hoja, ¿verdad? ¿Desde cuándo colecciona usted estas rarezas?

—¿Rarezas? ¿Coleccionar? ¿Pero es que usted entiende este pedazo de papel, señor Drehdichum?

El viejo contemplaba y tocaba el papel con sumo placer.

—¡Naturalmente! —respondió satisfecho—. Es un fragmento del texto de un manuscrito algo estropeado, pero muy antiguo... Es la lengua de los askis.

—¿Askis? —exclamó Carlos Hamelt.

—Pues sí, señor estudiante —aseveró amablemente el filósofo—. Pero revélenos, apreciado señor Lauscher, dónde ha encontrado usted este extraordinario hallazgo. Valdría la pena continuar las investigaciones.

—Usted fantasea, señor Drehdichum —rió desconcertado el poeta—. Esta hoja de papel es del todo nueva; yo mismo la he escrito ayer por la noche.

El filósofo contempló a Hermann Lauscher con desconfiada mirada.

—He de confesar —respondió—, he de confesar sinceramente, querido y joven amigo, que estas bromas me extrañan sobremanera en usted.

Lauscher se puso realmente furioso.

—Señor Drehdichum —replicó violentamente—, he de rogarle que no me tome por un payaso; y si usted, como parece, quiere representar este papel, he de rogarle que busque otro lugar por escenario.

—¡Bien, bien! —sonrió bondadosamente Drehdichum—. Tal vez será conveniente que medite usted sobre todo esto. Mientras tanto, señores, les deseo que continúen ustedes bien.

Mientras decía estas palabras, se encasquetó su chillón y verde sombrero sobre la encanecida cabeza, y salió silencioso de la estancia.

Abajo encontró Drehdichum a la bella Lulú, que se hallaba en el vacío local secando con un pañó

vasos de vino. Se sirvió él mismo un jarro del barril y sentóse luego junto a la mesa, en frente de la muchacha. Sin decir palabra, miraba a menudo amablemente el rostro de la bella Lulú con sus ojos viejos y claros, y ella, al sentir su mirada bondadosa, continuó despreocupada su trabajo. El filósofo cogió su vaso de cristal tallado, lo vació y empezó a frotar sus bordes con su dedo índice humedecido. Pronto originó un sordo zumbir e inmediatamente produjo un sonido claro y vibrante, que, aumentando y disminuyendo en intensidad, llenaba toda la sala. La bella Lulú, que oía con gusto esta suave musiquilla, dejó reposar sus manos completamente hechizada por el dulce sonido del cristal. El viejo, levantando su mirada de la copa, la miraba amistosa e insistentemente a los ojos. Toda la habitación estaba llena del sonido de la copa de cristal. Lulú seguía allí tranquila, sin pensar en nada, con los ojos abiertos como un niño que escucha.

—¿Vive todavía el viejo rey Ohneleid? —oyó que preguntaba una voz.

No supo discernir si la voz provenía del viejo o de la copa de cristal. Contestó asintiendo con la cabeza a la pregunta, sin saber por qué.

—Y, ¿recuerdas todavía la canción del arpa Silberlied?

Asintió de nuevo, sin saber por qué lo hacía. El sonido de la copa de cristal iba perdiendo intensidad. La voz preguntó de nuevo:

—¿Dónde se hallaban las cuerdas del arpa Silberlied?

El sonido, cada vez más débil, terminó con unas delicadas modulaciones.

Lulú se puso a llorar, sin saber por qué.

La habitación estaba en completo silencio. Este silencio duró un buen rato.

—¿Por qué ha llorado usted, Lulú? —le preguntó Drehdichum.

—¡Ay! ¿He llorado? —Inquirió tímidamente—. Trataba de recordar una canción de mi infancia; pero sólo me acuerdo a medias.

Se abrió violentamente la puerta, y entró precipitadamente en la estancia la señora Mueller.

—¿Cómo? ¿Todavía estás con ese par de vasos? —chilló.

Lulú lloró de nuevo; la posadera empezó a gruñir y a regañar; ninguna de las dos se dio cuenta de cómo el filósofo formaba, soplando, un gran anillo en el humo de su pipa, ni cómo se sentaba en él, y, aprovechando una ligera brisa, echaba a volar fuera de la habitación desapareciendo a través del marco de la ventana.

IV

Los miembros del *petit cénacle* se hallaban reunidos en un bosque. También se hallaba entre ellos el licenciado Oscar Ripplein. Las conversaciones más fantásticas de la juventud y de la amistad tenían lugar entre los camaradas tendidos sobre la hierba. Su cháchara tan pronto se interrumpía por las carcajadas como por la meditación. Sobre todo se charlaba acerca de los planes y las intenciones del poeta, ya que éste quería emprender en los próximos días un largo viaje y no sabía cuándo ni dónde volverían a encontrarse.

—Quiero ir al extranjero —decía Hermann Lauscher—. Quiero separarme de todo y volver a respirar aire fresco a mi alrededor. Tal vez regrese algún día; estoy cansado de esta vida estrecha y juvenil y estoy harto ya del ambiente estudiantil. Me parece como si todo oliera a tabaco y a cerveza; además, en estos últimos años he asimilado más ciencia que la que precisa un artista.

—¿Qué quieres decir? —le interrumpió Oscar—. Según mi opinión ya tenemos demasiados artistas sin formación cultural, sobre todo en lo que atañe a poetas.

—Tal vez —repuso Lauscher—. Pero formación cultural y ciencia son cosas distintas. Lo peligroso, a lo que yo me refería, es este maldito estado de conciencia con que estudiamos. Todo ha de pasar por la cabeza; queremos comprenderlo y medirlo todo. Probamos, nos medimos a nosotros mismos, buscamos los límites de nuestras aptitudes, nos hacemos experimentos y, finalmente, hemos de reconocer, demasiado tarde, que hemos dejado prendida la mejor parte de nosotros y de nuestro arte en las manifestaciones inconscientes y ridículas de nuestra primera juventud. Entonces extendemos nuestros brazos en dirección a la desaparecida isla de la inocencia; pero tampoco lo hacemos ya con el movimiento espontáneo de un gran dolor, sino conscientemente, con cierta «pose» e intención.

—¿En qué estás pensando? —preguntó sonriendo Carlos Hamelt.

—Ya lo sabes —exclamó Hermann—. Sí, lo reconozco: el libro que acabo de publicar me asusta. Debo beber nuevamente en la fuente originaria, he de nutrirme en la ciencia de la abundancia. No me atrae tanto componer algo nuevo como vivir realmente y sin interrupción alguna bella poesía. Quisiera tornar a los tiempos de mi infancia cuando me tendía junto a la ribera de un riachuelo; cuando corría detrás de las muchachas vivía alegremente, sin preocupaciones, esperando que los versos acudieran a mí en vez de perseguirlos asustado y sin respiración.

—Usted tiene razón —oyeron que de repente decía la voz de Drehdichum.

Este, que había surgido del bosque, se plantó en medio de los jóvenes tumbados en la hierba.

—Drehdichum —exclamaron todos alegremente—. Buenos días señor filósofo. Buenos días, señor Ueberall.^[6]

El viejo se sentó, chupó fuertemente su cigarro, y volvió su rostro bonachón amistosamente hacia el poeta Lauscher.

—Existe —empezó, sonriendo amable— todavía en mí un pedazo de juventud que a gusto charla de vez en cuando con los suyos. Si ustedes me permiten, tomaré parte en su conversación.

—¡Encantados! —dijo Carlos Hamelt—. Nuestro amigo Lauscher nos decía que un poeta ha de nutrirse de lo inconsciente y que le sirve de muy poco la ciencia.

—No está mal —respondió lentamente el viejo—. Siempre he tenido cierta simpatía por los poetas y he conocido a alguno para quien su amistad conmigo le ha sido de provecho. Los poetas creen aún más que los otros, que en el seno de la vida existen fuerzas eternas y bellezas semidormidas, y este presentimiento cruza a veces el enigmático presente cual un relámpago la noche. Creen entonces que la vida habitual, e incluso ellos mismos, son sólo imágenes sobre un decorado bellamente pintado y que sólo detrás de ese decorado existe la verdadera y propia vida. De igual modo, las elevadas y eternas palabras de los poetas se me asemejan al balbucir de quien soñando habla, sin saberlo, de las alturas fugazmente entrevistas de un mundo de más allá.

—¡Muy bonito! —exclamó en este momento Oscar Ripplein—. Lo ha dicho usted en una forma muy brillante, señor Drehdichum; pero eso que dice ni es viejo ni nuevo. Esa doctrina fue enseñada hace ya cien años por los románticos: ya entonces se soñaba con esas visiones y relámpagos en la noche. Todavía hoy se oye hablar de ello en la escuela como de una enfermedad de las poesías felizmente superada. Actualmente no se tienen esas ensoñaciones, y cuando se sueña se sabe que el cerebro...

—¡Basta! —le interrumpió el estudiante Hamelt—. Hace cien años y más ya existían tales... tales hombres de cerebro que daban conferencias bien aburridas. Esos soñadores e ilusos son mucho más amables e interesantes que la gente en exceso cerebral. Y, en lo atañente a sueños, yo mismo he tenido últimamente uno muy extraño.

—Cuéntenoslo —le rogó el viejo.

—Otro día.

—¿No quiere? Pero tal vez lo podamos adivinar —opinó Drehdichum.

Carlos Hamelt prorrumpió en una carcajada.

—Bien, lo vamos a intentar —se obstinó Drehdichum—. Cada uno de nosotros le hará una pregunta, a la cual usted responderá sinceramente con un no o con un sí. Si no lo adivinamos, habremos pasado por lo menos un rato divertido.

Todos se mostraron conformes y empezaron a disparar preguntas. Los mejores requerimientos los hacía siempre el filósofo. Cuando le tocó de nuevo el turno, preguntó tras una corta meditación.

—¿Aparecía agua en el sueño?

—Sí.

Ya que el otro había contestado afirmativamente tenía el filósofo derecho a formular, según lo convenido, una segunda pregunta.

—¿Agua de manantial?

—Sí.

—¿Agua de manantial mágico?

—Sí.

—¿Fue recogida esta agua?

—Sí.

—¿Por una muchacha?

—Sí.

—¡No! —Gritó Drehdichum—. Recuérdelo bien.

—Sí, sí.

—¿De modo que el agua fue recogida por una muchacha?

—Sí.

Drehdichum meneó violentamente la cabeza.

—¡Imposible! —clamó de nuevo—. ¿Ha sido la muchacha quien tomó agua del manantial?

—¡Ah, no! —Exclamó Carlos, desconcertado—. Fue el espíritu Haderbart quien primero la recogió.

—¡Ah, ahora lo tenemos! —exclamaron alegremente los otros.

Y Carlos hubo de explicar el sueño sobre la historia del manantial Lask.

Todos le escucharon asombrados y extrañamente conmovidos.

—¡Princesa Lilia! —exclamó Lauscher—. ¡Silberlied...!, ¿de dónde conozco yo estos nombres?

—Pues bien —dijo el viejo—; estos nombres están en aquel manuscrito aski que usted me enseñó ayer.

—¡En mi canción! —suspiró el poeta.

—En la imagen de la bella Lulú —susurraron Carlos y Erich.

Mientras tanto, el filósofo había encendido un nuevo cigarro y lanzaba grandes bocanadas de humo hasta quedar completamente envuelto en una nube de humo azul.

—Fuma usted como una chimenea —dijo Oscar Ripplein apartándose de la humareda—. Y ¡qué clase de hierbas!

—¡Auténticos mexicanos! —dijo el viejo dentro de su nube.

Dejó de fumar. El viento dispersó el humo y se llevó al filósofo.

Carlos y Hermann se precipitaron detrás de la nube azulada, que corría hacia el interior del bosque.

—¡Estupideces! —gruñó el licenciado Oscar Ripplein, con la impresión de haber estado reunido con un grupo de gente extraña.

Erich y Ludwig se habían marchado y se dirigían bajo el sol dorado de media tarde hacia la ciudad, en dirección a la posada «La corona del Rey».

Carlos y Hermann alcanzaron los últimos vestigios de la nube y se detuvieron desconcertados delante de una gruesa haya. Se disponían a sentarse sobre el musgo para reponerse de la carrera, cuando oyeron la voz de Drehdichum detrás del árbol.

—No en ese sitio, señores, que está húmedo. Vengan ustedes a este lado.

Dieron la vuelta al árbol y encontraron al viejo sentado sobre una gruesa rama seca que yacía en el suelo cual un dragón deforme.

—Me alegro de que hayan venido —dijo—. ¡Por favor, siéntense aquí, junto a mí! Su sueño, señor Hamelt, y su manuscrito, señor Lauscher, me interesan mucho.

—Primeramente —le interrumpió, violento, Hamelt—, primeramente, dígame usted, por lo que más quiera, cómo pudo adivinar mi sueño.

—Y cómo pudo leer mi papel —añadió Lauscher.

—¡Bah! —dijo el viejo—. ¿Qué hay de asombroso en ello? Se puede adivinar todo si se sabe preguntar debidamente. Además, la historia de la princesa Lilia me es tan familiar que por fuerza

tuve que pensar en ella.

—De esto se trata precisamente —exclamó de nuevo el estudiante—. ¿De dónde conoce usted la historia y cómo se explica que mi sueño, del que no he contado una palabra a nadie, surja de repente en la misteriosa poesía de nuestro amigo Lauscher?

El filósofo sonrió y dijo con una voz muy grave:

—Cuando uno se ha ocupado de la historia del alma y de su liberación, se conocen cientos de ejemplos semejantes. Existen varias versiones muy diferentes de la historia de la princesa Lilia; la podemos reconocer a menudo desfigurada y modificada en todos los tiempos, y prefiere especialmente la imagen visual como forma más cómoda de darse a conocer. Sólo muy raras veces aparece la princesa en persona, cuya metamorfosis debe de estar actualmente en su último estadio; sólo muy raras veces, digo, aparece visible como figura humana y espera inconsciente el momento de su liberación. Yo mismo la he visto hace poco y he tratado de hablar con ella. Pero estaba ensoñada, y, cuando osé preguntarle por las cuerdas del arpa Silberlied, prorrumpió en sollozos.

Los dos jóvenes escuchaban al filósofo con los ojos desmesuradamente abiertos. Surgían en ellos presentimientos y sospechas, pero la charla maravillosamente confusa y los gestos irónicos del filósofo les desconcertaban, y lo convertían todo en un indescifrable enigma.

—Usted, señor Lauscher —continuó el filósofo—, usted, que es un esteta, debe saber cuán sugestivo y peligroso es traspasar el estrecho pero profundo abismo que media entre la bondad y la belleza. Sabemos que ese abismo significa no una separación absoluta, sino tan sólo una escisión de la unidad, y que ambas, tanto la bondad como la belleza, no son principios, sino hijas del principio de la verdad. Estas dos cimas, que al parecer son extrañas una a la otra, son en realidad enemigas; están profundamente ancladas, como una unidad invisible, en el centro de la Tierra. Pero ¿de qué nos sirve este saber, si estamos sobre una de las cimas y vemos continuamente el abismo abierto ante nosotros? Superar este abismo y liberar a la princesa Lilia significa una misma cosa. Ella es la flor azul cuya contemplación hace desaparecer la pesadez del alma y cuyo perfume quita la áspera dureza del espíritu; es la criatura que regala reinos, la flor de las nostalgias unidas de todas las grandes almas. El día de su madurez y de su liberación volverá a tocar el arpa Silberlied, y el manantial Lask tornará a susurrar entre el jardín floreciente de los lirios, y quien lo vea y lo comprenda tendrá la impresión de que toda su vida ha estado padeciendo una pesadilla y oye por vez primera el viento fresco y límpido de la mañana clara... Pero aún sufre la princesa bajo el hechizo de la bruja Zichelgift, todavía retumba el trueno bajo las bóvedas derruidas del palacio de Opal, aún yace encadenado por sueños de plomo mi rey en su destrozada sala.

Cuando los dos amigos salieron del bosque a una hora más tarde, vieron a Ludwig Ugel, a Erich Taenzer y al licenciado que, acompañados de una dama vestida con un vestido claro, subían la montaña procedentes de la posada «Los tres Reyes». Al reconocer con alegría a la esbelta Lulú, se dirigieron rápidamente al encuentro con los amigos. Lulú estaba alegre y charlaba con su agradable voz armoniosa. Se sentaron todos reunidos a media ladera en un espacioso banco. La clara ciudad yacía brillante y airosa en el valle, y a su alrededor resplandecía el dorado perfume del atardecer sobre los altos prados. Se dejaba sentir la ensoñadora plenitud del mes de agosto; los carros adornados y alegres de la cosecha se dirigían por la carretera del valle hacia los pueblos y las granjas.

—No sé —dijo Ludwig Ugel— qué es lo que hace tan bellos estos atardeceres de agosto. Nos hacen tumbar en la hierba y participar de la suavidad de estas horas doradas.

—Sí —asintió el poeta, fijando su mirada en los oscuros y puros ojos de la bella Lulú—. Es el declive de la estación lo que nos pone dulces y tristes. La madurez del verano brota en estos días cansada y suave, y sabemos que mañana, o pasado mañana, empezarán a alfombrarse los caminos de hojas marchitas. Son horas en que silenciosos vemos girar lentamente la rueda del tiempo y nos parece como si nos arrastrara también triste y lentamente a nosotros con ella, hacia alguna parte, hacia donde las hojas marchitas yacen sobre los caminos.

Todos callaban y contemplaban el dorado firmamento y el colorido paisaje. La bella Lulú empezó en voz muy baja a modular una canción, pasando paulatinamente del tarareo al canto. Los jóvenes la escuchaban y callaban como hechizados; aquellos dulces y delicados sonidos parecían surgir de la profundidad de la tarde feliz, como si el seno de la tierra se dispusiera a descansar.

*Baja toda la paz a los suelos
desde los claros espacios del cielo;
todas las alegrías y dolores
tienen la dulce muerte de las canciones.*

Con ese verso terminó su cántico. Luego empezó a cantar Ludwig Ugel, que se hallaba sentado a los pies de sus compañeros:

*El cansado verano abate la cabeza
y contempla su pálida imagen en el lago;
yo camino cansado y polvoriento
por las sombras de prados y paseos.*

*Yo camino cansado y polvoriento,
y queda, temblorosa muy, atrás*

*la juventud, que inclina la cabeza
y no quiere conmigo caminar.*

A continuación cantó también Hermann Lauscher una de sus canciones:

*¡Oh arroyuelo que fluyes bajo el follaje, cual fino hilo de plata,
corre oculto monte abajo, hasta la blanca capilla del bosque!
Allí está, sobre las duras y musgosas gradas, María;
llámala quedo, con tus suaves murmullos
y háblale mudo de mi hondo penar:
sé tú mi boca, ¡ay!, roja de pecados y de tantos cantares,
y ofrécele en mi nombre un lirio, blanco y puro:
¡Haz que perdone mi ardiente vida y mis pecados!
Tal vez se incline ante ti, sonriente, su bondad.
Las castas y blancas flores exhalan dulce aroma.
¡Ya que beber amor y sol es pecado del cantor,
sea besada castamente la roja Boca de Cantares!*

Entretanto, se había puesto el sol y el cielo parecía herido de brochazos rojos. El precavido licenciado Ripplein quería advertirles que debían regresar, cuando la bella Lulú empezó a cantar de nuevo:

*Tiene mi padre múltiples palacios
y ciudades, a lo ancho y a lo lejos;
mi padre, cual monarca omnipotente,
es llamado el Monarca Sin Dolor.
Y si viniera un bello caballero
que me quisiera para sí librar,
mi padre le daría en galardón
la mitad de sus reinos, sin dudar.*

Todos se levantaron y bajaron lentamente la montaña, que refulgía a la luz del ocaso. Al otro lado, sobre la cumbre del alto Teck, pendían aislados algunos rayos de sol.

—¿Dónde ha aprendido esa canción? —preguntó Carlos Hamelt a la bella Lulú.

—No me acuerdo ya —dijo ella—; creo que es una canción popular.

Emprendió un caminar más rápido y de repente tuvo miedo de llegar demasiado tarde a casa y de ser regañada por la posadera.

—Esto no lo permitiremos nosotros —exclamó violentamente Erich Taenzer—. Ya hace días que tengo intención de cantárselas claras a la señora Mueller. Yo ya le...

—No, no —le interrumpió la bella Lulú—. Sería entonces peor para mí. Yo soy una pobre huérfana y tengo que soportar lo que el destino tiene dispuesto para mí.

—¡Ay, señorita Lulú! —dijo el licenciado—. Quisiera que fuera usted una princesa y que yo la pudiera liberar.

—No —gritó el esteta Lauscher—. Usted es realmente una princesa, sólo que nosotros no somos lo suficientemente caballeros para liberarla. Pero ¿qué me lo impide a mí? Todavía lo haré. Agarraré a la maldita posadera por el pescuezo...

—¡Quietos, quietos! —rogó Lulú—. Déjenme soportar sola mi destino. ¡Lo único que lamento es este bello atardecer!

Hablaron poco y se acercaron rápidamente a la ciudad. Allí Lulú se separó de los demás y entró sola en la posada. Los cinco las siguieron con la mirada hasta que desapareció en la primera calle oscura.

*Mi padre, cual monarca omnipotente,
es llamado el Monarca Sin Dolor...*

Musitaba Carlos Hamelt, mientras se disponía a regresar a Wendlingen.

Erich Taenzer permaneció aquel día en La Corona hasta muy entrada la noche. Lauscher ya había subido alumbrándose con una vela a su habitación y Erich se quedó solo en la silenciosa sala. Lulú todavía seguía sentada junto a su mesa; Erich apartó violentamente el jarro, cogió la mano de la bella muchacha, la contempló, carraspeó un poco y empezó el siguiente discurso:

—Señorita Lulú, he de hacerle una perorata. Debo acusarla. El futuro fiscal se revela en mi interior. ¡Es usted tan increíblemente hermosa! Es usted mucho más hermosa de lo que es permitido, y con ello se hace usted misma infeliz y hace feliz a los demás. No intente defenderse. ¿Dónde está mi buen apetito? ¿Y mi estupenda sed? ¿Dónde paran mis artículos del código civil, que con ayuda de tantos esfuerzos y tan penosamente logré meterme en la cabeza? ¿Y las *Pandectas*? ¿Y el Derecho penal? ¿Y el Derecho procesal civil? ¿Dónde paran? ¡En mi cabeza hay un único artículo, y ése se llama Lulú! Y el apéndice dice: «Tú, que eres la más hermosa, la más bella de todas...».

Los ojos de Erich se salían de las órbitas; su mano izquierda apretujaba nerviosamente el sombrero de seda de última moda; su mano derecha mantenía agarrada la mano fría de Lulú. Esta acechaba la primera oportunidad para escaparse. Detrás del mostrador roncaba el señor Mueller, pero ella no osaba llamarle.

En aquel momento, se abrió inesperadamente un poco la puerta: una mano y un trozo de camisa de franela se introdujeron a través de la rendija, e inmediatamente se deslizó de la mano algo blanco que cayó al suelo. Después la puerta se volvió a cerrar precipitadamente. Lulú, que se había desprendido de Erich, se alzó y recogió del suelo la hoja de papel escrita. Erich calló, malhumorado. Lulú estalló en una risa largo rato contenida y le leyó lo que estaba escrito en la hoja de papel.

*Señora, ¿habrás tú acaso de reír?
Mira: una ardiente testa de poeta,
que tú creyeras altiva y fría,
se halla postrada a tus pies,
¡Y un corazón, sabedor de altos placeres
y de los más altos dolores,
se estremece tímido en tu leve mano!
Rojas rosas, que yo en mi camino hallé,
rojas canciones, que en mi cantar loé,
anhelantes se marchitan en su temor,
yacen miserables tendidas a tus plantas...
¿Crees que debes reír?*

—¡Lauscher! —gritó Erich, furioso—. ¡Ese granuja! Usted no puede tomárselo en serio, usted no puede prestar fe a estos condenados versos. ¡Poesías! Lo mismo le escribe cada tres semanas a una muchacha diferente.

Lulú no respondió al enojo; escuchaba lo que sucedía al otro lado de la abierta ventana. Afuera se oían unos desconcertantes golpes de guitarra y una voz de bajo cantó:

*Aquí estoy aguardando
y toco la guitarra.
¡Oh, no esperes más, querida,
y ama al cantor que te ama!*

Un golpe de viento cerró violentamente la ventana. En este instante despertóse el posadero y salió con cara malhumorada de detrás del mostrador. Erich echó el dinero sobre la mesa, dejó su jarro de cerveza sin probar y abandonó el local. Salvó de un salto los peldaños y tropezó con el guitarrista, que no era otro que el licenciado Ripplein, el cual riñendo y furioso, se alejó con Erich por el vallado que había debajo de los castaños.

La bella Lulú apagó las lámparas de gas del local y del corredor y subió a su buhardilla. Al pasar por delante de la habitación de Hermann Lauscher, oyó pasos inquietos y suspiros largos. Moviendo la cabeza llegó a su aposento y se tumbó. Como no pudo dormirse inmediatamente, empezó a meditar sobre los acontecimientos de aquella tarde; pero ahora ya no reía, estaba triste y todo le parecía una comedia fracasada. Se maravillaba en su puro corazón de que todos aquellos hombres encasillados en sí mismos, pensaran de manera tan estúpida, de modo que sólo amasen en ella la belleza. Esos hombres jóvenes se le asemejaban mariposas que se han prendido en la llama en torno de la que revoloteaban. Le parecía triste y ridículo que hablasen continuamente de la belleza, de la juventud y de las rosas, que se fabricasen su decorado mientras pasaba por delante de ellos, y como ajena, la realidad de la vida. En su pequeña y sencilla alma de doncella estaba grabada esta verdad y sabía que el arte de la vida consistía en aprender a sonreír y a sufrir.

El poeta Lauscher estaba tendido sobre su cama medio adormilado. La noche era cálida. Unos pensamientos rápidos, incompletos, febriles, surgían en su ardiente cabeza y se perdían en sueños multicambiantes, sin que por ello dejara de sentir el bochorno de la noche estival ni el constante y martirizante zumbido de los mosquitos. Aquellos insectos le eran lo más molesto. Hasta le pareció que cantaban:

*Se te ve muy rara vez, perfección,
pero hoy, ¡qué ilusión!*

Otras veces le parecía que la canción era del arpa encantada. Luego, de repente, se percató de que la bella Lulú debía de tener entre sus manos sus versos y sabría del amor de él. El hecho de que Oscar Ripplein hubiera dedicado a Lulú una serenata de guitarra y de que seguramente también Erich se hubiese declarado a la bella muchacha, no le pasó inadvertido. Aquel misterio en la persona de la amada, aquella relación inconsciente y grávida de pensamientos con el filósofo Drehdichum, con la leyenda del manantial Lask y con el sueño de Hamelt, así como la comparación entre su belleza y la

vida de él, gris y anodina, turbaban los pensamientos del poeta. El que todos los componentes del *cénacle* girasen alrededor de la desconocida muchacha y que él mismo, en lugar de despedirse y de emprender el viaje, se dejase ligar cada vez más por la red de este cuento de amor, le desconcertaba. Le parecía como si él y todos los demás fueran marionetas en manos de un humorista o los personajes de una leyenda grotesca. En su dolorido cerebro surgía la sospecha de que en este enorme enredo tanto Lulú como él mismo fueran sólo unos trozos, impotentes y faltos de voluntad, de algún manuscrito del viejo filósofo: partes hipotéticas, ensayos, combinaciones de una especulación estética incompleta. A pesar de todo, se rebelaba contra lo racional, contra su *cogito, ergo sum*; dominó pues, sus pensamientos, se levantó y se acercó a la ventana. Entonces, se percataba de lo absurdo de su lírica declaración amorosa; sentía en su interior que la bella Lulú no le amaba y que le encontraba ridículo. Se apoyó tristemente en la ventana; las estrellas surgían entre las tenues nubes, el viento susurraba por sobre las copas de los castaños. Decidió irse al día siguiente de Kirchheim. Pero, triste y liberador, surgía en él el sentimiento de renuncia, la dejadez de todo y de todos, fruto del cansancio que habían dejado en él tantos sueños.

Cuando al día siguiente bajó Lauscher temprano al local, Lulú ya estaba ocupada en preparar el desayuno. Los dos se sentaron a tomar una taza de café humeante. Lulú se le aparecía como extrañamente cambiada. En su rostro dulce resplandecía una claridad irreal y sus ojos transparentaban la bondad.

—Lulú, usted se ha vuelto aún más bella durante la noche —dijo admirado Lauscher—. Nunca creí que ocurriera algo parecido.

Ella insistió sonriendo:

—Sí, he tenido un sueño...

El poeta la interrogó con mirada llena de asombro.

—No —dijo ella—, no lo puedo contar.

En este instante penetró el sol de la mañana a través de la ventana y brilló, orgulloso y dorado, en el cabello oscuro de la bella Lulú como una aureola. La mirada del poeta con triste alegría pendía devota de esta exquisita imagen. Lulú asintió de nuevo con la cabeza y, sonriendo dijo:

—He de darle las gracias, estimado señor Lauscher. Usted me ofreció ayer unos versos que me parecen muy hermosos, aunque no los puedo comprender por completo.

—Hizo una noche muy bochornosa ayer —dijo Lauscher, mirando a los ojos de la bella—. ¿Me quiere enseñar el papel que le di?

Ella se lo alargó. Lo releyó en silencio para sí, lo plegó y se lo guardó en el bolsillo. La bella Lulú le contempló silenciosa moviendo la cabeza con gesto dubitativo. Se oyeron las pisadas del posadero en la escalera. Lulú se alzó y principió su trabajo. El pequeño y obeso posadero entró en la sala saludando.

—Buenos días, señor Mueller —le respondió Hermann Lauscher—. Hoy me tendrá como huésped por último día. Mañana por la mañana parto de esta ciudad.

—Pero yo había creído, señor Lauscher...

—Es igual. Ponga un par de botellas de champaña en fresco para esta noche y arréglenos la sala trasera para que podamos celebrar la despedida.

—Como usted lo ordene, señor Lauscher.

Lauscher abandonó la estancia y la posada, y se puso en camino hacia la vivienda de Ludwig Ugel, su amigo predilecto, con quien pensaba pasar aquel último día.

Procedente de la pequeña habitación de Ugel, en la Steingaustrasse, se oía música. Ugel estaba despeinado y en mangas de camisa delante del desayuno. Tocaba el violín con tanta afición, que daba gusto verle. El sol inundaba la pequeña habitación.

—¿Es verdad que te quieres marchar mañana? —le dijo al recibirle.

El poeta se quedó sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Drehdichum.

—¿Drehdichum? ¡Qué el demonio lo entienda!

—Sí, el viejo ha pasado la mayor parte de la noche conmigo. ¡Un tipo extraño! Volvió a

hablarme floridamente de la princesa, de jardines de lirios y de cosas por el estilo. Opinaba que yo debía liberar a la princesa; me ha contado que se había equivocado eligiéndote a ti, pues no eres la verdadera arpa Silberlied. ¡Está loco! ¿No te parece? No entendí ni jota.

—Yo sí que lo entiendo —dijo Lauscher en voz baja—. El viejo tiene razón.

Durante un rato escuchó a Ugel hasta que terminó la sonata que había empezado. Poco rato después abandonaban ambos amigos la ciudad cogidos del brazo. Se dirigieron hacia el bosque por la empinada carretera de Pochingen. Hablaban poco; la despedida les privaba del uso de la palabra. La mañana parecía cálida, y las hermosas montañas resplandecían. Bien pronto torció la carretera hacia el bosque, y los dos paseantes se tumbaron, algo alejados del camino, sobre el fresco musgo.

—Cojamos un ramillete de flores para la bella Lulú —dijo Ugel y empezó a cortar tallos de helecho.

—Sí —asintió el otro en voz baja—, un ramo de flores para la bella Lulú.

Arrancó una mata de flores rojas.

—Esto también. Digital roja. No tengo nada más que ofrecerle. Salvaje, roja como la fiebre venenosa...

Calló; a su garganta amenazaban asomar los sollozos. Ugel pasó su brazo alrededor del hombro del poeta; se sentó a su lado y señaló con gesto distraído el maravilloso juego de la luz entre el verde follaje. Cada uno pensaba en su amor; permanecieron silenciosos durante mucho rato. Las copas de los árboles y el cielo les servían de cobijo. Sobre sus frentes corría el vigoroso y fresco viento, y sobre sus almas la feliz juventud extendía, quizá por última vez, su cielo azul tachonado de esperanzas. En voz baja empezó a cantar Ludwig Ugel una canción:

La princesa se llama Isabel...

Un hálito de sol que se desvanece.

Quisiera tener yo un nombre

que se inclinara ante las amadas damas,

ante la belleza, ante Isabel.

Un nombre que dulce ondeara entre rosas,

entre hojas tiernas, ligero, cansado,

entre blancas y pálidas rosas:

Un destello del tardío anochecer,

y tan altivo como la boca de la princesa,

y cantara yo de felicidad y de dolor...

¡Tan alegre y triste debiera ser!

La silenciosa tristeza de aquella hermosa hora llenaba el pecho del amigo de dolor y de placer. Cerró los ojos; en su alma surgió la imagen de la bella Lulú, tal como la había visto aquella mañana, tan apacible, tan brillante, tan inteligente y tan lejana, que su corazón latió con violencia. Se pasó la mano por la frente exhalando un largo suspiro, y cantó:

*Quiero inclinarme profundamente
y descubrirme ante ti,
quiero tocar para ti canciones en mi violín
rojas como rosas, rojas como sangre.*

*Quiero postrarme ante ti,
cual se debe ante una princesa,
y quiero adornarte con flores,
con rosas encendidas con sangre.*

*Y quiero rezarte también,
como se reza, de hinojos, ante los santos,
con mi salvaje y despreciado amor
con mi salvaje y despreciado dolor.*

Apenas había terminado cuando de la profundidad del bosque les llamó el filósofo Drehdichum. Alzaron la vista y le vieron salir de entre los arbustos.

—Buenos días —gritó mientras se acercaba—. Buenos días, amigos. Añadid esto a vuestro ramo para la bella Lulú.

Al decir esto, alargó a Lauscher un lirio blanco muy grande. Luego se acomodó, enfrente de los amigos, en una roca llena de musgo.

—Dígame usted, mago —le dijo Lauscher—. Ya que está en todas partes y lo sabe todo, ¿quién es la bella Lulú?

—Pregunta usted demasiado —sonrió el hombre de la barba parda—. Ni ella misma lo sabe. Que es la hermanastra de la posadera no lo cree usted ni yo tampoco. No ha conocido ni a su padre ni a su madre, y su única carta de ciudadanía es el verso de una extraña canción que ella canta alguna vez, en donde llama padre a un cierto rey Ohneleid.

—¡Estupideces! —exclamó enojado Ugel.

—¿Por qué, mi estimado señor? —le respondió suavemente el viejo-Pero, fuere lo que fuere, no hay que profundizar demasiado en estos misterios... ¿Es cierto, señor Lauscher, que usted quiere abandonarnos mañana y apartarse de este bello país? ¡Con qué facilidad nos podemos equivocar! Hubiera apostado a que usted permanecería más tiempo, precisamente por Lulú...

—¡Basta, basta ya! —le interrumpió, violento, Lauscher—. ¿Qué demonios le importan a usted los amoríos de otras personas?

—No sea tan violento —le tranquilizó sonriente el filósofo—. No se trata de eso, mi muy estimado amigo. La circunstancia de que yo me interese por las intimidades de la vida de los demás, especialmente por la de los poetas, pertenece a mi ciencia. Para mí no cabe duda alguna que entre usted y nuestra bella Lulú existen ciertas relaciones mágicas y sutiles, aunque, como yo supongo, hay ciertos obstáculos que se oponen a su mutua felicidad.

—Por favor, explíqueme usted más claro —dijo el poeta fríamente, pero curioso.

—Pues bien —prosiguió—: cada individuo que se eleva por encima de la masa tiende por instinto hacia la armonía que existe entre lo consciente y lo inconsciente. Pero mientras rija al yo

pensante el dualismo destructivo, se inclinan esas naturalezas con un instinto semicomprendido hacia pactos con naturalezas de tendencia opuesta. Usted ya me comprende. Esas uniones pueden ser selladas sin palabras, sin apenas conocimiento; pueden existir como afinidades que viven y actúan de un modo puramente sensitivo. De todas formas, han sido predeterminadas y no obedecen a la voluntad personal. Son un elemento inconmensurablemente importante de lo que llamamos destino. Ha ocurrido alguna vez que tales pactos se corporizasen en el momento de la separación y de la renuncia, ya que éstas dependen de nuestra voluntad, sobre la cual aquellas simpatías no tienen poder.

—Le comprendo —dijo Lauscher con voz transformada—. Usted parece ser mi amigo, señor Drehdichum.

—¿Lo duda usted? —sonrió éste alegremente.

—Usted vendrá esta noche a «La Corona» para celebrar mi despedida.

—Lo intentaré, señor Lauscher. Según cálculos previstos, he de hacer esta noche un importante trabajo, se cumplirá un viejo sueño... Pero tal vez podamos combinarlo todo. Hasta la vista.

Se alzó, saludó con la mano y bien pronto le perdieron de vista por la carretera que se dirigía al valle.

Los amigos se quedaron en el bosque hasta el mediodía, pensando en la despedida y en sus amores. Llegaron a la posada de «La Corona» muy tarde ya. Hallaron a Lulú alegre y ataviada con un vestido nuevo. Amablemente cogió el ramo de flores y lo colocó en un jarrón encima de una mesa colocada en un rincón del local donde solían comer los dos amigos. La bella figurita de la muchacha se movía alegre y activa sirviendo los platos, las fuentes y las botellas. Después de la refacción, mientras tomaban el vino, se sentó junto a ellos. Hablaron de la idea de Lauscher.

—Arreglaremos la sala como para una fiesta —dijo Lulú—. Como ustedes ven, he empezado ya por mí misma poniéndome un vestido completamente nuevo. Faltan las flores...

—Nosotros nos cuidaremos de eso —le interrumpió Ugel.

—Bien —sonrió ella—. Entonces nos faltará solamente un par de farolitos y unas cintas de colores.

—Tantas como usted quiera —le interrumpió nuevamente Ugel.

Lauscher asintió silencioso.

—Pero usted no dice ni media palabra, señor Lauscher —le regañó Lulú—. ¿No está usted conforme?

Lauscher no respondió. Su mirada estaba fija en la esbelta figura, en el delicado rostro de la muchacha.

—¡Qué hermosa está hoy, Lulú...! —y repitió nuevamente—: ¡Qué bella está!

Insaciable contemplaba una y otra vez aquella bella muchacha. El ver cómo preparaba con su amigo su fiesta de despedida le producía un tormento extraño y le ponía silencioso y malhumorado. A cada instante se le ofrecía el pensamiento tormentoso de que su renuncia y su marcha eran irreales; que debería arrojarse a los pies de la muchacha y envolverla con la llama ardiente de la pasión, adorarla, suplicarle, robarle..., robarle alguna cosa, pero no permanecer quieto delante de ella, contemplando cómo las últimas horas de su presencia eran una felicidad que se escapaba y no sería

posible recuperar. Logró dominarse y sólo deseó grabar en aquellas últimas horas, su magnífico rostro. La visión se iba adueñando de tal forma de su alma que vio que nunca más podría olvidarla.

Como los tres se hallaban solos en la sala y Ugel les incitaba a marcharse, Lauscher se alzó, se plantó delante de Lulú, la cogió de la mano, tembloroso y ardiente, y dijo en voz baja y solemne:

—Mi bella princesa, os ruego aceptéis mis humildes servicios. Contempladme, os lo ruego, como vuestro caballero o como vuestro esclavo, como vuestro mastín o como vuestro bufón; ordenadme...

—Muy bien, mi caballero —le interrumpió Lulú sonriendo—. Os exijo, pues, un servicio. Me falta para esta noche un bufón que me ayude a animar la fiesta y nos divierta a todos. ¿Queréis encargáros de ello?

Lauscher palideció. Luego prorrumpió en una carcajada, se inclinó ceremoniosamente y dijo con teatral solemnidad:

—Os lo prometo, noble señora.

Los dos amigos salieron rápidamente de la posada. Se dirigieron a la jardinería que había cerca del cementerio, cogieron unas tijeras y, sin contemplación de ninguna clase, se dedicaron a cortar las mejores rosas. Lauscher trabajaba como un loco.

—He de llenar un cesto de rosas blancas —repetía, y cortaba por docenas las rosas predilectas de la bella Lulú.

Luego pagó las rosas, ordenó al jardinero que las llevara por la noche a «La Corona» y se dirigió con Ugel a la ciudad. Doquiera veían algo colorido en los escaparates, entraban; pañuelos, cintas de seda, farolitos de papel... Finalmente compraron fuegos de artificio. En «La Corona» la bella Lulú estuvo por entero ocupada en recibir paquetes y más paquetes. En ello la ayudó, sin que nadie supiera cómo ni por qué, el viejo Drehdichum.

VIII

Lulú estaba hermosa y alegre como nunca. Lauscher y Ugel habían terminado de cenar; poco a poco iban llegando los amigos. Cuando todos se hubieron reunido, se dirigieron a la sala adornada para la despedida bajo la presidencia de Lauscher, que llevaba del brazo a la bella Lulú. Todas las paredes aparecían engalanadas con paños, cintas y flores; los farolillos pendían encendidos del techo dibujando bellas figuras; la gran mesa estaba cubierta con un blanco mantel, y encima de él se habían colocado las copas de champaña y esparcido las rosas blancas. El poeta ofreció a Lulú el lirio blanco del filósofo y le prendió una rosa de té en el cabello; luego la condujo al lugar de honor. Todos se sentaron alegres y ruidosos; cantaron a coro una canción, dando por empezada la fiesta. Los corchos saltaron de las botellas, se llenaron las copas del noble vino espumoso, y Erich Taenzer pronunció un discurso. Se entrelazaban chistes y carcajadas, y Drehdichum, que llegó en aquel momento, fue recibido con enormes aplausos. Ugel y Lauscher recitaron sendas poesías cómicas. Luego cantó la bella Lulú una canción.

*Estaba un rey prisionero,
hundido en la oscuridad;
más al fin se ha levantado
y se llama Ohneleid.
Brillan por ello claras luces
y alegres cánticos por el país;
ya llevan todos los poetas
su voz alegre hacia el confín.
Ya florecen los lirios y las rosas
blancas y rojas como jamás:
ahora entona el arpa Silberlied
su más divino tañer.*

Cuando hubo acabado la canción, cogió Lauscher las rosas que tenía a su lado y las lanzó a manos llenas sobre la joven. Aquella alegre batalla se hizo general; las rosas iban de un sitio a otro, a docenas, a cientos, blancas, rojas; el viejo Drehdichum tenía la cabeza y la barba cubiertas de rosas. Se levantó; era ya cerca de medianoche, y empezó a hablar:

—Mis queridos amigos y mi querida y bella Lulú. Vemos todos cómo el reino del rey Ohneleid revive de nuevo. También yo he de despedirme de vosotros, pero con la esperanza de volvernos a ver, ya que mi rey, hacia el cual vuelvo, es el amigo de la juventud y de los poetas. Si vosotros fuerais filósofos os contaría una bella historia alegórica del renacimiento de la belleza, especialmente de la liberación del principio poético por la irónica metamorfosis del mito, una historia que felizmente ha tocado a su fin. Será mucho mejor, por tanto, que os presente esta historia en agradables imágenes. Mirad aquí: una escena aski.

Todos dirigieron la mirada hacia una gran cortina bordada con la que se había adornado un rincón de la sala. La cortina de repente se iluminó por la parte posterior muy suavemente, mostrando un tejido compuesto de innumerables lirios plateados que rodeaban un manantial de mármol. Aquel tejido era tan maravilloso y la iluminación tan perfecta que se veían crecer los lirios, inclinarse, enrolarse los unos con los otros; brotaba el agua del manantial, hasta se creía oír el susurro de la corriente.

Como todos tenían los ojos prendidos en la tela no se dieron cuenta de que con toda rapidez se apagaron los farolillos que iluminaban la sala. Seguían maravillados y extasiados el juego mágico de los lirios artificiales. Sólo el poeta no miraba; a través de la oscuridad tenía la mirada fija, ardiente y devota, en la bella Lulú. Su delicado rostro destellaba con resplandores suaves. La rosa blanca prendida en sus negros cabellos parecía un reflejo pálido y espiritualizado.

Los lirios se entrelazaban esbeltos y en perfecta armonía en una danza alrededor del manantial. Sus movimientos mantenían a los silenciosos espectadores en una dulce red de ensueños mágicos y bienhechores. El reloj dio la medianoche. Rápido como un rayo se describió el brillante tapiz: en su lugar apareció un segundo y amplio escenario. El filósofo se levantó en la oscuridad; se oyó cómo movía una silla. Desapareció e inmediatamente reapareció sobre el escenario; su cabeza y su barba aún estaban coronadas de rosas. Poco a poco se iba iluminando el escenario hasta que el manantial y el jardín de los lirios aparecieron de nuevo florecientes y susurrantes.

Allí, en el centro, surgió el espíritu Haderbart, en el que reconocieron a Drehdichum, a pesar de su agrandada figura. En el fondo aparecía, azul perla, el hermoso castillo de Opal, a través de cuyas ventanas podía verse la sala donde estaba sentado en su magnífica serenidad el rey Ohneleid. Mientras la luz iba cada vez más en aumento hasta convertirse en un brillante fulgor, el espíritu Haderbart bajo al escenario una gran arpa de plata. La luz era casi cegadora y se reflejaba con todos los colores del arco iris sobre las murallas del castillo de Opal.

El espíritu pulsó una de las cuerdas del arpa. Un sonido profundo, majestuoso, surgió de la misma. En la oscuridad de la sala se levantó la esbelta y majestuosa figura de la bella Lulú, subió poco a poco la escalinata, que iba desapareciendo detrás de ella, y así apareció en el escenario en su apariencia de verdadera princesa. Con una profunda inclinación, el espíritu Haderbart le cedió el arpa; de sus claros y cansados ojos caían lágrimas que se mezclaban con las rosas blancas.

La princesa aparecía esbelta y brillante junto al arpa Silberlied. Señaló con su mano diestra hacia el castillo, acercó el arpa a sus hombros y recorrió con su delicada mano todas las cuerdas. Se oyó una canción de una felicidad y armonía indescriptibles; devotos se inclinaron todos los lirios ante su dueña. Todavía un sonido más en las cuerdas mágicas del arpa, y, de repente, con un ligero rumor, bajó el telón. Durante un momento se traslució su iluminación interna; en rápidos movimientos danzaban los lirios hasta que sólo se distinguió un refulgir plateado, que se trocó finalmente en una profunda oscuridad.

Los amigos quedaron silenciosos y aturdidos en la oscura sala. Pronto empezaron a reaccionar. Encendieron las luces. Por casual imprudencia se dispararon los fuegos artificiales produciendo un espantoso ruido. El posadero y la posadera acudieron quejosos con presteza para regañar a los amigos. Un vigilante golpeó con su chuzo contra los cristales de las ventanas. Todos gritaban

formando un indescriptible pandemónium.

Pero nadie encontró huella alguna de Lulú ni del filósofo. El licenciado Ripplein empezó a hablar de brujerías; pero nadie le escuchaba. Hermann Lauscher había huido a su habitación y se cerró por dentro. Cuando partió a la mañana siguiente no se habían aún hallado las huellas de la bella Lulú.

Como Lauscher se dirigió prestamente al extranjero, no nos puede aclarar más el final de los misteriosos acontecimientos de Kirchheim. Sólo se ha limitado a transcribir fielmente esta veraz historia.

NOCHE DE INSOMNIO

(Escrito en 1901)

¿Conocéis a la musa del insomnio? ¿La que se sienta, pálida y despierta, junto a las camas solitarias?

Estuvo sentada durante muchas noches junto a mi cama, me acariciaba la frente con su mano dócil y enfermiza. Me cantaba canciones con voz cansada; un sinnúmero de canciones, canciones de mi patria, de mi infancia, canciones de amor, de nostalgia y melancolía. Cubría mis ojos con el fino y coloreado velo del recuerdo y de la fantasía en sustitución del esfumado sueño.

¡Oh, noches largas y deslizantes durante las cuales nuestro verdadero ser se desprende de las túnicas tejidas durante el día y nos abrumba a preguntas, ruegos y reproches como a un niño enfermo! Recuerdos dolorosamente claros de aquellos momentos de nuestra vida en los que pecamos contra nosotros y contra las secretas leyes de la vida. Mucho de obcecaciones, de crueldades y de equivocaciones, con las cuales nos hemos encadenado a estas horas angustiosas de tormento sin hallar salida alguna.

¿Existe algún hombre de tal pureza que en una noche tal pueda contemplar, sincero, los recuerdos de su infancia sin ser presa de reproches y tormentos?

No lo sé ni tampoco lo creo. Pero logré escapar de ellas y aprendía a bendecirlas; vi la desesperación escondida sin que su respirar venenoso me contagiase.

Era aquella musa pálida y desvelada quien me libraba con sus aladas manos del abismo. Te doy las gracias, ¡oh musa extraña, fantástica!, y te dedico estos recuerdos de aquellas noches que desvelados pasamos juntos. ¡Cuán bella eras cuando inclinabas tu fino y consolador rostro de mujer sobre mis ojos en delirio! ¡Cuán bella eras cuando escuchabas conmigo el eco de una vieja canción preñada de recuerdos, mientras te inclinabas y mirabas a la noche con tu frente clara y espiritualizada cubierta por el bucle suelto de un cabello dorado y maravilloso! ¡Cuán bella eras cuando llorabas, cuando bajabas la mirada y, silenciosa, buscabas mi mano sobre la cama blanca, cuando el recuerdo de un amor perdido caía sobre tu rostro sereno como una sombra dolorosa!

¡Cuán bella eras!

Lluvia, silencio, medianoche. ¿Cómo te llamas tú, adorable belleza pálida? Sonríes; cuando pones tu mano junto a la mía al borde de la cama semejan hermanas. Te llamaré María.

¿Cómo has logrado encontrarme, hermana maravillosa a quien tanto tiempo hacía que no había vuelto a ver? Hace ya muchos años desde que te leí aquel cuento con el que perdí tus favores. Te has vuelto más bella desde entonces. ¡Ay!, si hubieras escuchado el final de mi novela hubiéramos permanecido eternamente jóvenes y tú no estarías ahora sentada junto a mi cama para hacerme más soportables las horas inacabables que van de medianoche al amanecer. Pero tú tomaste en serio mi cuento. Aquel final que no acabé de leerte cayó en el pozo de los cuentos, y nuestras buenas hadas lloraron y lo deploran todavía hoy.

¿Te acuerdas de aquella última noche? Era en el jardín de las violetas; todos los mirlos cantaban. Estábamos sentados en aquel carcomido banco verde y teníamos extendido, como un gran libro de láminas, lo futuro ante nosotros. Yo leía; el gran arce murmuraba ante el follaje, el aire y la historia estaban impregnados del perfume de las violetas. Leí hasta que llegamos a aquel triste episodio... ¿Te acuerdas? Casi había anochecido y en el cítsio empezó a cantar el ruiseñor. ¡Si hubiéramos terminado la lectura...!

Pero tú te pusiste a llorar, dejaste caer el libro de tu regazo y huiste. Todo aquel atardecer, hasta medianoche, cantó nuestro ruiseñor.

Ahora conozco el secreto del ruiseñor y hace tiempo que sé cantar igual. Se oyen a gusto estas canciones, fluyen suavemente y están grávidas de bellos sonidos; pero el texto es triste, a veces amargo, a veces incluso zafio. ¡Ay!, las mejores canciones del libro de mi infancia estaban en aquellas páginas que volviste de modo precipitado... desde entonces me atormentan y gimen y quieren ser cantadas, pero su época ya ha pasado; en realidad no ha existido nunca, ya que las mejores páginas del libro de mi juventud las pasaste sin leer aquella noche en el jardín de las violetas. Aquellos capítulos te estaban dedicados... ¿Por qué no quisiste leerlos? Esos capítulos nos faltan ahora a mí y a ti, como a un arpa la cuerda rota. El arpa suena como antaño; sólo cuando la melodía llega a la cuerda rota surge un silencio que oprime el corazón y destroza la canción. ¿No has oído tocar un arpa a la que falte una cuerda? ¿No te ha dado siempre la impresión, cuando llegaba la pausa, como si precisamente faltase la nota más dulce, el final, lo que tanto ansiamos, lo que a mí y a ti nos hace falta?

¿Te has puesto triste? ¡Perdóname, María! No he querido hacerlo, no te he querido reprochar nada. Solamente quería saber si recordabas aquella lejana y calurosa noche de primavera. Solamente quería hacerte acordar, preguntarte y volver a ver tu cabeza inclinada, aquel gracioso movimiento que entusiasmaba mi corazón infantil. ¡Imagínate que hoy reviviéramos aquella noche! Sólo es preciso que cierres los ojos, que sonrías y pongas tu mano sobre mi mano. ¿No oyes el susurrar del gran arce? ¿No ves la alfombra de violetas? ¿No oyes el crujir del jardín? Una hoja grande del arce se tambalea arriba, en la rama, y se desliza a través del aire caluroso, igual que antaño, igual que antaño...

¡Oh, María! ¿Por qué has abierto los ojos? ¿Y por qué me contemplas tan triste, amarga y

asustada? El ensueño ha desaparecido.

Y la hoja del arce gira en el aire y cae balanceándose y viene a posarse sobre el antepecho de mi ventana. Está marchita. Lo percibo por su modo de caer, y vuelvo la cara. Fuera llueve: silencio y medianoche.

¡Estás hoy silenciosa, mi hermana musa! ¡Ven, juega conmigo; la noche es tan larga! ¿A qué jugaremos?

Mi musa no responde; me toma del brazo y se eleva conmigo a nuestro palacio nocturno de blancura inmaculada. Subimos los majestuosos peldaños, pasamos sobre los pacientes leones de piedra a través de las puertas de medio punto. Cruzamos los cuadros blancos y negros de las alfombras de terciopelo del comedor, y penetramos por la escalinata de los dragones en la gran sala, en la que nuestro manantial susurra frío y ajeno a este mundo escondido en su concha de bronce y de brillantes columnas de pórfido. Nos sentamos junto a la concha de sonidos profundos; a través de los arcos de las ventanas penetra la blanca luz de la luna y se refleja en unas líneas de plata que tiemblan y se esfuman sobre el agua rizada. Al otro lado, enfrente del manantial, brilla sobre el enorme triángulo de una pirámide negra la tabla de esmeralda de Hermes.

—Debiéramos haberlo sacado —me dice mi musa.

—Tienes razón. Sólo asusta.

—Y, a pesar de ello, la hemos leído tantas veces junto en inolvidables noches de luna.

—Desde luego..., antaño.

—¿Antaño? ¿Por qué lo dices tan trágicamente?

—Sí..., antaño.

—¡No! Eso entristece

—¿Te gustaría estar alegre?

—No podemos estar alegres en esta sala.

—¿No? ¡Si fue aquí donde tan poco hace estuvimos alegres!

—Me aburre. ¡Estas columnas son tan pesadas! Y siempre el murmullo de esa fuente y ese eterno delfín...

—Hemos de construir otra sala. Junto al lago o sobre el bosque de plátanos. Una sala roja.

—¿Roja?

—¿No te gustaría?

—Bien, una sala roja. Y adornaremos las paredes con relieves dorados de palmeras, y bailaremos el garrotín al compás de una melodía de Mozart, contemplando el oscuro bosque desde los altos ventanales. Luego nos pondremos tristes; regresaremos a la vieja sala de pórfido, y escucharemos el murmullo de la fuente. Tendríamos dos salas, y en ambas podríamos estar tristes.

—Quizá fuera mejor no movernos de aquí.

—¿Y estar tristes?

—Pero ¿qué te ocurre?

—No lo sé. Regálame algo.

—Lo que tú quieras. ¿Quieres que te regale el salero de Cellini?

—¿Ese con Neptuno? No, no.

—¿O un jardín? Conozco uno de las islas Borrromeas...

—Ya lo conozco. ¿Qué harías de él?

—Podría hacer que te pintasen. No del modo que te ha pintado Rosetti. Con tu vestido de narcisos, como Flora. Conozco a un pintor, un francés...

—O español o ruso. No, no.

—Entonces te regalaré un arpa. Existe una de madera de ébano de tres patas del tesoro de los...

—No quiero ningún arpa.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Quieres que te susurre una canción?

—Sí, si sabes cantar alguna. Espero.

—Pero no puedo sin...

—Bueno, ¿qué quieres?

—Eres insaciable. ¿Qué te he hecho?

—No preguntes. No preguntes.

—Entonces te contaré algo. ¿Quieres?

—¿De las siete princesas?

—No. De un jardín de la Selva Negra, donde un muchacho estaba prendado con una niña bajo las lilas azules. El muchacho amaba a la niña, y, cuando ambos crecieron, una calurosa noche de julio pendían uno del otro con sus labios rojos ardientes...

—Continúa. ¿Y entonces...?

—Entonces apareció una mujer desconocida, con ojos grandes y oscuros como los que tú tienes. Eran tan hermosas y cantaba de manera tan extraña y seductora que el muchacho olvidó a la niña que tenía a su lado. Se fue con aquella mujer a otro país en el que las estrellas eran más grandes y las noches más azules. Construyeron un alegre palacio y una sala con columnas de pórfido donde eternamente murmuraban las aguas de una fuente, dentro de una concha de bronce. Allí están sentados ahora junto a la fuente y ven esfumarse el reflejo de la luna sobre el agua. Han unidos sus manos frías y conversan con palabras igualmente frías; yo creo que ambos sienten nostalgia. Por lo menos la siente el muchacho que se ha aventado y mudado de condición. Yo sé que piensa en su patria y que la infidelidad infantil de antaño cruza su vida como una grieta fina en su cristal muy claro.

—Es una historia muy triste. ¿Has acabado ya?

—Todavía. No creo que el final será lo más triste de la historia. ¿No lo crees también tu?

—No lo sé. Tampoco sé si el muchacho ama todavía a la mujer desconocida. Esto no se sabe. O, ¿he de decir que sí?

Apoya tu adorada cabeza sobre mi hombro, pobre musa mía. Veo muy bien sobre tu hermosa frente estas líneas melancólicas; veo bien cuando reclinas tu cuello, este movimiento cansado y enfermizo y puedo leer en el juego de tus finas venas, en tus sienes claras y blancas.

—¡Ven, desahógate! Ya ha llegado el otoño. Es la última débil advertencia de la huida incontenible de la juventud. También lo puedes leer en mis ojos; también está escrito sobre mi frente y sobre mis manos, más profundamente que sobre las tuyas, y también en mí se revela este sentimiento que me atormenta. ¡Es aún demasiado temprano! ¡Demasiado temprano!

¡Ven, desahógate! Aún nos quedan alientos, si podemos llorar. Cuidaremos estas lágrimas y esta tristeza con todo el celo de nuestro amor. Tal vez se esconda detrás de ese llorar nuestro tesoro, nuestra poesía, nuestra gran canción, la canción que aguardamos.

Nuestros tiempos de amor, de aquel amor rojo y sonrosado, ya han pasado; pero todavía nos atan con sus múltiples lazos... Déjales su doloroso y hermoso pasado. Les llamaremos con nombres cariñosos y con canciones; retendremos su bello recuerdo con nuestro cariño y nuestros cuidados y les trataremos como amigos tímidos y amados. Tampoco hablaremos más de cuántas primaveras hemos ya pasado tú y yo. Diremos: «Tuvo que ser así», esperaremos engalanados nuestra canción.

¡Nuestra canción! ¿Te acuerdas cómo soñábamos pensando en ella, en los primeros tiempos de nuestro amor? Era en el monasterio, en aquella magnífica capilla de las fuentes, donde se entrelazaban el suave susurro del agua con el silencio monacal del claustro gótico. ¿Te acuerdas? ¡Y aquellas noches! ¡Aquellas noches de luna frías y claras de fines de otoño, que se reflejaban de manera tan suave y tan maravillosa sobre los tejados del monasterio, sobre los pelados jardines, sobre las frías y olorosas montañas! El viento corría a través de los arcos de los ventanales de piedra y adquiría ecos en los oscuros claustros. La luz de la luna se deslizaba sobre los anchos pretilos y sobre el blanco zaguán del oratorio. Y le hablaba a mi amigo Guillermo, en aquel escondido recodo de la ventana, sobre los lejanos y oscuros tiempos en que habían brotado los monasterios y las grandes catedrales. Le hablaba de sus fundadores, de los caballeros, de los constructores, de los abades, cuyas tumbas cubiertas con lápidas adornadas con sus figuras fantasmagóricas y extrañas, aparecían a la luz de la luna allá abajo en el claustro. Tenía entonces varios amigos, dos, tres, pero ninguno de los cuales figuraba entre ellos. Pero tú estás conmigo y me amas todavía, y, tarde o temprano, cuando los amigos de hoy hayan muerto o se me hayan vuelto extraños y ningún ser humano hable conmigo de mi juventud, tú estarás aún junto a mí y me rogarás que hable de los hermosos tiempos pasados. Entonces pensaremos en hoy, y este triste hoy nos parecerá maravilloso y querido como una corta y lejana juventud. Tal vez de este hoy tan alejado y cubierto por el velo del recuerdo, surja nuestra canción.

¡Nuestra canción!

La canción será entonces un cuadro vaporoso y suave, lleno de maravilla y de alma, de cuyo fondo de profundos sonidos surgirán nuestras siluetas de formas esfumadas como en un sueño. El poeta desvelado, con la inquieta frente apoyada en su ardiente mano, y la bella y cansada musa con su cabellera rubia inclinada sobre su hombro, disponiéndose a arrodillarse a su lado. Y este solo

cuadro suave será lo único que quede de mi inquieta vida; tiempo después de mi muerte mis amigos los contemplarán y amarán. «¡El pobre poeta!», dirán envidiando el infeliz poeta por este cuadro único e inmortal y por su musa de cabello dorado arrodillada a su lado.

¿Sonríes nuevamente? ¡Bésame, mi rubia musa! Bésame, y perdóname, y perdónate también a ti por amor a nuestra canción, y el tormento y arrebató de nuestra juventud.

¿Por qué quieres oír de nuevo la vieja historia? Yo mismo casi la había olvidado, y esto hubiera sido lo mejor para mí y para la historia.

Cuando aún vivía el difunto poeta Hermann Lauscher, vagaba por las viejas calles de la ciudad de Berna. Era noviembre; una noche de viento que amenazaba lluvia. El solitario poeta gozaba a pleno pulmón de este ambiente, al que había tomado cariño en su desventurado vagar por lugares ignotos. Las viejas y oscuras calles con sus casas en forma de castillos y sus sótanos prominentes y las oscuras e íntimas arcadas, excitaban el ánimo amargo y melancólico del poeta; a ello se añadía la inhospitalaria rudeza del día. El solitario poeta sufría más intensamente que nunca por aquel duelo entre su alma enfermiza y excitada y los recuerdos de su vida destrozada, insegura e inútil. Como me contó más tarde, ante la contemplación de las arcadas oscuras y estrechas, su fantasía, llena de humo melancólico, se entretenía con mil imaginadas conjeturas. Imaginaba a un buen amigo a quien no hubiera visto desde hacía mucho tiempo, o a una amante olvidada de cuyo encuentro dependiese una de las importantes y felices decisiones de su vida; la veía en la misma calle, diez pasos delante de él, oculta por la sombra de las arcadas. Era sólo un instante en el que la figura humana se hacía visible; quizás hasta mirara hacia él... Precisamente en ese instante tuvo que volverse y con ese pequeño y casual movimiento perdió el presente y el futuro.

Cuando le toqué de improviso en el hombro, se sobresaltó. En aquellos segundos vi refulgir en sus ojos por vez primera el brillo flagelante y triste de la demencia. Anduvimos juntos a través de las calles, subimos a la torre de la catedral, gozamos con la contemplación de los hermosos gobelinos en el Museo Histórico, comimos truchas en una posada, debajo del gran puente sobre el Aar, y llegamos después de un segundo paseo a la bodega del Kornhaus.

Tú ya lo sabes: el pobre Lauscher se convirtió en los últimos tiempos de su infeliz vida en un gran bebedor; terminamos pronto la segunda y la tercera botella. Era un vino espumoso de Neumburgo, que yo soporto muy mal; pronto tuve la cabeza muy pesada y le dejé que continuara hablando con su charla desvariada e incoherente. Empezó a hablarme de su fantasía acerca de las arcadas. Me reí de él y me vanaglorié de haberle sorprendido en aquel momento decisivo, de haberle hallado en Berna, donde nunca hubiera creído encontrarle. Sonrió rudamente y me dijo:

—Esto no prueba nada, mi buen amigo. La desgracia la encontramos doquiera. ¿O sabes tú acaso si en aquel momento en que me arrancabas tan rudamente de mis pensamientos no pasaba alguien por detrás nuestro, alguien que estabas buscando desde hacía años y que no volverás a encontrar?

Estas palabras me oprimieron.

—¿En quién piensas al decirme esto? —le pregunté casi asustado.

Rió.

—Pues —dijo— no pienso en nadie en particular. Se trata sólo de una hipótesis. Pero podría ser cierta María, de dorado cabello.

No te puedo decir lo que al pronunciar este nombre mi corazón latió de miedo y de dolor.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté a Lauscher violentamente—. Nunca he hablado a nadie de María, y creía haberla olvidado. ¿La conoces? ¿Vive todavía? ¿Está aquí, en Berna?

Lauscher sonrió y encendió otro cigarro.

—Si aún vive —díjome—, no lo sé. Hace años que no la veo.

—¿Cuándo fue? —pregunté sin aliento.

—¿No te lo he contado? —dijo, y tomó un trago muy largo—. ¡Era tan hermosa! Estaba sentada conmigo en un banco verde carcomido, en el jardín de las violetas; el ruiseñor cantaba por vez primera aquel año. Leíamos en un gran libro...

—¡Calla! —grité pálido como la muerte—. ¡Calla, o te mato! Ese era yo, era yo quien estaba sentado junto a María en el banco verde carcomido, y el libro...

—No grites tanto —me dijo Lauscher mientras me llenaba el vaso.

—¡Pero, Lauscher, por amor de Dios, dime! —le rogué.

—¡Bebamos! ¡A tu salud! —y chocó sonriente su copa con la mía—. ¿Quieres que te cuente la historia? El libro contenía una bella historia de juventud, y era sumamente agradable leerlo. Entre sus letras aparecíamos María y yo como unos pequeños arabescos a través de múltiples tallos de flores.

—¡María y yo! —exclamé.

—Es como te digo —continuó Lauscher—. Pero María leía intranquila y distraída. Y cuando la historia empezó a ponerse triste, volvió muchas páginas y...

—... huyó hacia el bosque, y el ruiseñor cantó de nuevo, ¡oh, Lauscher!

—¡Bebamos! —dijo él.

Apoyé la pesada cabeza en ambas manos y a gusto hubiera sollozado fuertemente. Cuando al cabo de un rato levanté la mirada, Lauscher había desaparecido. Doliéndome la frente y medio mareado abandoné la bodega. Aquello ocurrió poco antes de la muerte de Lauscher.

Las violetas tuvieron la culpa de todo... Las violetas y la primavera. Sin ellas no hubiera sentido aquel dulce tormento por el cual se desangra desde entonces mi vida.

Aquellas violetas del jardín tuvieron la culpa de que en mi alma alegre de muchacho surgieran olorosas las oscuras sombras. El perfume de las violetas tuvo la culpa de que aquella historia de primavera de nuestro libro se hiciera tan oprimente, tan triste y nostálgica; tuvieron la culpa de que la hermosa María huyera y de que el ruiseñor cantará aquella tarde tan angustiosamente dulce en el oscuro follaje.

¡Oh, si no hubiera oído nunca a aquel ruiseñor! Las más bellas canciones no hubieran dejado de alegrarme, ni se hubiera despertado en mí aquel oscuro anhelo. Nunca hubiera empezado a soñar en aquella felicidad que duerme agazapada detrás de la vida cual escondida en un hechizado arbusto. No hubiera soñado ese triste sueño, pues no hubiera vivido la época más feliz de mi vida, ni la habríamos leído en aquel libro. Yo no sería poeta, y desconocería el lenguaje lleno de dudas del dolor humano.

¡Pero los sueños no son espuma! Y la canción de nuestro ruiseñor con su última disonancia cruel y hermosa, perdura en mí y ansía su solución. Y se convirtió en el sueño favorito de aquella canción de canciones, cuyo ritmo ha penetrado en mi sangre y en mi vida y me atormenta de continuo con sus finas e impenetrables disonancias. Yo no creo en aquellos poetas de cuyas cabezas, como dicen, surgen las poesías acabadas cual gallardas diosas. Yo sé muy bien de cuánta vida interna y de cuánta sangre roja necesita haberse embebido cada verdadero verso antes de alzarse por sí mismo y ponerse a andar. Eso aún sería fácil de soportar. Pero luego sobreviene el sentimiento despectivo y cruel, el sentimiento que nos hace ver que el verso, por bello que sea, no ha agotado las profundidades, que es el brote de la antigua disonancia, que es de nuevo un mero reflejo del poeta y no de su sueño ardiente, bello y nostálgico. Y, a pesar de ello, ¡se ha nutrido tan profundamente de nuestra vida y se ha llevado tanta sangre de nuestro corazón! ¡Ay!, y luego, cuando envejecemos y presentimos los límites, esa prisa, ese cambio sucesivo de reserva y de derroche, ese miedo cada vez más oprimente, ese miedo de morir antes de haber oído el sonido soñado, ese miedo de morir sin haber alcanzado lo que tanto habíamos deseado, después de tanto esperar y después de tantos preparativos... Cada vez que sucumbimos o dudamos oímos esa voz de reproche de nuestra alma, atormentada y arrancada del inconsciente, alma cuya comprensión será reconciliada y santificada tan sólo por la incalculable felicidad de la grande e inmortal Palabra. ¡Ay, se han lanzado tantas injurias contra los poetas! Pero lo más injurioso lo saben ellos desde hace tiempo y lo mantienen guardado como un impenetrable secreto, incluso frente a ellos mismos.

Oscuridad, silencio, soledad. Estas noches terribles son eternas para este minúsculo ritmo de mi reloj y para el latir de la sangre febril en mis ardientes sienes. Trato de pensar en todo lo suave y consolador, conjuro todos aquellos agradables recuerdos, todas aquellas estrellas alegres del pensamiento y de la poesía, todas aquellas parábolas reconfortantes... Es inútil; ninguna resiste los pensamientos opresivos de esa hora. Aunque mi madre se sentara ahora mismo a mi lado y tratara de consolarme con todo el cariño de su amor y de sus recuerdos, sonreiría, y, sin embargo, continuaría sufriendo.

¡Oh, noche de insomnio! Todas las fuerzas y todas las relaciones de mi ser condensadas en la turbia superficie de esta noche para convertirse en un contemplarse a sí mismo, impotente y cansado. ¿No hay nadie que tenga poder suficiente para romper el conjuro de este dolor inaguantable? ¿Ninguno de los dioses que tanto admiro siente compasión de mí? ¿Ni el recuerdo o las plegarias de un amigo pueden ayudarme? Todo aquello que antaño me alegraba y me elevaba ha perdido amplitud y color. Mis dioses son de piedra; mi vida fue un sueño pálido cuyas imágenes rozan mi interior como sombras extrañas.

¿Está tal vez en este momento alguno de mis amigos en una desconocida ciudad, pensando sobre su cama en mí? ¡Ay, él duerme! Y no hallo nada hacia dónde dirigir mis pensamientos tan faltos de consuelo. O sólo encuentro a otros que sufren conmigo; otros pacientes, una pálida y cansada comunidad de desvelados, cada uno de los cuales yace, igual que yo, atormentado y sin descanso, pálido, con los ojos abiertos y sufriendo. Os saludo, tristes hermanos, que sufrís como yo lejos de mí y lejos uno del otro, en vuestros oscuros y olvidados lares. Sufrís como yo, buscáis con ojos agrandados las figuras invisibles de la oscuridad y, experimentáis dolor de cuanto cerráis los párpados congestionados. ¿Pensáis en vuestros hermanos? ¿Pensáis acaso en mí? ¡Oh, si cada uno de nosotros pensara en el otro y, por lo menos, tuviéramos la sensación de que existe esta comunidad invisible y silenciosa! Creo que nos tenderíamos, nuestros finos e inquietos nervios necesitan comunicación. Nos podríamos contar nuestra vida, nuestros sufrimientos y nuestras esperanzas a través de millas de silencio y de oscuridad. Podríamos deplorar los destinos ajenos y los nuestros propios, y luego nos parecerían agradables y nuevos al contarlos. Hallaríamos presentimientos y relaciones que hemos observado en nuestra propia vida y que hallamos de nuevo en la vida de los desconocidos; el círculo se ensancharía y veríamos los hilos cuyo principio y fin creíamos sujetar en nuestras manos, hilos extendidos sobre los continentes y sobre los sexos. Tocando esos hilos como las cuerdas de un arpa gigantesca, compondríamos una vida clara y común, y daríamos un paso más hacia la comprensión de lo eterno, lo cual no puede hacer cada uno de nosotros por sí solo.

No os puedo llamar, hermanos míos. Pero quiero acordarme cada noche de vosotros y saludaros como un paciente más.

Mientras esto pienso, me toca una mano muy suave. ¡Mi musa! ¡Cuánta nostalgia sentía de ella! ¡Y ella sólo esperaba que en mi alma abandonada surgiese un pensamiento de bondad!

La noche se vuelve más cálida, más amable y más tranquila; las estrellas brillan más suaves, y ante mi alma empieza a surgir de la oscuridad un cuadro conocido. ¡Te conozco! Es el parque, es el

banco de los ensueños, es la atmósfera aquella en que compuse mi primera canción. ¡Mi primera canción! Un haya joven y primaveral me cubre con su sombra de un rojo dorado. ¡Oh, dulce hora tímidamente repleta de poesía y amor! ¡Te doy las gracias, musa!

No preguntes. ¿Quieres que te hable del banco de haya del parque de B...? ¿Y de la difunta Elisa? ¿Y de María y de las otras historias de amor?

¡Son tantas! Mujeres que me amaron, y otras mujeres más bellas, más maravillosas, más queridas, que no me amaron. No sé cuáles me han atormentado más. Aquellas tres estrellas de primera magnitud que tan claras y refulgentes aparecen en el firmamento de mi juventud y en mis poesías, María, Elisa, Lilia, no me amaron. Pero con esas tres no sufrí tanto tormento como el que me produjo la impulsiva Leonor, y Leonor me amaba. ¡Leonor! ¡Ya el nombre...! Magnífico, bello, frío, alegre, dulce y hostil al mismo tiempo. Algún día cantaré la canción de Leonor: noche, fin de verano, un azul profundo de terciopelo, con estrellas que caen del cálido firmamento. Los dos nos hallamos en el emparrado de rosas tardías, felices y desdichados al mismo tiempo, cada uno conociendo las faltas más íntimas del otro. ¡Leonor! A sabiendas concluimos con grandes ademanes nuestro amor de trágico sentido. En cada mirada se ocultaba el principio del fin. Y nos despedimos en una noche de verano entre las últimas rosas y la parra roja, sonriendo doloridos y arrojando la esencia amarga de la pasión en la oscuridad de la noche.

No quiero recordarla. Desde aquella noche sé algo de la vida; es como el caminar de un durmiente, es como el principio de una pequeña ola, como el balbuceo de un hombre semidespierto que nos dice que la vida no vale la pena de ser vivida.

¡Prefiero hablar de otras mujeres! No me amaron: tuvieron solamente compasión conmigo, esa compasión que en los bondadosos ojos de mujer es insoportablemente cruel, pero seductoramente bella. Una de ellas comprendió la belleza de mi amor y supo ver que no lo lograría apagar con abrazos.

¡Amor de poeta! Tú sabes que los hombres sólo saben verte como el dolor o la belleza de una canción... ¡Sólo una canción! ¿Cómo pueden comprender que una persona ame, renunciando en un principio al deleite de su amor, y lo eleve, inalcanzable, envuelto en anhelos y ensueños al círculo de las estrellas? ¡No saben nada de lo que sea la vida! Surgen cual pequeñas olas del fluir del tiempo y caen de nuevo en él, porque nunca han deseado anudar su destino a lo eterno. No saben que cada poeta, a lo largo de su vida, a veces solo, semidespierto, describe a los rasgos increíblemente bellos de una Beatriz. ¿Dónde hallar con nuestro mirar anhelante la imagen de lo eterno, tal como se nos aparece, si no es en las estrellas? ¿Dónde encontrar esa imagen que aparece por unos instantes y es arrastrada rápidamente corriente abajo por el fluir de los días? ¿Dónde hallar la imagen que flota náufraga entre el principio y la muerte? Sabemos que estas estrellas son las mismas en que se prendió la mirada inteligente y triste del paciente Ulises.

¡Oh, musa mía, no poses tus hermosos ojos tan compasivamente sobre mí! ¿No ves cómo bajo esta frente pálida y velada se consume una vida incorpórea e incomprendida en los fulgores de una estéril llama? ¿Ves ya la noche en que yaceré, como ahora, en tu presencia, más pálido y más sereno? ¿La noche en que se consumirán bajo esa frente los últimos y desesperados fulgores?

¡Pero no! No piensas en eso. Te comprendo ahora. Tu mirada te traiciona; sabes que eres mi último amor. Te llamaba María, Elisa, Lilia, Leonor... ¡Eres Beatriz! Tiempo ha que lo sabía, sir

necesidad de verlo en la esbeltez florentina de tus miembros, en tus rasgos dantescos. Ante tu dulce proximidad temblaba mi corazón de adolescente debajo del haya; eran tus ojos en los que se reflejaba el amor y el sufrimiento de la calurosa noche estival.

Tu mirada te traiciona; sabes que te pertenezco para siempre. Es la mirada compasiva de las mujeres ante quienes se postra de hinojos la noble virilidad, es la suave inclinación, el vivo deseo de poseer un esclavo... Es la pregunta despectiva y triste: «¿Es esto todo? ¿Es esto el amor?».

Aparta esa mirada de mí. No puedo soportar esa pregunta oculta, esa triste crueldad. Podría responderte con reproches. Pero te conozco. Cuando te recuerdo la amargura y la desazón que por tu culpa ha penetrado en mi vida, me escuchas, sonrías, inclinas la cabeza y preguntas: «¿Quieres que me marche?».

Lo sabes ya: él no dirá que sí.

¡Hoy de nuevo! Este ligero hervor de la sangre, ese crujir tras la pared, esos profundos suspiros del viento. Un segundo, un minuto, otro, y otro; de esa manera fluye, gota a gota, mi breve vida. Así fluye continuamente, extraña e incontenible ante mí. ¿Cuántas horas he consumido entre mis manos febriles? Tal vez mil, tal vez diez mil. Han pasado ya; ya no pueden traernos ni dolor ni felicidad; no han sido vividas, pero las deducirán de las horas que nos han destinado.

¡Y yaceré blanco y silencioso! Me enterrarán en medio de ridículas formalidades en un cajón de madera, en una tumba estrecha y húmeda. Amigos y conocidos seguirán el cortejo hablando de sus problemas cotidianos. Algún capellán predicará en el horrible lenguaje de Jehová la doctrina del tiempo y de la eternidad, ¡junto a la tumba de un poeta!

¡Sí, ríe, bella musa! Ya sé que estarás junto al clérigo y pondrás unos ojos bellos, llenos de ironía y de pasmo. ¡Has estado alrededor de tantas tumbas! ¡Y cómo abrirás los oídos cuando empiece a hablar de mi alma inmortal! Esa alma eres tú, o una parte de ti; son vestigios tuyos. Vive eterna en tus gestos, en tu manera de sonreír, en las modulaciones de tu voz, en el movimiento de tus bucles. ¿Cuántos poetas muertos y olvidados te han cantado hasta que viniste a mí y te convertiste en una mujer tan hermosa, tan esbelta, tan frágil? ¡Y ahora me perteneces! Aunque no me sobreviva ninguna rima, siempre llevarás contigo un trozo de mí, ¡oh musa inmortal! Y mis sucesores, los que no conozcan mi nombre, lo honrarán y lo comprenderán. En alguna de las obras inmortales a que quizás alguno dé remate, quedará inmortalizada mi vida, aunque sólo sea una palabra, un sonido, una rima breve y suave. Algo de belleza se hallará en esa obra inmortal que no habría sido posible sin mí; la canción no redimida de mi vida entrará a formar parte de la armonía de lo eterno. ¡Eternidad! ¿Qué es lo que significan a su lado la muerte, la tumba y el capellán? ¡Casualidades incómodas como otras mil de la vida!

Y así trabajé conscientemente en mi obra, de la misma manera que los pueblos, la tierra y las estrellas trabajan inconscientemente en la suya propia. ¿Qué significan los siglos? Un mero lapso de tiempo. Son un grano de arena al lado de una mirada de lo eterno. Aquella bella Nausica que, hace tiempo inmemorial, paseaba junto al mar, fue rozada con una de estas miradas, y hoy es tan bella, tan joven y tan viva como aquel día hace ya siglos y siglos.

¿Sonrías de nuevo? ¡Oh, bella musa mía, tú eres una mujer! Vosotras las mujeres estáis tan cerca de lo eterno que no comprendéis que extendamos nuestros brazos y sintamos nostalgia de él. Y sonreís de lo mismo que no comprendéis. ¡Qué ridículo!, exclamáis cuando veis el rostro de otra persona desfigurado por el dolor, por un dolor que no entendéis. Trataré de morir elegantemente sólo por ti.

¡Te envidio, musa mía! ¡Ay!, para ti es mi vida un simple episodio, una historia de otoño, una noche intranquila y enfermiza. Luego volverás a reír y a florecer como si nada hubiera ocurrido; sólo un instante de nerviosismo y desagrado. «Luego...»; cuando ya esté muerto. «Un momento desagradable...»; mi vida desde el primero hasta el último balbuceo, una vida llena de alegrías y de desesperación. No se echará en la nada pero ¿qué es este reflejo de la eternidad? ¿Qué significan aquellos grandes muertos, el gran Alejandro, el gran Tiziano, el gran Napoleón? Para un hambriento

tiene más importancia un pedazo de pan que el mismo Alejandro Magno. ¿Y quién es el que no tiene hambre? ¿Quién es el que no está rodeado de miles de necesidades miserables, cada una de las cuales le parece más importante que Alejandro el Grande? Daría parte de mi inmortalidad si ahora pudiera dormir, si pudiera tranquilizar esta fiebre de los pensamientos que me atormenta bajo la frente, de ese dolor bajo mis párpados. Daría un cuarto, la mitad, toda mi inmortalidad por conseguirlo.

¡Oh, cómo me contemplas! ¡Cómo me ves sufrir! Todo por una mujer, por ti. Y cada latido de mi corazón, cada temblor dolorido de mis párpados, cada aspiración dolorosa de mi boca es una gota de vida para ti, una pincelada en tu cuadro.

¡No me engañes! No me dejes pensar lo que sería de mí si todo este dolor no fuera para ti, si este dolor existiera sin ti, si este dolor fuera para nada. Léeme algún cuento... Dime que me quieres, dime que la eternidad está sentada junto a mi lecho y que sufres conmigo.

¡Qué bien me acaricias con tu mano! Comprendo toda la historia de esa mano, la noble cultura de sus formas y de sus gestos en la que trabajaron los pintores de la antigua Florencia. De esa cultura que descansaba en las frentes insatisfechas, de profundas arrugas, de los artistas.

¿Dónde hallar un príncipe cuya amada, de nobleza intemporal, posea esas manos? Tu mano descansa sobre la mía y sobre mi frente, y trasciende a ella el fluir único de un suave vivir. Cuando ya nadie se acuerde de mí, descansará sobre otras frentes, tocará otros hombros, y en ese contacto junto con otros mil quedará eternizada y activa mi belleza, mi enfermedad y mi arte.

Y esa cultura, ese fluir invisible, suave e interrumpido, de una vida consciente, en la cual Dante y Donatello sólo son unas bellas sinuosidades..., ¡esa cultura es la eternidad! ¡Ésta eres tú, bella musa mía!

DIARIO, 1900

Basilea, 7 de abril 1900

Es ya de noche. Una noche oscura, fría. Acabo de leer *Resurrección*, de Tolstoi. Había jurado no leerlo, pero como todo el mundo habla de este libro, también yo he acabado por morder en sus páginas. A decir verdad, todavía me oprime algo del aire inconsolablemente triste, rudo, terrible de ese ruso; es físicamente insano leer esas cosas. Con Tolstoi me ocurre lo mismo que con Zola, con Ibsen, con Robert, con Uhde, con Hebbel y con una veintena más de escritores de ese calibre. Me inclino ante ellos, pero me encuentro mejor si no los veo. Tolstoi es una grandeza espiritual que impone. Escuchó una vez la voz de la verdad, y ahora la persigue como un perro y un mártir a través de lo bueno y lo malo, a través del barro y de la sangre. Lo que hace tan desagradable es lo que en él hay de típicamente ruso, aquella pesadez, tenebrosidad, falta de cultura y alegría que hasta el delicado Turgueniev me disgusta. San Martín y san Francisco han predicado las mismas enseñanzas que Tolstoi; pero son seres claros, elásticos y alegres, como sus propias enseñanzas, mientras que Tolstoi es oscuro, esquivo y opresivo. Tal vez —no quiero negarlo— venga de ahí la renovación del mundo; pero antes de que estas semillas adustas, rudas, primitivas se puedan transformar en arte, han de madurar todavía cien años o más.

Soñé una vez que me hallaba en medio de una reunión grande y extrañamente silenciosa. Un individuo vestido con un frac que le venía muy holgado, se dirigió a mí de repente en una actitud grave, severa y dominadora y me preguntó con voz bronca: ¿Crees tú en Cristo? Mientras meditaba la respuesta, vi el brillo de sus ojos y los rasgos de su cara groseros y provocadores tan desagradablemente cerca de mí, que todo mi ser se ofendió. Le respondí con un no frío, despreciativo, solamente para quitarme de encima la repulsiva presencia de aquel grosero preguntón.

De la misma manera pregunta Tolstoi. Su voz no sólo tiene la llama inquieta del fanático, sino que posee aquel sonido gutural, rudo y penoso, del bárbaro oriental.

Tengo unos deseos enormes de echarme en algún claro del bosque tan pronto haga más calor, y leer allí unas cuantas páginas de Goethe.

Basilea, 11 de abril 1900

¿Crees tú en Cristo?

Fue ayer por la tarde, en el «Rieenhof», sentados en el pequeño salón; hacía dos días que estaba invitado en el hogar del doctor Nagel. La amable señora de la casa se hallaba sentada conmigo en la suave luz del crepúsculo, en amistosa y cordial conversación; fue una hora de una felicidad inesperada. Nuestros problemas se referían a lo importante y grave, a la felicidad y a la muerte, a las estrellas y a los milagros. A las últimas preguntas ninguno de los dos respondía con palabras; era un silencio íntimo y amistoso, un inclinar de cabeza, una mirada hacia el cielo purpúreo, una señal muda sobre los Vosgos, de color azul aterciopelado, y sobre la Selva Negra, de color verde oscuro... Y, antes de retirarnos, leímos el tercer «Himno» de Novalis.

Sobre el sofá, en el gran salón del «Rieenhof», había un cuadro casi terminado de Fritz Bürger.

que representaba un prado con un riachuelo y unos árboles frutales en flor. Ante estas obras de arte en proceso de creación, o a punto de ser terminadas, experimento siempre dolor, exaltación y envidia. Las contemplo en medio del cotidiano trabajo, cada vez más alejado de mi propia obra, hacia la cual siento cada día más nostalgia y anhelos.

Basilea, 15 de abril 1900

Noches calurosas, verde en el «Riehenhof». Hacía meses que no lograba rimar un solo verso. Pero ahora fluyen de una manera suave, como si no hubieran de terminar nunca, poesías y más poesías. Sucede igual que en las bellas antologías; primavera, un verde tierno todavía y el canto de mirlos, y ante el poeta se extiende una niebla dorada que le separa del mundo. Estoy echado sobre el césped, me paseo a través de los prados, en la penumbra de la noche me apoyo en la ventana de mi habitación, voy a beber vino a la taberna, y mis labios están ardientes y rojos de tantas rimas. Sin un pensamiento, sin un contenido, sólo música de palabras ligeras y alegres, sólo ritmo, sólo rima. Sé perfectamente que estos versos, por buenos que me parezcan no son ni siquiera arte lírico; sé muy bien que pronto pensaré con ironía y dolor en este hoy como en algo incomprensible, hermoso, pasado. Me parece como si un poeta ya hubiera dicho en hermosas poesías todo lo que pienso ahora. Cuando intento recordarlo, acude mi desagradable amigo Heine a decirme:

No digas que me amas:

*Yo sé que lo más bello del mundo,
cual la primavera y el amor,
acaba siempre por fracasar.*

La primavera y el amor. ¿Amar? No sé. Es sólo un nombre, y para mí es el amor precisamente ese poetizar que fluye tan suave, que me rodea como una manifestación de lo sentimental, dulce y al mismo tiempo delicado. ¿He de pensar en Elisabeth? ¿Es acaso amor el sentir deseos de decirle algo más de lo que diría a otra muchacha? ¿O el que me entristezca a veces, cuando me imagino que me confieso ante ella y que luego me alejo avergonzado? ¿No debería tratar de hallar esa base insegura en mi vida, erigir sobre ella un pedestal de roca y desde él, armado con la roja bandera de la pasión, perseguirla con ímpetu y con sacrificios? Cuando recuerdo aquella ardiente y grave pasión con que, niño todavía, sucumbí por primera vez ante un amor de mujer; y aquellos arrebatos, aquellas noches de lágrimas, aquel futuro de mi vida, a un tiempo osado y feliz, que yo mismo me trazaba en el delirio, interrumpido a menudo por repentinas ideas de suicidio. Aquel furor por pronunciar mil y mil veces en la cama el nombre de Elisa, por cantar su nombre en el jardín, por gritarlo fuertemente en el bosque... Cuando recuerdo esto he de sonreír tristemente, reconociendo que no puedo llamar amor a esa suave inclinación. Un sentimiento, un acorde oído en la tarde crepuscular, el principio tímido de una poesía elegíaca: la única excitación que, desde hace muchos años, me ha hecho evocar, aunque, muy tenuemente, la palabra «amor». Tal vez será verdaderamente amor aquella pasión

ardiente de antaño, muy pálida y esfumada por tantos años de filosofía, estética, mucho arte y mucha ironía. Sueño a veces con aquel amor viejo tan rojo y de colores tan vivos y siento nostalgia de una pasión estridente y trivial que truncase en fatalidad mi destino. ¿Constituye este sueño y esta nostalgia todo aquello de que soy capaz? ¿Es el recuerdo de aquel viejo amor? ¿O es el presentimiento de un nuevo amor? Y, ¿surge este sueño tan sólo de la vida inconsciente, del instinto y del recuerdo perdido, o ha usurpado su colorido a Boecklin y su ritmo grandioso y demoníaco de Chopin y de Wagner?

Estoy convencido de que ningún otro ser humano desconoce tanto los motivos de su vida interior y los verdaderos orígenes de sus deseos, mientras se ve rodeado de la más impenetrable oscuridad, como quien observa sus reacciones más imperceptibles y trate de averiguar el origen de sus estímulos. Como si llegase a asustar a lo inconsciente y éste se desviara de las miradas penetrantes.

Axenstein, 3 de mayo 1900

Aquí no se puede escribir. Presiento un restablecimiento total.

Basilea, 13 mayo 1900

El lago todavía surte efecto sobre mí. Su belleza es inagotable y ahora que las montañas están cubiertas de nieve, aparece más puro y vigoroso. Cada vez que le veo, me parece grávido de consuelo y riqueza. Cuando en Lucerna me acerco al muelle, siento que renace su influencia sobre mí con mayor intensidad y de modo distinto. No me refiero a los hermosos prados, ni al Pilatus, ni a los bosques ni al Riggi, la más aburrida de todas las montañas. Lo que levanta mis sentidos es únicamente la hermosura de las aguas límpidas, capaces de mostrar todos los colores y todos los matices, desde el negro azulado, pasando por el verde y el gris, hasta el plateado más brillante. Tan pronto nos presenta el agua un color gris pesado, como, cuando las olas se mecen suavemente, un color verde claro; y a veces, como dicen desesperados los pintores, «hay aceite sobre las aguas». Esto es lo más hermoso. Estas manchas de diferentes colores, perfectamente delimitadas, a veces diluidas suavemente unas con otras, y, en su superficie, la sombra azul oscura de las nubes, y, plateados o plomizos, según la posición del sol, los reflejos de los campos nevados. Visto de gran altura el lago pierde casi todos sus encantos. Cuando aparece más bello es si se le contempla desde una lancha o, si hay mucho sol, desde Morschach o el Seelisberg.

Recientemente he visto allí un reflejo de color azul verdoso, claro y frío, tal como lo vemos a menudo en el cielo después del arrebol; pero no era dorado, sino de un tono plateado. Este color indispensable en su transición a un tono plata completamente mate, produjo en mí una sensación de superabundancia, un sentimiento de liberación de las leyes de la gravedad, de disolución, como si mi alma estuviera extendida sobre la silenciosa superficie del lago sin que me perteneciera; era algo etéreo, coloreado, bello. Sólo muy escasas veces me ha elevado una impresión artística, poética o

filosófica a estas alturas de serenidad. Ya no se trataba tan sólo del goce ante la belleza del espectáculo, de aquella ilusión que nos permitimos al contemplar las obras de arte. No experimenté durante unos instantes el triunfo de la belleza pura sobre todas las manifestaciones de la vida consciente e inconsciente. ¿No había dudado también yo alguna vez de mi estrella y había estado dispuesto a dar la razón a los que ya se levantaban contra un concepto artístico de la vida? Ahora sé que mi religión no es una superstición; sé que vale la pena considerarlo todo, tanto lo corpóreo como lo espiritual, en sus relaciones con la belleza, y que esta religión nos puede ofrecer una elevación tan pura y desinteresada como la de los mártires y los santos. Que esta religión estética exige también los mismos sacrificios y trae consigo dudas y luchas, es cosa que ya sabía hacía tiempo. Enfrente de la belleza surge en nosotros un pecado original, un caer y levantarse de nuevo, una felicidad y desdicha al mismo tiempo, como en la vida de los cristianos. En el fondo, estos verdaderos creyentes son los únicos enemigos dignos de nosotros, los estetas. Sólo ellos conocen tan bien como nosotros los abismos de la vida diaria, el sufrimiento ante lo vulgar, el postrarse de rodillas ante el ideal; el respeto ante la verdad, hasta llevar sus creencias a sus últimas. Desde que se hundió la Antigüedad, aquella Antigüedad clásica que nosotros hemos podido comprender sólo de modo aproximado, han sido estos dos los caminos que se han apartado de lo vulgar. Según mis sentimientos, se podrían seguir estos dos caminos —el de los estetas y el de los cristianos— a través de la historia de la filosofía. También el camino del pensador conduce hacia su ideal en cuanto adopta una actitud respecto a lo eterno, a través de los mismos sacrificios y sufrimientos. Camina entre el doloroso contacto con la llaga abierta, a través de la renuncia al mundo en una forma u otra, a través de la oscuridad de la duda. ¿Es para el filósofo, para el esteta o para el cristiano para quien este «mundo siempre igual» está cada vez en mayor contraste con su idea? Los tres sufren y los tres rehuyen los compromisos. ¿Existe un buen humor, prescindiendo del chiste vulgar, cuya última finalidad o sea una debilidad, un engaño o un retraimiento ante las consecuencias dolorosas de los idealistas? ¿No se experimenta el límite en cada diálogo humorístico, cuando la persona con quien conversamos se complace en remover, aunque con mucho ingenio, materias cuya naturaleza es la dignidad y cuyo esqueje con el gracejo ofende la conciencia hasta del menos elevado? ¿Cómo es posible que actuemos en una comedia cuando se sabe que su gracia se basa en la mezquindad humana? Y, a pesar de ello, el idealista tolerante siente un atractivo extraño para con el héroe que se hunde en el barro. Entre lo que sacrificamos al ideal entra el aniquilar este atractivo. Aquellos entusiastas amantes que, al enterarse de la poca dote que aporta la amada detienen su impulso, y aquellos héroes que en su lucha por algo noble venden su ideal, en un momento de debilidad física, por un plato de comida, todos esos y otros parecidos personajes de comedia tienen entre el pueblo que les aplaude una multitud de congéneres, para los cuales el atractivo más fuerte de la ficción estriba en su semidespierta coincidencia. Algunos quizá sientan un momento la indignación; pero, ya que para ello les falta el valor, ya que una y mil veces fracasaron en la misma empresa, aplauden al héroe y le imitan vendiendo su ideal por el placer de reír. Conozco a muy pocos que sean capaces de disfrutar con tales comedias; yo mismo lo logro muy raras veces. Y sólo si realmente lo merecen, únicamente como manifestación artística, sin tener en cuenta lo ridículo de la temática. Las pocas comedias que veo de esta índole me entristecen o me enfurecen, según su calidad artística.

Basilea, 19 mayo 1900

Elisabeth. La encontré en el jardín. Llevaba un sencillo vestido nuevo de verano, de color azul claro. Se mecía en el columpio como un hermoso pájaro que conociera su belleza. Entonces llegó la esposa del doctor. Fue oscureciendo; tomando té y agua helada mientras empezaban a despuntar las estrellas. La he acompañado a su casa y comprendo que esta noche he estado terriblemente aburrido. Le hablé de una novela que quiero escribir y le prometí dedicársela.

Ahora las estrellas alumbran mi habitación. Oigo ecos de la dulce tristeza de antaño, una melodía de Chopin, la *Sonata en si bemol*.

Basilea, 23 mayo 1900

¡Ironía! Toda la noche hemos estado hablando de la ironía. Naturalmente, vuelvo a escribir de noche, es la una. ¿Ironía? La conocemos muy poco. Y es raro, pero a veces la añoro. Me gustaría disolver mi manera de ser, tan grave y pesada, y soplarla, como una ligera pompa de jabón, hacia el cielo azul. Convertirlo todo en superficie, y todo lo que uno no se ha dicho a sí mismo presentárselo como un refinamiento consciente, como un misterio que se acabase de descubrir. Sé muy bien que esto es romanticismo. Es transplantar Fichte en Schlegel, Schlegel en Tieck, y Tieck en lo moderno. ¿Por qué no? Tieck no ha sido superado ni siquiera por Heine, y debería ser mi favorito por su gracia musical y arte tan poco plástico.

Basilea, 30 mayo 1900

Schopenhauer. A veces me hace el efecto de que escribe sin tener razón, sin que sepa algo mejor. ¡Oh, sí yo sé algo mejor! Pero es demasiado difícil y no me tienta el expresarlo con palabras.

Basilea, 6 junio 1900

He terminado mi novela de cuentos. La alaban, a veces, con suma comprensión. Pero a mí no me satisface, a pesar de que mi impulso iba en aumento mientras escribía. He terminado el *Caesarius*. En los capítulos de *tentationibus* (?), especialmente en el *de tentatione dormiendi* (?), he encontrado temas sumamente sugestivos. He añadido dos nuevos ejemplares a mi colección romántica: los *Minnelieder* de 1803 y el primer Sternbald, el primero de ellos muy bonito. Cada vez considero más a Hoffmann como el mejor de los novelistas románticos; Tieck falla a menudo, incluso en las narraciones; Novalis no terminó su obra, y Brentano prescinde conscientemente de las formas. El *Godwi* es un libro genial, más superficial, pero inmensamente más atractivo que el *Lowell*.

Descontando el *Ofterdingen*, que ya no es literatura, el que más aprecio es el *Brambilla*. Desde el punto de vista técnico, todo lo que ha aparecido hasta hoy es de calidad inferior; el mismo Keller ha logrado muy pocas veces alumbrar un tema y convertirlo en verdadero arte. De todos modos, es asombrosa la cantidad de romanticismo que pervive en la técnica de Keller.

Vitznau, 4 setiembre 1900

Ni en los Uffizi de Florencia podría contemplar una belleza tan clara, feliz y celosa como aquí, en estas hermosas aguas.

Setiembre. Niebla de mañana; rara vez un día de lluvia. Al mediodía hace calor; las noches son frías cuando la luna entra en su cuarto creciente. Todavía no he visto una hoja marchita; el follaje conserva el brillo metálico de setiembre; manzanas, melocotones e higos caen de los árboles cargados de fruta. Los crepúsculos son excepcionalmente claros, coloridos y brillantes.

Vitznau, 5 setiembre 1900

¡Oh, si tuviera aquellas ingenuas ansias de placer, como en los años pasados! ¡Oh, si mi corazón fuera todavía capaz de latir alegremente!

Y, sin embargo, cada día es una fiesta para mí. El lago se descubre lentamente ante mi atenta mirada y me mantiene continuamente prendido en un círculo sugestivo, atractivo y sorprendente. Algunas veces se esconde, me hace esperar; pero luego, de repente, me abruma de preciosidades a manos llenas, hasta cegarme los ojos. He asimilado perfectamente el color cambiante de sus ensenadas, los puntos cardinales y las horas del día; pero ¿qué es este esqueleto comparado con la desbordante alegría de la vida, que a cada instante, sin fin ni norma, se desangra en su increíble exuberancia para renovarse sin cesar?

Paso todas las horas del día tratando de sonsacar al lago sus juegos de colores y sus misterios. Después de haber caminado los primeros días innumerables veces por su orillas, paso ahora la mayor parte del día sobre sus aguas. A veces intento contemplarlo desde las alturas, pero no descubro nada nuevo. Desde lo alto de la Hammetschwand contemplo las aguas con placer; pero más arriba, el brillo y el color se van esfumando lentamente y desde el Rigikulm al lago tiene un aspecto mate gris. A media altura presenta parte de sus finos atractivos, sobre todo si se le contempla a través del bosque; entonces las hayas, los castaños y el follaje de las encinas se nos aparecen en preciosas tonalidades.

Pero ¿por qué contentarse con esa contemplación pobre y lejana y dilapidar el tiempo y el sol? En lugar de ello, durante el día cruzo en una lancha la superficie y las ensenadas del lago. Un bote ligero; para los descansos, un cigarro y un tomo de Platón y una caña con su anzuelo. He aquí mi equipaje.

¿Llegará día en que podré expresar con palabras este exceso de felicidad? ¿Cómo describir estos

halagos, con sus veleidades, sus placeres, sus satisfacciones repentinas, sus éxtasis y sus deslumbramientos? Hoy sólo puedo expresarme de manera ruda y anotar lo prosaicamente. Tal vez no pase de ahí, tal vez no sea posible expresarlo con palabras, tal vez sólo penetre con la mirada en cada una de sus primeras y burdas tonalidades. Hasta los mismos pintores han de dejarse guiar por el instinto en las mezclas de colores más simples. ¿Podríamos imaginarnos a un puntillista de la palabra? Y, ¿qué es verdiazul? ¿Qué es azul perla? ¿Cómo podríamos expresar una tonalidad ligeramente superior al amarillo, al azul cobalto, al violeta? Pero en esa ligera superioridad se halla el secreto de un ambiente, el secreto de una feliz combinación.

Vitznau, 6 setiembre 1900

Mi maldición y mi felicidad radican en no poder gozar alegremente de la belleza misma, tal como se me presenta. He de disolverla, penetrar a través de ella, descomponerla, y pensar luego en reconstruirla por medio del arte.

Mi modo de ser, lleno de pesadez, vuelve de vez en cuando e intenta dominarme de nuevo con su torpe entrega y caducado gozar.

No deben volver a mí esos instantes; no puedo vender mi ideal por este placer corto y turbio. No podré ya regresar a la inocente penumbra. Si es que existe en alguna parte, entonces el placer y el sentido de la vida estriban para mí en el progreso, en una concepción cada vez más clara de lo bello, en una penetración de su esencia y de sus leyes.

Precisamente hoy he tenido una hora de retorno a esa penumbra. Fue después de mediodía, en medio del hermoso brillo del sol, en el espacioso lago, enfrente de Weggis. Contemplaba la superficie del lago tendido sobre los bancos de remar. Un oleaje azulrojizo y dorado se extendía inquieto ante mi mirada. Todos mis sentidos dormían y soñaban; una sensación de bienestar, calurosa y fantástica, me mantenía prendido en sus redes. Mis ojos no podían distinguir ningún contorno, ningún rayo, ningún límite de luz; mi mirada perdió toda su voluntad y titubeó a través de un mar de belleza incomprensible, de rojo, azul y oro. Vuelo desigual y sin objetivo, como el de una mariposa.

Vitznau, 7 setiembre 1900

El promotorio más saliente de la Obere Nase, que es inabordable desde tierra, está cubierto de un bosquecillo de encinas de unos quince años.

El follaje rudo, de colores, produce un maravilloso efecto sobre las aguas, toda aquella parte del agua muestra desde lejos una original claridad amarilla. Es de una belleza sorprendente pasar de esta parte del lago, de un color verde profundo, a la superficie estrechamente delimitada y más clara. Hoy he visto cortar por dos veces —desgraciadamente no había sol— el límite verde de encinas por el reflejo de una nube blanca. Lo blanco quedó inmaculado y mostró en la parte del lago unos delimitados contornos. Mientras contemplaba la belleza de las líneas pasó un vapor, y en su estela

brilló un momento la luz del sol. Por unos segundos se plateó la superficie; las olas de allende brillaron con tonos castaños y las de aquende en matices verdes con fulgores blancos.

Duró sólo unos segundos, pero me bastaron para comprender y disfrutar, con mirada atenta, de la combinación repentina y refinada, como si fuera la sonrisa de una diosa, como los versos brillantes, sonoros y recortados de una poesía.

Vitznau, 8 setiembre 1900

Era un día tranquilo con viento y pocos rayos de sol. Pasé por el Buergenstock enfrente de Buochs. Hacia la orilla refulgió el lago innúmeras veces con un diluvio de colores raros, finos y fríos, como el acero templado: tornasol, castaño rojo, amarillo, blanco.

Desde media altura del Buergenstock llegó hasta mí el eco de las esquilas de las vacas. Los hermosos y ondulantes prados aparecían de color verde tenue a la luz de la palidez celeste. Presentaban aquel otoñal, indeciblemente triste y frío, y que cada año aparece de repente y nos hace recordar, como acude el recuerdo del nombre de un difunto querido, el gran cambio, la inseguridad de los cimientos sobre los que construimos, la muerte, los infinitos y penosos caminos que hemos recorrido sin resultado alguno.

Bogué hacia dentro para contemplar las tonalidades de las olas en el lago de Buoch. Quería enriquecer mi memoria con un cuadro de mezclas de colores, de reflejos de luz, de tonalidades de plata. Bogué y bogué alegre, ágil, vigorosamente, con una rima en el oído y un verso en los labios, para descubrir a través de desconocidos caminos nuevas bellezas en nuevas combinaciones. Y fue entonces cuando vi los primerizos prados otoñales, como suaves y tristes mensajeros.

Me volví y descansé la mirada sobre las aguas onduladas, observé en el aire, cerca de Brünnen y en la vertiente del Oberbauen, un único rayo de sol; pero mis inquietos pensamientos no le persiguieron. Sólo mis ojos vieron temblar y esfumarse aquellos reflejos de dorada palidez, mientras mis pensamientos permanecían lejos, detrás de mí, sobre el empinado bosque, sobre los prados de un verde pálido... ¡Otoño!

Medité sobre si el camino que emprendiera, y que consideraba el verdadero, me acercaría más, en su inflexible marcha, hacia mi estrella, o si me apartaría de ella, o si alguna vez me conduciría a aquellas alturas espirituales donde este otoño y esta tristeza no pudieran influir en mí.

Hubo un instante en mis meditaciones en que de haber podido me desprendiera de los velos de la vida externa y rompiera los lazos que me unían al placer, a la tristeza, a la nostalgia, al recuerdo. Un momento culminante, un momento de respiro, corto y sereno, en las altas cimas; detrás mío las relaciones humanas, delante el espacio ligero y vigoroso de la belleza de lo absoluto, de lo impersonal. Sólo un momento... Un instante nada más.

El tintinear de las esquilas iba bajando; cerré los ojos y sentí cómo me hundía, me hundía desde aquella altura. Se apoderó de mí una tristeza grave, corpórea. Quise liberarme de ella; mis pensamientos se irguieron como un corcel fustigado, pero sucumbí. Y aquella tristeza grave, cansada, me dominaba, me hundía, apagaba las estrellas, me torturaba y me sojuzgaba.

De manera clara y cercana, como si hubiera rasgado de repente un velo, apareció ante mis ojos el luminoso jardín de mis primeros recuerdos. Mis padres, mi infancia, mis primeros amores, mis amistades de juventud. En aquella hora opresiva hablaron una lengua tan hermosa, tan triste y extraña, que me llenó de nostalgia. Era tan grave como la expresión de los muertos a quienes no secamos las lágrimas ni correspondimos a sus favores. Les ahuyenté y se alejaron, legándome un presente yerto.

Junto a esta sensación otoñal que pesaba sobre mí y me quitaba fuerzas, surgía un sentimiento de adiós que me mortificaba. Veía aparecer la ciudad que me aguardaba cuando concluyera mis actuales días de sosiego. Veía la cantidad de personas, la cantidad de libros que me esperaban; las innumerables ocasiones en que habría de mentir, aquel engañarse a uno mismo, aquella pérdida de tiempo. De repente se encendió mi juventud en un deseo de vivir. Lancéme sobre los remos, crucé la gran ensenada y regresé doblando el promontorio del Buergenstock, bogando hasta el Matt, hasta Weggis. El esfuerzo no me satisfizo lo suficiente. Se habían apoderado de mí las ansias de dilapidar la libertad de mi vida en aquella hora maravillosa. El lago me resultaba insípido, las montañas grises, el cielo bajo. En Weggis me adentré en las aguas del lago y me arrojé al agua. Cansado, me tendí de espaldas, nadando muy lentamente, con los ojos fijos en el cielo, insatisfecho, harto de todo. Hubiera entregado mi vida por el sentimiento del placer y de la plenitud; tan grande era mi nostalgia.

Luego me dirigí a la orilla y subía al bote dotado por la sorda tristeza del otoño, por el sentimiento de despedida y de incertidumbre interior.

Desde entonces estoy algo más tranquilo. Mi principio ha venido. Esta tristeza y esta desesperación me placen, como me he llegado a acostumbrar a que me gusta el mal tiempo. Tiene sus sabores propios. Converso y juego con ella, como un artista que toca un arpa negra afinada en bemol. En el fondo, ¿no exijo de cada día un ambiente determinado, un colorido propio y, si tengo suerte, una canción?

Vitznau, 9 setiembre 1900

Mientras me hallaba hoy pescando en las orillas, dominado todavía por los últimos acordes de la tristeza que sentí ayer, subió a mis labios el nombre de Elisabeth. Logré hacer surgir en mi interior su figura en contornos claros y puros; parecía mirarme en mis sueños como desde un profundo espejo. Experimenté grandes deseos de leer la *Vita nuova*, y hubiera regresado a Basilea solo por satisfacer esta ansia.

Boelsche podría determinar en mi persona un caso concreto de amor a distancia. Si me examino atentamente he de confesar que la atracción que ejerce Elisabeth sobre mí proviene desde el primer momento de unas líneas determinadas de su perfil; los contornos finos y elegantes de su cuello y de su barbilla. Pero ¿qué hay de especial en mi caso, si siempre se ha reconocido que un peinado, un vestido, un cinturón una cinta pueden producir el mismo efecto?

Poseo la belleza de mi amor en ese contorno, de la misma manera que poseemos una pintura maestra después de larga contemplación; de modo que sólo es un fracaso de mi fuerza de imaginación el sentir nostalgia de su presencia corpórea. Pero pese a todo cometo una injusticia al formular mi

amor de manera tan escueta. ¡Cuántas veces he deseado acariciar suavemente su mano, que conversara conmigo, contemplarme largo rato en sus ojos! En estos pensamientos y deseos intervienen los reflejos inasequibles de la belleza del más allá. En cuanto se adormece mi escepticismo, aunque sea un instante, oigo cantar a los ángeles en mi amor y siento en mí que los recuerdos del paraíso llaman a la puerta de mi alma. Y ella, mi alma, sufre sonriente ante la rudeza y violencia del pensamiento que me domina. Duerme bajo unos velos oscuros; duerme y sueña tal vez con los misterios de aquel mundo ante cuyas murallas mi vida consciente se detiene oprimida hasta en los momentos más sublimes.

Y esta alma mía me narra, en una lengua extraña pero de bellos sonidos, cosas de un país de felicidad, en el cual nosotros dos, Elisabeth y yo, somos unos niños que se han perdido o un caminante extraviado. Como un dulce saber desconocido, como el ritmo de una melodía nunca oída, pero conocida en nuestros sueños; como una respuesta a preguntas que nunca nos han sido dirigidas, pero que sabemos existentes.

¡Oh, alma! ¡Oh, mar hermoso, oscuro, conocido y peligroso! Mientras examino y acaricio incansable su colorida superficie, le hago preguntas y le asedio; se burla de mí haciendo surgir de un fondo sin límites, como en un jeroglífico de colores extraños, multitud de conchas que hablan de espacios misteriosos e infinitos. Parecen pedazos de una joya prehistórica que conjuran presentimientos inquietantes de un pasado hundido totalmente en el olvido.

Tal vez se halle allí mi arte, tal vez duerma allí mi canción, la canción ardiente y báquica, de ritmo orgulloso, mientras yo dilapido sobre los campos estériles mi fuerza y mi juventud.

¡Oh, si experimentara aquellos sentimientos que, en años pasados, me regalaba cada noche de primavera de una manera tan exuberante; aquellos latidos delirante como el perderse en la fantasía, aquel excitante bullir de mi sangre!

Vitznau, 10 setiembre 1900

Apenas he reconocido hoy a toda esa gente que desde hace ocho días se sienta conmigo a la misma mesa. Parece haber transcurrido diez años desde ayer. Mis libros, mi habitación mis cañas de pesca, mis trajes, mi mano; todo me es extraño, como si no me perteneciera. Me oprime su inesperada presencia.

¡Oh, qué noche! Diez horas sin dormir; cada minuto una lucha entre mi alma oprimida y el pensamiento cruel y dominador; contienda de sollozos y de rechinar de dientes, combate sin armas, pecho contra pecho, con la astucia y crueldad de la desesperación. Todos los diques y fronteras que había trazado a mi vida interior, todas las semillas esparcidas en los surcos, todos los cimientos han sido aniquilados y destrozados en estas horas. Me parece todavía un sueño.

Después de un crepúsculo pesado, un atardecer triste y cansado —hubo una puesta de sol como nunca la había visto— me metí temprano en la cama. Ante mis ventanas se oía como golpeaba el lago contra las murallas con un regular reflujo. Veía desde mi ventana alzarse sobre el pálido cielo la vertiente de Hammetschwand. Entonces sentí que era llegada la hora inexorable que había siempre

aplazado; sentí que lo que había reprimido, lo que había sujetado con cadenas, lo que tenía casi dominado... todo, enfurecido y amenazador, tiraba ahora violentamente sus ataduras. Los momentos decisivos de mi vida, en los que había ganado una batalla al sentimiento de lo eterno, al instinto ingenuo, al inconsciente, aparecían como un grupo hostil ante mi memoria. Ante su asalto empezaron a temblar columnas y tronos. Y, de repente, supe que no había nada que salvar; todo aquel mundo reprimido surgía liberado y desbordante en mí, destrozaba y mancillaba los templos immaculados y mis imágenes favoritas. Y, a pesar de ello, parecía reconocer quiénes eran aquellos enfurecidos y desesperados aniquiladores de mis imágenes; poseían rasgos de mis recuerdos más queridos, de los días de mi infancia.

Mientras les reconocía, infiltrábase un agudo dolor amargo como la muerte, a través de mi ser interno, martirizándome y extenuándome durante mucho rato, durante muchas horas, hasta que parecía un niño atormentado, asustado, desconcertado. Un sollozo se apoderó de mí, un sollozo sin lágrimas, increíblemente amargo, convulsivo y desesperado.

¡Basta, basta ya! La noche ha pasado ya, sé muy bien que una noche tan terrible como esta no volverá jamás. Ya no experimento ningún dolor. Sólo un agotamiento y la sensación de un dolor inquieto, de un dolor cansado y extraño, una sensación como si algo se hubiera destrozado en mi interior, como si se hubiera roto un nervio, como si hubiera crujido mi alma. Y yo creo... no, no.

Y, a pesar de ello —no solamente lo creo, sino que lo siento, lo sé con una certeza incontrovertible—, ésa es mi juventud, ésa es mi esperanza, eso es lo mejor de mí, lo más sagrado, esto que siento en mí como un sarmiento quebrado, como algo extraño y molesto. ¡Otoño!

Ya no puedo soportar más tiempo aquí. Mañana quiero regresar a la ciudad. Este lago melancólico y tranquilo, estos prados de palidez otoñal, estas montañas frías y este cielo también frío me asustan. Platón ha quedado sobre mi mesa. ¡Miserable libraco! ¿Qué significa Platón para mí? Necesito ver seres humanos, oír el paso de los carruajes, leer nuevos libros y periódicos, espiar el aire fresco y sin madurar de la vida que se va; siento nostalgias de aquellas noches en las tabernas; quiero sostener conversaciones triviales con muchachas triviales, jugar al billar y hacer mil cosas inútiles. Lo que constituye los mil motivos del sentimiento de desesperación; ya no soy capaz de soportar por más tiempo mis motivos. Deben de existir placeres que yo no conozco, deben de existir estimulantes que hagan reaccionar mis nervios, libros raros que me produzcan una alegría, una música desconocida, nueva y exquisita.

¡Nunca podré olvidar aquella noche! Cada noche de insomnio sufriré con el recuerdo de estos tormentos; me aparecerán de cada momento un placer, como espíritus malignos y ocultos borrando las fronteras entre el placer y el dolor, disolviendo mis sentimientos en esta sensación de un dulce veneno, de un agotamiento doloroso que nunca me había atormentado como esta noche.

Aquella lúgubre *Sonata en sí bemol* de Chopin, tiene, en su *presto* parte de culpa. Es como si acariciase unos nervios finos y relajados. Un sentimiento doloroso, dolor suave y dulce, una nota más. Nos hundimos en los tormentos de una tristeza desesperada que nos eleva por encima del mayor dolor corporal.

Elisabeth...

Concluamos. Relativamente joven, me queda todavía bien conservado algo de lo que en otro

tiempo fue considerable fantasía; me queda una cierta capacidad, gastada ya, de disfrutar y de componer impresiones brillantes. Hay un pequeño fondo de «alma», el cual usándolo con pequeña precaución, puede hacer aparecer un amor ligero, y aun sobrevivirle. Añadamos a esto una facilidad en lo trágico-idealista en la postura de tolerancia conseguida mediante larga rutina. Puedo felicitar me por mis aptitudes como poeta y no debe preocuparme mi futuro como autor. No imitaré a Nils Lin sin añadir una nota personal, y superaré en éxtasis a los más sublimes vieneses. Esto quiere decir: ¡Qué asco! Pero ¿por qué habré estado estudiando a los neoalemanes y vieneses?

Basilea, 16 de setiembre 1900

¡Otra vez estoy cansado y harto de todo! Me había lanzado sobre mis libros, llenando los intervalos de lectura de la *Vita nuova* con Hoffman y Heine; en horas cansadas había trezado, entre el exquisito George y el lírico Hoffmannsthal, un capítulo de Jakob Boheme. Siento respeto por m anticuario. Me ha proporcionado el incomparable Boheme, edición Ueberfeld de 1730, con planchas de cobre. Si al menos el Elegido y Esclarecido *Teutonicus Philosophicus*, con toda su *Theosophia revelata*, fuera un poco más divertido... Tiene algunos capítulos de singular belleza, pero hay que leer muy despacio para no perder la extraña tonalidad de este idioma. Debo transcribir aquel párrafo que sobre la bilis he leído hoy en este libro: «Un hombre tiene dentro de sí una bilis, un veneno, y no puede vivir sin esta bilis, ya que la bilis conjura los espíritus siderales llenos de alegría, triunfantes y sonrientes; es una fuente de placeres. Tan pronto, empero, como ella se inflama, destroza al hombre, pues el furor de los espíritus siderales también procede de la bilis». Y luego: «Idéntico origen tiene la alegría, y es de igual sustancia la cólera. Cuando se inflama la bilis en su esencia amante o dulce, tan querida al hombre, tiembla el cuerpo humano lleno de alegría, contagiando a veces asimismo a los espíritus sidéreos cuando los espíritus se alteran demasiado e inflama la dulce esencia».

Hará unos veinte años de ello; era yo entonces un muchacho, pequeño y rubio, que hacía mis primeros balbuceos de lectura. Mi padre me encontró inclinado sobre un libro y me enseñó el nombre de algunas letras. Pero luego cerró el libro y me contó, a su modo tan inteligente y cariñoso, cosas del gran mundo de las letras y de los libros. Del mundo que se abriría ante mí con el dominio del abecedario y para cuyo conocimiento exacto no bastaría ni la vida más larga del lector más aplicado, ni para lograrlo en su milésima parte. Él mismo había envejecido sobre los libros y llevado el valor de innumerables tomos almacenados en su ancha frente, de contornos delimitados, aquella frente despejada que tan a menudo le dolía. ¡Veinte años! He trillado ya buena parte del mundo de las letras, he sacado algún que otro mamotreto olvidado y lo he leído. Y ahora lo poco destacable que ejerce influencia sobre mí, no llenaría ni diez tomos. Todavía existen raras escrituras que anhelo conocer. Cada una de ellas, si cayera en mis manos, sería capaz de despertar mi curiosidad y conmovirme. Y entonces ocurriría lo mismo que con la mariposa prisionera. Con la posesión termina el placer; por un momento el raro ejemplar nos ha deleitado con su brillo. Más... ¿qué queda? El título de un libro y, si acaso, una satisfacción cumplida.

Basilea, sin fecha

Esperé ayer en la noche frente al casino para ver la salida del público. Hacía frío y llovía. Al cabo, surgió de allí dentro una masa de gente. De pronto apareció el rostro de Elisabeth, en la escalera que da a los palcos. Bajó lentamente y desapareció con sus acompañantes entre la multitud. Aquel minuto en que destacó su airosa figura sobre la escalinata iluminada me produjo un sentimiento singular. Lo mismo que en las novelas pasadas de moda, parecía yo el triste enamorado que, de pie bajo la lluvia, ante la sala iluminada, ve a su amada bellamente ataviada, divertida y rodeada de acompañantes más favorecidos. Hunde su sombrero sobre su ardiente frente mientras flota al viento su abrigo gris; su mirada revela desprecio. Sobre sus labios, dolorosamente contraídos, aflora el amor y una tristeza desgarradora. Se aleja nuevamente, se descubre y se pasa la mano por su frente calenturienta y por su cabello mojado por la lluvia, hasta que al fin desaparece en la oscuridad de la noche, bajo la lluvia inhospitalaria.

Y me dirijo a la taberna de pescadores de la señora Buser. Ésta me trajo la dulce esencia escanciada en numerosas copas de cristal, después que la reacción de la bilis sobre la esencia del amor desmentía a Boheme. Tuve allí una larga conversación con Hesse, que, naturalmente, me volvió a criticar y a atormentar hasta que me puse grosero. Esto le satisfizo; a mí también. Luego el buen muchacho me condujo a su casa, a través de las hileras de casas que se me antojaba que iban a derrumbarse de un momento a otro, y de aquellos faroles que parecían bailar al son de un vals.

Basilea, sin fecha

Si mi amigo de infancia Elenderle no se hubiera pegado un tiro aquella maldita noche en la taberna *Wahlfisch*, le propondría para su admisión en nuestro famoso club. Hemos formado los tres el «Club de los descarrilados». Tres miembros parece poco, pero la ciudad de Basilea no da para más.

Basilea, sin fecha

Hesse quiere que escriba un artículo sobre Tieck, a quien debe de conocer mucho mejor que yo. Con esto he tomado conciencia de la gran semejanza que existe entre el famoso escritor de cuentos y mi persona. Los dos tenemos unos nervios muy sensibles, la misma falta de plasticidad, la misma tendencia hacia lo huidizo, lo superficial, lo llamativo, lo inquieto e inseguro; la misma fantasía guiada por los humores del momento, el mismo parentesco con la música, la misma tendencia a la disolución de los principios, a la ironía artística.

Basilea, sin fecha

Ah, ce n'est point gait tous le jours, la bohème!

Basilea, sin fecha

El beber vino ya no durará mucho. Estoy sentado a menudo en la *Wolfsschlucht*, bebo *hallauer* y ojeo el libro de Boheme *Camino hacia Cristo*, y me produce en algunos momentos cierta excitación la lectura de esta obra tan desalmada. «Pero te quiero prevenir —dice el *Theosophus*—: si no es formalmente, no uses del valioso nombre de Dios, para que la cólera de Dios no se inflame en tu alma». Y luego: «Si no has tomado en serio el camino que lleva a la reencarnación, no hables de ello en tus plegarias; lo expiarías el día del juicio».

El piadoso sabio tiene razón. Estas palabras entristecen a un lector infiel como yo y causan desesperación. Cada una posee la fuerza y juventud eterna del entusiasta y del creyente, cuya visión me llena de envidia y nostalgia.

Basilea, sin fecha

Quiero hacer un viaje. Esta noche he soñado con mi juventud, como si se hallara confinada en un extraño país entre verdes montañas. Al mismo tiempo me parecía como si una hermosa mujer que yo conociese muy bien, tocase el *Nocturno en mi bemol* de Chopin en el piano de cola adornado con violetas; un canto que sólo comprenden los enfermos de nostalgia de la patria y de la música; la música delicada, espiritualizada por un dolor desconocido. Saqué mi olvidado violín, cubierto de polvo, y desperté en medio de aquella suave y tímida melodía. Del viejo y pardo instrumento pareció surgir, acompañándome, mi juventud perdida.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida

del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

Notas

[1] A la edición de Albert Laugen, Munich, 1920. <<

[2] *Lauscher*: el que escucha. <<

[3] A la primera edición, año 1900. <<

[4] *Der Freischütz*, «El cazador furtivo», ópera de Weber. <<

[5] Kaspar y Samiel: personajes del *Freischütz*. <<

[6] *Ueberall*: «señor por todas partes». <<